

 HARLEQUIN™

Jazmin™

AMOR EN LA RED
NINA HARRINGTON



Amor o lo que sea
Laura Freixas

©Laura Freixas, 2005
©Antonia Kerrigan Literary Agency, 2014
Travessera de Gràcia 22, 08021. Barcelona.
www.antoniakerrigan.com

*Para Mempo Giardinelli,
que un domingo de agosto, comiendo helados
en un parque de Resistencia,
me abrió las puertas de esta novela.*

Es muy joven. Se me acerca, dubitativa; mira la foto y luego me mira a mí, como preguntándose si soy yo o una impostora. Una impostora, naturalmente: todos los adultos lo somos... Me mira con una curiosidad, una fijeza, que serían casi groseras, si no las disculpara su aire ingenuo, impresionable y triste.

Nos sentamos. Con una afabilidad ostensiblemente fingida —si fuera sincera, ella desconfiaría— me dispongo a escucharla. Sus preguntas me sorprenden, no por el contenido, perfectamente previsible, sino por el tono, a la vez indeciso y agresivo. Se ríe mucho, con una risa ansiosa, exagerada; deja las frases a medias, como esperando que yo las complete; me produce la impresión de que en realidad lo que está preguntando es otra cosa, es mucho más, es todo en general: toda ella es un interrogante. Aún no lleva la armadura social. Yo en cambio la tengo incrustada: no puedo quitármela para responderle; no puedo evitar mentirle. Mentimos con sólo no desmentir el aura que su admiración y su resentimiento proyectan sobre nosotros. Y si dijéramos la verdad, no nos creerían. Pensarían que fingimos modestia para aplacar su envidia, que intentamos desactivar el peligro que su competencia representa. Tal vez no les faltaría razón, por otra parte.

—Y ahora, ¿a quién vas a entrevistar? —le pregunto cuando nos levantamos.

—A... éste... —consulta su cuaderno—, a Leonardo Vlach.

—¿Cómo?!

—Leonardo Vlach —repite.

—Ah, ya —digo yo, recobrado el tono neutro, como si todo lo que pasara fuese que antes no había entendido el nombre; y me despido. Pero, tras un momento de vacilación, disimuladamente me siento en un sofá próximo, de espaldas.

Yo era muy joven. Acababa de empezar la vida adulta: había acabado la carrera, encontrado trabajo y alquilado un apartamento.

Me encantaba mi nuevo hogar: una de esas construcciones rudimentarias, casi de juguete —cuatro paredes encaladas, dos ventanas y un tejado, como el dibujo de un niño—, que hay encima de muchas azoteas de Barcelona. Me había seducido nada más verla: era toda paz y luz. Las ventanas daban al cielo; era como vivir en una nube.

Mucho más abajo estaba el barrio, el Raval. Era un barrio pequeño y contrahecho, encerrado en sí mismo: en sus calles, altas y angostas, reinaba una penumbra eterna, un vago olor a cloaca. Las fachadas eran pardas, con plantas lacias, marchitas, que parecían brotar de las paredes; con viejas persianas de listones verdes y ropa tendida bajo hules mugrientos, acartonados. En los escaparates de las tiendas —tiendas modestas, intemporales, diminutas: una lechería, una casquería, una alpargatería...—, protegidos por celofán amarillo, los objetos parecían flotar, amnésicos, como en formol; si se abría la puerta, sonaba una campanilla y el tendero, sobresaltado, sacudía la cabeza; le brillaban los ojos de un chispazo, en las tinieblas, y por unos momentos hablaba y se movía, antes de regresar al limbo. Desde alguna jaula colgada sobre los barrotes de un balcón, un canario soltaba un trino perpetuo, cansino, quejumbroso, como una pregunta repetida una y otra vez en vano.

Era un barrio perfectamente delimitado, como una isla mortecina entre cuatro grandes ríos: al norte las Ramblas, al sur la Ronda San Antonio, al este la calle Hospital, al oeste la plaza de la Universidad. Durante cinco años, yo había pasado las mañanas en los claustros neorrománicos de la Universidad, e innumerables noches en las Ramblas y alrededores —el Barrio Gótico, el Borne, barrios estudiantiles, con restaurantes baratos y bares de copas—. La Ronda San Antonio era una plácida avenida bordeada por tiendas de muebles, ferreterías con los escaparates repletos de ollas y sartenes, corseterías que exhibían castos pijamas calentitos, cómodos, baratos; desembocaba en el Mercado de San Antonio, que los domingos se convertía en mercadillo de libros de segunda mano. La calle Hospital marcaba la frontera de ese barrio familiar y adormilado con el Chino, el barrio de los ladrones y las putas.

Entre esos cuatro puntos cardinales, el Raval parecía detenido, fosilizado, congelado en una indecisión perpetua. Era un barrio que se escondía de la vida, que no quería elegir, que envejecía en una eterna infancia.

Hasta entonces mi vida me había parecido un ascenso, una promesa. Mañanas en el bar de la Facultad tomando un café tras otro y unos se iban y otros llegaban e intercambiábamos apuntes y nos prestábamos libros y bebíamos más café, y ya había pasado el primer curso... Tardes paseando junto al rompeolas; nos salpicaba el oleaje gris, nos arrebujábamos en el chaquetón, entrábamos en algún bar y hablábamos, hablábamos, tomando té, encendiendo un cigarrillo con la colilla del anterior, contemplando el invierno tras los cristales, y así segundo y tercero... Noches con cita en las escalinatas de Santa María del Mar: nuestros pasos resonaban en las paredes góticas que rezumaban humedad y verdín, en torno al antiguo mercado de cristal y hierro, el Mercado del Borne, y entrábamos en bares oscuros y cálidos, de penumbra y susurros —sonaba *Killing me softly, Venus, Only you, Nights in white satin*...—, y bebíamos gin-tónicos y cuba-libres y hablábamos y reíamos, dando caladas al canuto en los rincones oscuros, y estábamos ya en el penúltimo curso, y la noche eran ojos y labios que tal vez, quién sabe, unas horas después se desplegarían en secreto, como abanicos, a la luz rojiza o azulada de una lámpara tapada con una blusa, en un cuarto prestado... Y estábamos ya en quinto, nos faltaban sólo meses para terminar, para ser libres por fin y no tener que pedir cuartos prestados, y era ya primavera y preparábamos los exámenes finales, estudiábamos de noche, en casa de uno, en casa de otro, con café, cigarrillos, pastillas para no dormirnos, más café, y nos acostábamos al alba, hasta que una noche ya no nos reunimos para estudiar, sino para bailar en La

Paloma, celebrando que habíamos pasado el último examen del último curso, y por última vez nos acostamos al alba, y cuando nos despertamos nos fuimos a las Ramblas, a sentarnos en la terraza del Café de la Ópera, y pedimos café con leche y croissants, sí señor, a las dos de la tarde, no hay ninguna ley que lo prohíba, y después nos llegamos, paseando, hasta la estatua de Colón, hasta el puerto, y nos quedamos mirando el mar inmenso, y era junio, estallaba el verano, la luz, teníamos ganas de llorar y gritar y reír: la libertad, la libertad, la libertad por fin.

—Es un poquito duro, ya verás —me dijo una amiga mayor, responsable, un poco melancólica, hablando de la vida de adulta que yo estaba a punto de empezar—, pero también tiene sus compensaciones... Ordenar tus cosas, tomar un té a media tarde, leer en la cama...

¿Ordenar mis cosas? ¿Hacerme un té? ¿Usar la cama para leer?... ¿Por quién me había tomado, por una vieja con moño y zapatillas de orillo? Yo lo que quería era vivir; disfrutar por fin de la libertad que tanto había anhelado, ahora que ya no había profesores ni padres para prohibirme nada, para arrebatarme el placer hacia el que alargaba la mano; quería vivir, viajar, enamorarme, reír, hacer el amor con quien quisiera, escribir, dormir, beber, salir, bailar hasta que me diera vueltas la cabeza.

La libertad por fin. Me levantaba cada mañana a las ocho, cogía el autobús, llegaba a la editorial a las nueve, salía a la una y media, cogía el autobús, iba a comer a casa, cogía el autobús, llegaba a la oficina a las tres y media, salía a las siete, cogía el autobús, llegaba al barrio con el tiempo justo de ir a la lavandería o al mercado, ordenar la casa, preparar la cena. A las diez había terminado, pero estaba agotada. Ni siquiera conseguía leer: abría un libro y se me cerraban los ojos... El fin de semana habría podido salir, pero no tenía ánimos. Y evitaba a los amigos, les daba largas, buscaba excusas para no verles. Yo misma no sabía por qué. Era como si sintiera vergüenza.

Había llegado el otoño. Los días se hacían frescos, meditativos, de sombras afiladas. Era un tiempo como para comprarse un vestido de angora, ir al cine, ponerse botas altas, pasear por las plazas de Gracia, recónditas y desproporcionadas como plazuelas toscanas, para tomar té mientras afuera llueve... Pequeños placeres, modestos y accesorios; placeres para antes, mientras llega el futuro —un relámpago, un terremoto, una revelación: ¿no era eso el futuro?—, o para después, placeres de jubilado, de cuando ya pasó todo. Pero ahora no era antes ni después; ahora era ahora, era el por fin, era mi juventud, era el momento... ¿de qué? Lo que fuera, no llegaba.

Una tarde, haciendo la compra, entré en una lechería de la Ronda San Antonio. Era un local pequeño y oscuro, una tienda sin nombre —encima de la entrada ponía sólo, en grandes letras negras: LECHERÍA— con un olor dulzón y un poco rancio; detrás del mostrador había una chica de mi edad. Le pedí un par de cosas, y ella, mientras me las servía, se puso a contarme que era nueva en el barrio, y en el negocio; que los antiguos dueños se habían jubilado y se lo habían traspasado a ella y su marido; que se habían casado hacía un mes; que su marido trabajaba como guardia de seguridad en un banco y ella llevaba la tienda; me la enseñó: aquí la leche, la mantequilla, los yogures —a la izquierda los desnatados, a la derecha los de frutas, los naturales en medio—; allá las cajitas de regaliz y las bolsas de pipas, en ese estante los cigarrillos de chocolate y las pistolas de plástico con caramelos... y pronto me estaba enseñando su casa: dos habitaciones sin ventanas, en la trastienda, con los muebles recién estrenados. Era el tipo de muebles que estaban entonces de moda: en el dormitorio, cama con cabecero lacado en negro, colcha blanca de raso y encima de los cojines un arlequín de biscuit, de aspecto tristísimo, con traje de raso; en el salón, fúnebres estanterías lacadas en negro, con espejo y mueble-bar, y mesa de cristal entre faraónicas sillas de altísimo respaldo lacadas también en negro. Estaba todo tan ordenado que parecía una foto de catálogo... Me imaginaba su noviazgo: uno de esos

noviazgos de sábado por la tarde tomando ensaimadas y chocolate con nata en las granjas de la calle Petritxol, y domingos con canelones, pollo y postre de músico en casa de los padres de él y los de ella, por turnos; me los imaginaba cogidos de la mano, diciendo a coro: «estamos ahorrando para el dormitorio», «nos casaremos en cuanto tengamos el salón»... Me contaba que lo habían puesto todo con «mucha ilusión» y «mucho cariño». Sonreía todo el rato; parecía sacada de un libro de preescolar: «La gallina pone huevos», «La lechera vende leche», «Papá lee el periódico mientras mamá hace la cena»... Le di las gracias por todo, pagué mi compra, me despedí amablemente y no volví hasta que veintidós años después pasé por esa calle y sólo quedaba el letrero, al que faltaba una letra, sobre una persiana metálica cerrada y llena de polvo.

Mi jefa me había dado un montón de biografías, pidiéndome que eligiera las que más me interesaran, las leyera y escribiera un informe sobre cada una. Me llevé los libros a casa y los coloqué encima de la mesa. Los contemplaba, indecisa; miraba los retratos: Colette adolescente, recostada en una hamaca, con larguísimas trenzas y una mirada lánguida, entornando los ojos, reservándose pacientemente, para cuando fuera libre, toda la sensualidad, la ambición y la venganza; Elizabeth Smart con la cabeza inclinada, un mechón rubio cayéndole sobre la cara, gesto concentrado, reflexivo, de mujer joven y guapa harta de ser sólo eso; Sylvia Plath radiante de felicidad, alzando la cabeza hacia el futuro, sonriendo, junto a Ted Hughes que le pasa el brazo por la cintura; Amiel, un rostro huesudo, largo, una mirada de desencanto y como de reproche; Angélica Balabánova, una mujer envejecida, vestida pobremente, de negro, con el pelo recogido en un moño y una mirada pura, recta, llena de fe; André Gide serio, absorto, encorvado bajo el peso de su responsabilidad de Gran Hombre; y André Breton, y Blaise Pascal, y Madame de Sévigné... Leía las solapas; los hojeaba, buscando siempre —terminé por darme cuenta— lo mismo: el momento en el que el biografiado tenía mi edad, el momento en que se enfrentó por primera vez a la vida adulta... Luego los volvía a colocar encima de la mesa, como cartas del tarot. No sabía por dónde empezar; parecía que estuviera esperando, en vez de elegir yo, que fuera uno de ellos —levantando de pronto la cabeza, saliendo del papel, devolviéndome la mirada— quien me eligiera a mí.

Un sábado por la mañana —los fines de semana eran terribles: un vacío por el que me arrastraba, vacía yo misma, durante interminables horas— me decidí. Me decidí por el más modesto, oscuro, inofensivo de los personajes: Amiel, el que no había hecho nada en la vida más que escribir, encerrado en su cuarto, un diario... Me metí el libro en el bolso y me fui, con pasos de autómatas, a la biblioteca de la Universidad. Sentí, al entrar, una ráfaga de felicidad. Allí era donde yo quería vivir: probando, al azar, viajes posibles, todos sin fatiga, sin peligros, sin decepciones; incendios que no queman, naufragios que ni siquiera mojan: mundos encuadrados, vidas con final conocido de antemano; allí, en ese ambiente silencioso, mullido, soñoliento, viendo la calle de lejos, vagamente, a través de la ventana... Ah, la tentación de renunciar... De renunciar de antemano; de cerrar la puerta; de dar la espalda a la existencia antes de que me desilusionara más. La tentación de no vivir.

Henri-Frédéric Amiel había nacido en Ginebra en 1821. Era un hombre sano, bien parecido, inteligente, culto, que hubiera podido hacer muchas cosas en la vida —crear una obra, triunfar profesionalmente, casarse, tener hijos...—, pero prefirió no hacerlas. Prefirió encerrarse en su habitación y escribir un diario. Lo hizo con asiduidad, desde la adolescencia hasta su muerte a la edad de sesenta años. Dejó, inédito, el diario íntimo más extenso que se conoce: 16.900 páginas.

Puede decirse que sospechando lo insatisfactoria que es la vida, Amiel optó por no vivir. Claro que todo el mundo, mientras está vivo, vive, de una u otra manera. Pero cabe vivir sin arriesgar, sin entregarse, sin comprometerse, y eso hizo él. Acudía, por

ejemplo, a una cena. Con su chaqué negro y sus guantes de cabritilla, sus exquisitos modales, su aura de solitario y melancólico poeta —a veces, en petit comité y tras hacerse mucho de rogar, accedía a recitar sus versos—, embelesaba a las señoras. Y cuando las tenía bien embelesadas, se despedía cortésmente y se volvía a su cuarto en una pensión, donde pasaba el resto de la velada disertando en su diario sobre temas tan apasionantes como: «La vida del espíritu ¿se parece a la de los viejos sauces o a la de los imperecederos baobabs?», o narrando, con mucho sentimiento y hondura existencial, a lo largo de varias páginas, la agonía y muerte de una mosca.

¿Es que sacrificó la vida en aras de una obra? No: porque el diario no pretendía ser una obra. Era su soledad plasmada en palabras. Era el sucedáneo de, y el refugio contra, la obra y todo lo demás: el diario, escribe en él Amiel, «me hace las veces de amigo y de esposa, de producción, de patria y de público». Él mismo se consideraba un enfermo: decía sufrir la «enfermedad del ideal». Comparada con sus ideales juveniles, cualquier realidad adulta le decepcionaba por adelantado: «¡Hasta qué punto la vida real es una pálida imitación de la vida atisbada, y cómo esos llameantes relámpagos de nuestra juventud profética vuelven más apagado el crepúsculo de nuestra adormecida y monótona virilidad!...».

Hay que decir que su virilidad fue particularmente monótona. Tuvo varias pretendientas, algunas muy emprendedoras, mujeres ya de cierta edad que veían en él al soltero de oro: un hombre bien situado, culto, casto, caballeroso... No consiguieron nada: él prefería su soledad y su melancolía. Hizo el amor por primera vez a los cuarenta años; le confía a su diario que había oído hablar mucho de ello, pero que francamente, no había para tanto. En lo sucesivo se abstuvo.

A Amiel, lucidez no le falta. Como todos los buenos diaristas, es despiadado consigo mismo: se desdobra en dos, y uno de ellos juzga al otro. «Estás fascinado por la punta de tu pluma», se reprocha en cierta ocasión, y en otra compara su obsesión por el diario con «esa especie de onanismo rabioso y maniático que se ve, al parecer, en ciertas cárceles». Sabe que se repite, que se mira el ombligo, que no avanza: se compara con la ardilla en la noria, con «el oso en hibernación que mientras duerme, enflaquece lamiéndose las patas». Sabe que el diario no sólo le incapacita como amante, sino también como escritor, por falta de alimento; lo expresa con este bonito símil zoológico-gastronómico: «Si ya los carnívoros tienen una carne mediocre, porque se alimentan de otros seres vivos, el animal que viviera de sí mismo sería sin duda el de peor sabor»...

Amiel estaba enamorado del ideal, de la soledad, de sí mismo en su cárcel onanista, del silencio, sobre el que escribe, con su retórica inconfundiblemente decimonónica: «¡Oh, silencio, eres pavoroso! ¡Pavoroso como la calma del Océano, que deja hundirse la mirada en sus abismos insondables! Tú nos dejas ver en nosotros profundidades que dan vértigo, necesidades inextinguibles, infinitas, tesoros de sufrimiento y de nostalgia...».

Invitado a opinar sobre el caso, un psicoanalista apunta que aunque Amiel se conoce a sí mismo, no se comprende. Se queja, pero no se interroga. Por eso es incapaz de corregirse. La introspección solitaria tiene un límite, llegado al cual se estanca. Amiel era estéril por falta de interlocutor: para crear habría tenido que tender puentes con el mundo exterior. Le faltaba la figura del otro.

Un domingo por la noche, tras haberme pasado la tarde dormitando, sudorosa, con la boca seca, salí a tomar el aire después de cenar. Enfilé como una autómatas la calle del Carmen, y al llegar a las Ramblas, iba a cruzar sin mirar, cuando una bestia rugiente y plateada se me echó encima. Chirriaron los frenos y una voz me gritó:

—¡Tía, mira por dónde vas, cegata!

Me aparté rápidamente, e iba a excusarme, cuando me pareció reconocer la voz. Él también me reconoció y nos echamos a reír.

—¡Anda, tía, jo, tú por aquí! ¡Esto hay que celebrarlo! ¡Súbete!

Me encaramé a la moto y bajé las Ramblas en una exhalación, como una diosa guerrera, cabellera al viento, abrazada a una cintura enfundada en cuero negro.

Él era un antiguo compañero de Facultad, pero hacía tres o cuatro años que no nos habíamos visto, porque había cambiado de carrera. Ya cuando se matriculó en Filología venía de otra que había dejado a medias. En Filología estuvo un curso y después desapareció; alguien me dijo que se había apuntado a una escuela de cine. Era un alumno original, irregular, que lo mismo podía sacar un cero —y pavonearse— que un sobresaliente; se decía que su familia tenía mucho dinero, y que él trapicheaba con drogas. Hablaba con una voz arrastrada, quejumbrosa, un poco aguda, como de niño mimado y tirano. Era guapito, y entre los rizos rubios, la moto espectacular, algunas celebradas insolencias con los profesores y su manera de sonreír mirándola a una de reajo, tenía un éxito clamoroso entre las chicas. Su nombre no lo recordaba y no me atreví a preguntárselo. Fuimos a un pub de la plaza Real, pero casi no pudimos hablar, porque la música estaba altísima. Dejé pasar por cortesía media hora y luego dije que me iba a casa porque al día siguiente tenía que madrugar. Él se ofreció a acompañarme. Cuando llegamos me despedí y le di las gracias.

—¿No me enseñas tu casa?

—Ah, si te apetece...

Subimos. Se recostó en el colchón cubierto por una tela, en el suelo, que hacía las veces de sofá y puso los pies en la mesita.

—¿Tienes algo de beber?... Vale, un whisky está bien... ¿Cuánto pagas de alquiler?... Hostia, pues no es caro...

—Con lo que gano no me da para mucho más.

—¿En qué estás currando?

—En una editorial de libros de texto —dije muy deprisa.

No era verdad. Trabajaba en una editorial literaria. Es más: mi puesto, dentro de la editorial, era oficialmente el de adjunta a la directora literaria. Pero cuando se lo decía a mis antiguos compañeros de estudios, abrían mucho los ojos y comentaban que debía de ser interesantísimo, que qué suerte había tenido, que seguramente me pasaba el día leyendo novelas, conociendo a sus fascinantes autores y hablando con ellos de literatura; en fin: punto por punto lo que había pensado yo cuando me contrataron. Para no tener que desengañarles, había optado por esa media mentira.

Sacó un paquete de cigarrillos y se puso a deshacer uno.

—¿Conoces algún otro piso tipo que esté libre? Me iría bien para escaquearme de los viejos de vez en cuando... estoy harto de que me den la vara cuando llego de marcha y ellos están desayunando. Seguro que tú me puedes encontrar uno, tía, se nota que estás en todo, que eres una de esas personas que todo lo que quieren lo consiguen —me dedicó una de sus famosas miradas de reajo con sonrisa.

—No hay más que abrir el periódico. Así encontré yo éste, por un anuncio.

—Hostia, casi no me queda chocolate... ¿Tienes tú una china?... Vale, estupendo —calentándolo con el mechero, deshizo encima del tabaco el pedacito de hachís que le pasé, y luego, sin prisa, lo enrolló todo en un papel de fumar—. Y a lo mejor hasta tienes un tripi...

—¿Un qué?

—Déjalo.

Dio una chupada y me pasó el porro sonriendo.

—¿Y tú? ¿Trabajas?

—A veces... Me he sacado una pasta poniendo voz a un anuncio... un rollo guapo, ¿sabes cuánto pagan?...

Me quedé boquiabierto: por tres horas de trabajo, lo que a mí me costaba un mes de alquiler.

—¡Caramba! Pues puedes vivir de eso...

Se encogió de hombros:

—Era una sustitución. ¿Yo, chorradas como ésa, ocho horas al día? Ni que fuera imbécil —hizo un gesto que recordé haberle visto otras veces: alzar la cabeza y agitarla, como un gallo al que pisan la cola—. Yo no quiero ser un currito, tía.

—Ah, qué bien. Me parece muy puesto en razón. Eso de trabajar hay que dejárselo a los pobres diablos.

—¡Anda, tía, no se te puede decir nada! Y hablas como un libro, tía, eso que has dicho parece de don Benito Pérez Galdós... Ya en la Facu tenías matrículas de honor, me acuerdo muy bien —me pasó otra vez el porro—. Y yo que sacaba ceros... ¿no te parece mentira que estemos ahora aquí juntos?... dicen que los extremos se tocan —hizo un amago de hacerme cosquillas y me reí; me empezaba a hacer efecto el porro. Seguimos fumando un rato en silencio.

—Y si no quieres trabajar, ¿qué piensas hacer? A ver si me das alguna idea...

—¿Yo? Voy a dar el golpe, tía... Estoy escribiendo un guión que va a ser la hostia, ya verás.

—Maravilloso. Sólo te falta encontrar un productor dispuesto a invertir en él unos cuantos millones. Un detalle.

—¡Un detalle! —se echó a reír y yo también—. ¡Un detalle! —nos reíamos como locos—. ¡Un detalle!...

Enjugándose los ojos se sirvió más whisky y me sirvió a mí.

—La pasta no es un problema, tía. Lo veo por mi padre, que está en rollos de publicidad. Las empresas tienen pasta, lo que les falta son ideas. Por una buena idea sueltan la pasta que haga falta. La gente es que no tiene ideas, y los que las tienen, se comen demasiado el tarro, les da corte ir a ver al productor y decirle, aquí tienes el guión de tu vida, tío, pero te costará una pasta. Hay que echarle jeta.

—¿Y de qué va tu guión?

—No se puede hablar de algo que no está terminado, da mal fario... Si tú estuvieras escribiendo una novela, ¿a que no me contarías el argumento?

No contesté. Me acordaba de las mañanas en el bar, de las tardes en el rompeolas, de las matrículas de honor, y me entraron ganas de llorar. Hay porros que dan por reír, otros dan sueño, o hambre, o ganas de hacer el amor, y los hay tristes. A veces basta un momento de silencio para pasar de un estado a otro.

—Tendrías miedo de que te lo copiara... Natural... Mira, tía, voy a adivinar una cosa...

—¿El qué?

—Si acierto, me das un beso, ¿vale?

—¿Un beso? Qué cara tienes —pero me reí—. ¿De qué va la adivinanza?

—¿Me prometes el beso? Tiene que ser de tornillo, ¿eh?

—¿Y si te equivocas?

—Te doy el beso yo a ti.

—No, te vas con viento fresco... Bueno, va, ¿qué es lo que quieres adivinar?

—Tú estás escribiendo una novela, ¿a que sí?

—Pues no. Has perdido. Ahí está la puerta.

—¡Te has puesto roja, tía! ¡No valen las trampas! ¡A que estás escribiendo una novela!

—Te digo que no.

—¡Pero la quieres escribir! ¡A que sí! ¡La estás pensando!

Terminé por asentir con la cabeza.

—Me gustaría... —confesé incómoda—. Pero me falta el argumento.

—¡Un detalle! —exclamó él, y yo me eché a reír. Me reía con una risa aguda, exagerada. Él también se reía:

—¡Un detalle! ¡Un detalle!...

Cuando uno paraba miraba al otro, el otro repetía: ¡Un detalle!, y volvíamos a desternillarnos. Nos revolcábamos de risa. Él intentaba besarme, yo me debatía:

—¡Me lo debes!

—¡Una patada en el culo es lo que te debo!

Había conseguido tumbarme en el colchón y estaba encima de mí, besándome. Alcancé a pensar que ahora o nunca era el momento de desasirme, levantarme y pedirle que se fuera. ¿Pero entonces qué? ¿Ordenar la casa, hacerme un poleo-menta, usar la cama para leer, comprarme un gato?

Al día siguiente, mientras me marchaba a trabajar, dejando en la cama a aquel desconocido del que seguía sin saber el nombre, recordé una ocasión, muchos años atrás, en que estando muerta de sed entré en la cocina, vi una botella de agua mineral abierta junto al fregadero, y sin molestarme en encender la luz alargué la mano, me la llevé a la boca y bebí un buen trago. Era jabón del de fregar los platos. El mal sabor de boca me duró días enteros. Esta vez también.

Devolví el libro de Amiel con un informe en que desaconsejaba su publicación. Era un hombre que había conseguido no sufrir, sí, pero a base de no vivir; por miedo al dolor, por evitar el riesgo, no había alcanzado nunca la plenitud en nada: había vegetado en una especie de limbo; una vida, en fin, aburridísima... Volví a colocar las biografías restantes sobre la mesa, a hojearlas... y me encontré con este párrafo:

«Subimos al sexto piso de una casa de la calle Monsieur-le-Prince. Encontramos, allá arriba, una gran habitación, que la ausencia de muebles agranda todavía más... Y soñamos los dos la vida de estudiante pobre en una habitación como ésa, sin otra fortuna que la que proporciona el trabajo libre... Encerrarse allí, con el sueño de la obra, y no salir sino con la obra terminada...».

En dos días devoré trescientas páginas, con la misma avidez con que habría escuchado a una gitana que me leyese la mano. Luego, bruscamente —cuando la vida de Gide, ya escritor, ya mayor, ya célebre, dejó de ser una respuesta a las preguntas que yo me hacía en ese momento—, perdí interés y lo dejé.

¿Qué hacer con la libertad? ¿Qué sentido dar a la propia vida, en el momento en que está aún vacía, en que uno es libre, en que puede decidir a qué consagrarla? Para la mayoría de los seres humanos, ese momento, si es que llega a existir, es brevísimo. En cambio, André Gide (1869-1951) tuvo todo lo que se necesita para poder ejercer, una y otra vez, la libertad: independencia económica (vivía de renta), una inmensa cultura (leía a los clásicos en griego, en latín, en alemán...), la libertad de movimiento reservada, en su época, a los hombres (fue un gran viajero), libertad sexual (la ejerció a fondo), la independencia de espíritu propia de las minorías religiosas (era protestante en un país mayoritariamente católico)... Y al mismo tiempo, un gran sentido del deber. No sólo fue siempre muy exigente consigo mismo, no sólo buscó, incansable, la síntesis entre su inteligencia y sus emociones, entre sus deseos y sus principios, sino que estaba convencido —por ser protestante, por ser rico, por ser tan culto, por ser varón, por ser francés...— de estar en el punto de mira, de ser vanguardia, faro, avanzadilla, de que era su obligación dar ejemplo. De ahí el excepcional interés de su biografía.

El sentido que el joven Gide busca se lo ofrece, al principio, la fe. Una fe que para él se manifiesta en (o que confunde con) la emoción estética. Como en esta bellísima escena, recogida en el diario que llevó durante su viaje a pie por Bretaña, en 1889:

«Caía la noche; entré en la iglesia ya oscura. Dos mujeres oraban, arrodilladas sobre las losas. En la sombra, sus capas blancas parecían aún más blancas, alumbrando las tinieblas. Bajo los arcos de bóveda, parecía merodear un gran misterio, que llenaba el ábside de un temor vago, en la oscuridad indecisa, detrás del altar en el que el oro de las antorchas lucía débilmente.

»Por las vidrieras caía una luz de crepúsculo, una claridad pálida, agonizante. La sombra era religiosa, en el silencio parecían flotar plegarias. Y yo sentía que me subía a la garganta una necesidad de llorar, tanta era la paz de esas cosas.

»Las dos capas, prosternadas, estaban perdidas en el éxtasis.»

Parecida emoción le produce la vocación literaria:

«Con Pierre [Louÿs]. Subimos al sexto piso de una casa de la calle Monsieur-le-Prince. Encontramos, allá arriba, una gran habitación, que la ausencia de muebles agranda todavía más. A la izquierda de la puerta, el techo desciende oblicuamente como en las buhardillas. Una ventana a la altura del pecho deja ver por encima de los tejados de la Escuela de Medicina, por encima del Barrio Latino, la extensión a cuanto alcanza la vista de las casas grises, el Sena y Notre-Dame en la puesta de sol, y, a lo lejos, Montmartre, apenas distinguible en la bruma del anochecer que se eleva.

»Y soñamos los dos la vida de estudiante pobre en una habitación como ésa, sin otra fortuna que la que proporciona el trabajo libre. Y a los pies, ante el escritorio, París. Y encerrarse allí, con el sueño de la obra, y no salir sino con la obra terminada...»

Muy similar también —fe, vocación artística, amor, todo se confunde en la exaltación adolescente— es este momento vivido con su prima Madeleine tras la muerte de su institutriz Anna:

«¡Oh, cuando la sorprendí arrodillada en la habitación de la muerta, rezando a la cabecera de su cama, ataviada con una mantilla negra como la que Anna tenía por costumbre llevar, con las manos juntas y la cabeza inclinada!... ¡Y después! ¡Oh, el beso entre lágrimas!»

Con el principio de la madurez, aparece un nuevo elemento: el erotismo. Al principio envuelto en misterio, como en este apunte de un paseo por una aldea magrebí:

«Lo más bello que vi aquella tarde (al pasar, y en un abrir y cerrar de ojos, mientras me llamaba una mujer) fue, a través de una puerta abierta que de un salto franqueó mi deseo, un jardín negro, angosto y profundo (donde mi deseo se pasea), que apenas consigo ver, donde veo el tronco de un ciprés que supongo se hunde en el agua —y más lejos, una cortina blanca, iluminada por atrás, luminosa, que cubre un misterioso zaguán.»

Pero no durará. Con los años, el amor físico (al igual que la fe, convertida en mero telón de fondo; que la vocación literaria, convertida en oficio; que el amor a Madeleine, convertido en costumbre) se hace mecánico, indiferente... Hombre necesitado de grandes ideales y pasiones, Gide se siente vacío.

El terreno está abonado para una gran crisis. La provocará la conversión al catolicismo de su íntimo amigo y compañero de correrías sexuales Henri Ghéon. Un día, a principios de 1916, Ghéon, médico en el frente, le escribe anunciándole que «ha dado el gran paso»: ha caído de rodillas a los pies del altar... La carta es para Gide un aldabonazo en su conciencia, el detonante de un verdadero terremoto espiritual.

Visto desde fuera, un creyente ferviente y convencido, lo mismo que un militante o un enamorado, no es demasiado atractivo, y Gide, tras una de sus visitas, no puede evitar anotar en su diario: «Ghéon empieza a parecerse al bueno del señor párroco. Ese parecido nos llama la atención tanto a Madeleine como a mí. Mismas entonaciones; misma atención un poco distraída y benévola; misma indefinible ausencia». Pero a la vez, produce admiración, envidia, una especie de nostalgia. El creyente, igual que el amante o el revolucionario, es o parece alguien que ha resuelto de una vez por todas todos los intrínquilos de la existencia. Y Gide también querría resolverlos; querría llevar, como Ghéon, una vida entregada a un ideal; querría librarse, como ha hecho él, de unas aventuras que ni siquiera le dan placer, o apenas; que le asquean y le entristecen... Así lo vemos en su diario:

«25 de enero de 1916.

»Noche execrable. Caigo más bajo que nunca.

»Esta mañana, al levantarme antes de las 7, salgo un instante, y oigo el canto de un mirlo, extraño, tan precozmente primaveral, tan patético y tan puro, que me hace sentir más amargamente lo marchito que está mi corazón.

»20 de septiembre.

»Una repugnancia, un odio atroz de mí mismo agrían mis pensamientos desde el despertar.

»24 de septiembre.

»Día vacío; perdido. Me arrastro por las horas y no aspiro a nada más que al sueño.

»7 marzo de 1917.

»Travesía de una nueva región desértica. Días atroces, ociosos, sin otra ocupación que envejecer. Fuera, viento helado, lluvia. Guerra.»

Hasta que de pronto...

«5 de mayo.

»Una calma como ésta hacía meses, años, que no la conocía. Hace falta un verdadero razonamiento para no darle el nombre de felicidad. [...] Maravillosa plenitud de alegría.»

¿Qué milagro es ése? ¿Qué ha ocurrido, cuál ha sido el acontecimiento capaz de borrar de un plumazo el aburrimiento y la angustia; de vencer el hastío de la promiscuidad, pero no renunciando al deseo, sino recobrándolo con renovada alegría; de infundir plenitud y sentido a su vida? Ha ocurrido que Gide se ha enamorado.

Yo quería escribir una novela. Tenía que escribir una novela. No veía otra salida, otra vía de escape de la grisalla que me asfixiaba, otra puerta que pudiera abrir entre tantas paredes contra las que me daba cabezazos. Tenía que encerrarme con el sueño de mi obra y no salir sino con la obra terminada... Un domingo, por fin, después de comer, me senté ante la tabla que me servía de escritorio, frente a la ventana que daba al tejado de la casa de en frente, cogí un montón de hojas en blanco y me dispuse a escribir una novela.

Era una tarde de octubre fría, inmóvil, luminosa. Desde mi cubículo sobre la azotea, como la cesta del vigía en lo alto del mástil, por la ventana que tenía a la altura del pecho, veía el cielo azul, y más abajo, el tejado rojo, las antenas de televisión, el ventanuco de una buhardilla con un viejo tendedero del que colgaban prendas de colores... Líneas puras en el silencio, colores fuertes, siluetas definidas, como un cuadro hiperrealista, que me mostraban con soberana indiferencia su realidad sin tono ni significado.

Se me ocurrieron, vagamente, muchas novelas posibles aquella tarde. Pero el problema no era tanto que fueran vagas, vaguísimas; el problema era más bien que no podía resignarme a escribir una sola. Cada vez que conseguía concentrarme, imaginarme una novela en concreto, me parecía tan poca cosa, tan insignificante, comparada con todas las demás a las que tendría que renunciar para escribir aquella... Si concebía una novela realista, con descripciones de lugares y ambientes, con intriga y personajes, pronto suspiraba por un momento de intimidad, de exaltación solitaria, de revelación poética. Si, por el contrario, me imaginaba un texto lírico, ardiendo como incienso en la oscuridad, enseguida, agobiada, anhelaba algo menos solemne, más aireado y movido. Si soñaba, entonces, con una novela llena de fantasía y aventuras, me entusiasmaba unos minutos y después echaba de menos la reflexión, que en ese tipo de novela no tiene cabida. O la naturalidad, o el lirismo, o la ironía, o...

El mundo, representado en ese momento por el silencio del domingo, por la inmovilidad de la línea de tejas recortándose contra el cielo, no me decía nada. Quizá con eso me lo estaba diciendo todo, pero en bloque: un Todo con mayúsculas más allá y más arriba de la pequeña vida de todos los días. Y a mí me tenía tan hipnotizada

aquel silencio que no quería tapanlo con algarabía, ni fragmentar el Ser en pequeñas historias que lo despojarían de misterio, que lo harían abarcable y por lo tanto falso. De cualquier manera las historias no me interesaban. No eran más que algo, y yo no quería decir algo, sino todo.

En estas reflexiones se me fue la tarde. El cielo azul viró al fucsia, al morado, finalmente al negro, mientras que las hojas de papel seguían en blanco.

Era muy sencillo lo que me pasaba, era algo espantoso, pero ridículo de tan sencillo: había tropezado con la vida real. Hasta entonces todo había sido fácil y agradable y yo había creído que el resto de la vida sería igualmente fácil y agradable, porque había pasado por alto el pequeño detalle de que todo lo pagaban papá y mamá y mi contacto con la realidad se limitaba a pasar exámenes cada mes de junio. Y ahora, simplemente, me encontraba con la vida entera y verdadera, y la vida verdadera era la mediocridad y el fracaso, pero cómo, no me diga que no se había enterado, ¿qué aprendió, entonces, si se puede saber, en los veinte años que pasó estudiando?... Volví a echarme las cartas, y esta vez, la biografía que más se parecía a mi circunstancia era la de Sylvia Plath.

Sylvia Plath había nacido en Massachusetts en 1932. Su padre era profesor de entomología en la Universidad de Boston; su madre vivía para su marido: le ayudaba en sus investigaciones, le pasaba los trabajos a máquina, cuidaba de la casa y de los niños... Eran austeros, trabajadores, rectos, lo que entonces se llamaba «personas decentes»; el padre había estado a punto de hacerse pastor luterano. Y Sylvia creció convencida de que el éxito es una obligación y el fracaso una vergüenza.

Mientras estudió, su inteligencia y su tenacidad le bastaron para conseguir ese éxito que tanto anhelaba. Tenía las mejores notas; escribía poemas y relatos, que enviaba a revistas juveniles, consiguiendo muchas veces que se los publicaran y pagasen: anota en su diario con orgullo que en los últimos meses ha ganado mil dólares con la literatura; obtiene premios. Con veinte años escasos gana un concurso organizado por una revista para chicas, Mademoiselle; es invitada, junto con las otras ganadoras, a pasar un mes trabajando en la redacción de la revista en Nueva York. No podía empezar la vida adulta con mejor pie. Se la promete meteórica. Ha enviado un relato a un prestigioso taller literario en el que espera ser admitida a su regreso a Massachusetts. Pero cuando vuelve, se encuentra con la noticia de que su candidatura ha sido rechazada. Poco después, el 24 de agosto de 1953, le deja a su madre —su padre había muerto años atrás— una nota diciendo: « Voy a dar un paseo. Volveré mañana», y se esconde en el trastero con un frasco de somníferos.

Aunque parezca incomprensible que un solo fracaso, entre tantos éxitos, pueda hundir a alguien, eso fue lo que le pasó a Sylvia Plath. Ella no veía ese tropiezo como algo que le sucede a todo el mundo y que pesa muy poco en el saldo total, sino como el juicio definitivo, el de verdad, quizá por el momento en el que se produjo —un momento crucial en cualquier vida: el paso a la edad adulta—, o por esa tendencia tan frecuente a considerar que los éxitos y los elogios no significan gran cosa —que son debidos al azar, o a la benevolencia o ignorancia de quien juzga, o a la falta de competidores de fuste— mientras que una crítica acerba o un fracaso sonado son lo real: la verdad que otros ocultaban, lo que en el fondo una siempre supo que sucedería, lo que no tiene vuelta atrás... Ya nunca más podrá recobrar su sueño adolescente de ser pura luz sin sombra, alguien que lo consigue todo y que no puede —¿o no puede soportar?—fracasar en nada.

Cuando encontró la enigmática nota, su madre buscó a Sylvia por todas partes, dio aviso a la policía, se organizaron batidas de agentes, vecinos y voluntarios... Hasta que su hermano Warren, estando en casa, oyó un gemido procedente del trastero. La salvaron in extremis.

«¿Frustrada? Sí. ¿Por qué?», se pregunta en algún momento Sylvia Plath en su

diario, y se contesta lúcidamente: «Porque me resulta imposible ser Dios, o la mujer-y-hombre universal».

Para alcanzar esa totalidad, para sentirse completa, para andar por el mundo pisando fuerte, una mujer necesita —Sylvia está convencida de ello—, por encima de todo, un hombre. Y no cualquiera: un hombre al que pueda admirar; que encarne lo que ella querría ser; que sea un poeta, un gran poeta, un genio, un coloso, lo más parecido a Dios hecho hombre; sólo un hombre así merecerá su amor (o como queramos llamarle). Pero ese hombre ¿existe? Y si existe y ella lo encuentra y se emparejan; si se empareja con un hombre que hace, consigue, es, todo lo que ella había soñado hacer, conseguir, ser, entonces, ¿qué será de ella?... Muy pronto la cuestión, hasta entonces teórica, se hará de carne y hueso: Plath conocerá a un hombre, al que admiraba por sus escritos antes de conocerle en persona, un gran escritor, la literatura hecha hombre, el hombre de su vida.

Y aquí dejé de leer. Era demasiado fácil: así cualquiera, cuando a una le cae del cielo un *deus ex machina*... Tenía que volver atrás, a la página en blanco, a la vida por delante, a la libertad vacía. Volví a barajar las cartas; esta vez elegí la biografía de Elizabeth Smart.

Un día, estaba yo en la editorial haciendo mortecinamente lo de siempre —rellenar contratos de edición, revisar listados de críticos a los que había que enviar ejemplares...— cuando sonó el teléfono y la recepcionista me anunció que tenía una llamada.

Era muy raro que alguien me telefonease al trabajo. Las llamadas personales estaban mal vistas; a mis amigos ni siquiera les había dado el teléfono. En cuanto a llamadas profesionales, hasta el momento nunca había recibido ninguna.

—¿Seguro que es para mí?

—Sí, sí, ha preguntado por ti —dijo la telefonista y sin más, me pasó la llamada.

—Hola, ¿Blanca? —dijo una voz masculina con acento sudamericano—. Habla Leonardo Vlach, desde Toulouse. ¿Te llamo en mal momento?

—No, no, qué va —balbucí yo. Me sonaba su nombre, y no de haberlo oído, sino de haberlo leído.

—Bueno, nunca se sabe, los editores estáis siempre tan ocupados, reunidos, al teléfono, de viaje, o todo eso a la vez... —se rió; luego cambió de tono—: *Mirá*, no te voy a entretener. Te llamo por lo siguiente. Voy a empezar a hacer crítica para el *Diario*. Como precisamente la semana que viene voy a Barcelona, y como vuestra línea editorial me interesa mucho, me gustaría pasar a veros, para que tú, que sin duda lo conoces mejor que nadie, me expliques vuestro catálogo del otoño, me cuentes las novedades...

—Ah, muy bien —acerté a decir. Estaba tan impresionada de pensar que alguien que publicaba, alguien que escribía un texto y lo firmaba estampando su nombre al pie en letra impresa, me estuviera hablando, que apenas conseguía pensar con claridad—. Pues...

—¿Te iría bien, por ejemplo, el viernes a las doce?

—Ah, vale... ¿viernes?...

—Sí, el viernes de esta semana, dentro de cuatro días. ¿Cómo tienes la agenda?

—A ver, déjame ver... a las doce... sí, estoy libre...

—Muy bien, pues nos vemos el viernes —volvió a reírse con aquella risa leve y colgó.

Al salir de la editorial me fui, feliz, a comprarme una agenda.

Una tarde de finales de agosto de 1937, Elizabeth Smart entró en Better Books, una librería de Londres. Era una joven de veinticuatro años, canadiense. Su padre era un rico abogado de Ottawa, tan rico como para mantener a su hija viviendo en Europa por tiempo indefinido y sin hacer nada en particular: Elizabeth viajaba, escribía poemas,

tomaba clases de pintura, de piano, de teatro...

Llevaba años dando vueltas a las vidas posibles que se le ofrecían, sin decidirse por ninguna. «Ese terrible problema del matrimonio», escribe en su diario. «Tanto en hombres como en profesiones, elegir significa excluir todas las demás posibilidades para siempre...». Quería ser poeta, pero no conseguía dominar la página en blanco. «Por qué no escribo los terribles pesados silencios. Abro el cuaderno, me lo quedo mirando. Digo: no hay nada que escribir...» Pero por más que se aleccionara a sí misma, no salía del impasse. «Vaya idiota estoy hecha. Soy un caso. ¿Cuál es el remedio?»...

Esa tarde de agosto en Better Books, Elizabeth, según su costumbre, se puso a hojear libros de poesía. Y dio con uno que la entusiasmó. Lo firmaba un poeta para ella desconocido, un tal George Barker, del que la contraportada sólo indicaba la fecha y lugar de nacimiento —en Inglaterra en 1913, el mismo año que ella— y los títulos de sus libros. No había más datos, ni siquiera una foto. Lo cual no impidió que Elizabeth Smart decidiera sobre la marcha que había encontrado al hombre de su vida.

Conocerle personalmente le exigió tres años de esfuerzos. Mantenía correspondencia con Lawrence Durrell; éste, que conocía a Barker y estaba al tanto de sus apuros, mientras que por las cartas de Elizabeth había adivinado su desahogo económico, sugirió a Elizabeth que adquiriese el manuscrito de algún poema de George, cosa que Elizabeth hizo encantada. Y fue Durrell quien le puso en la pista de Barker. Éste vivía entonces en Japón: era profesor de literatura inglesa en la Universidad Imperial. Elizabeth le escribió, presentándose, como admiradora suya, e iniciaron una animada correspondencia. Él estaba desesperado por volver a Inglaterra o a Estados Unidos, pero no tenía un céntimo. A fin de que pudiera pasar una temporada en la colonia de artistas de Big Sur, en California (adonde ella se había trasladado entre tanto), Elizabeth organizó una colecta entre escritores para pagarle el pasaje. Mejor dicho, los pasajes: uno para George y otro para su señora... porque resultó que el hombre de su vida estaba casado.

«Si G. B. apareciese ahora lo devoraría, tal es mi avidez. Siento el resplandor de llamas de dos mentes que funcionan en una comunicación, un entendimiento divinos», escribe en su diario Elizabeth poco antes de conocerle. ¿Y la esposa, Jessie? Dos días antes de que lleguen, Elizabeth sueña que les lleva a lo alto de un acantilado a ver la vista. Van ascendiendo, y tan pronto como llegan arriba, Jessie, educadamente, se arroja al vacío y no da más problemas.

Cuando el 6 de julio de 1940 George y Jessie bajan del autocar en Monterrey y saludan a Elizabeth, que los está esperando, ella no tiene más remedio que confesarse que George es muy distinto al héroe que su imaginación le había pintado... Pero ninguno de los detalles con que la realidad retocaba la fantasía —que él fuera bajito y feúcho, que estuviera casado, que aceptase que una rica admiradora y unos colegas rascándose el bolsillo le sacasen las castañas del fuego...— bastó para arredrarla. En su vida había irrumpido, como un vendaval, el amor —o lo que fuera—: estaba decidida a que George Barker fuera el hombre de su vida. Y lo fue. Sea lo que sea que entendamos por «el hombre de su vida», lo fue, de eso no cabe duda.

El viernes me puse mi único traje chaqueta: un traje gris, con falda tubo, que no usaba casi nunca. Desde que dejé el colegio y me liberé del odiado uniforme —una prenda tan fea como prometía su nombre: pichi, consistente en una falda con peto cuya función, comprendí más tarde, era simplemente disimular el busto—, en mi armario apenas había otra cosa que tejanos, camisetas, jerséis y chaquetas de pana. Había perdido la costumbre de caminar con falda y no lo encontré fácil. Los pasos tenían que ser pequeños; el tacón —una falda exige zapato alto— tanteaba, indeciso, cada uno de los escalones, gastados o rotos, de los cinco pisos que tenía que bajar y que esa mañana se me hicieron interminables; tuve que agarrarme a la barandilla. Pero al salir

a la calle, hierática, andando como una estatua que, aunque con dificultad, se mueve, al verme las piernas brillando al sol frío de la mañana, al sentir las medias ceñirse voluptuosamente del tobillo a la cintura y notar que los zapatos me conferían una estatura nueva, irreal y precaria, sentí con toda claridad, por primera vez desde que vivía allí, que había empezado a ser otra, y que algo iba a ocurrir.

No le había dicho nada a mi jefa de la visita. Quería darle una sorpresa. Ella me había invitado a asistir a dos o tres entrevistas tuyas con críticos, y yo quería demostrarle que había aprendido la lección: se trataba de «venderles», con el mayor entusiasmo y convicción posibles, los libros que íbamos a publicar, o mejor dicho, de entre todos ellos, los que más nos interesaba que salieran en prensa, aquellos por los que la editorial «apostaba fuerte» en ese momento. Desde que me había llamado el tal Leonardo, yo había estado repasando las notas de prensa correspondientes a las novedades del otoño. La más importante, no cabía duda, era la publicación de la primera novela de una desconocida, Rosa Valls, «una joven promesa —decía la nota de prensa—, una revelación de las letras españolas». Tenía que ser una novela buenísima para que la editorial hubiera decidido arriesgarse... (Yo miraba y volvía a mirar la foto: la escritora aparecía apoyando la barbilla en la mano y dirigiendo a la cámara una mirada seductora... Qué ganas tenía de conocerla, y cuántas cosas me gustaría preguntarle...) Había otras noticias ese mes: la recopilación de artículos de un escritor mayor y famosísimo, César de la Torre —«un clásico vivo de nuestras letras», según la nota de prensa—, pero para ese libro no habría que hacer nada, era el típico libro que se promocionaba solo; la convocatoria de un premio literario... Pero lo principal, sin duda, era la novela de Rosa Valls. Me imaginaba a mi jefa hojeando los periódicos, como hacía cada mañana, y soltando una exclamación de conmovida sorpresa al abrir el *Diario* y encontrarse con un gran artículo elogioso sobre la novela de Rosa Valls, firmado por un crítico al que ella no conocía... Entonces mi jefa me miraría intrigada y yo, modestamente, le explicaría que había sido yo misma quien, al recibir la visita de Leonardo Vlach, sí, el mismo, el firmante del artículo, le había...

Me interrumpieron unos golpecitos en el biombo y un «¿Se puede?» burlón.

Alcé la cabeza, sobresaltada, y vi a un conspirador ruso de la Revolución de 1905. Flaco y no muy alto, con el pelo rojizo, despeinado, labios finos, gafas redondas de concha, chaqueta negra de pana, unos cuarenta años, parecía sacado de una de esas fotografías borrosas, tomadas en cuartos llenos de humo, alrededor de un samovar, en la que uno de los personajes, nos dice el pie de foto, es Trotski o Dostoievski. Sonreía con una gran sonrisa, desmentida por la fijeza de su mirada, tan intensa que me puso incómoda. Aparté la vista sonrojándome, me levanté, volví a mirarle con una expresión ya un poco más mundana y postiza y le di la mano. Nos sentamos.

—Vaya, vaya... —dijo mirándome a los ojos—. Con que tú eres la ayudante de la directora literaria... ¿Te dan mucho la lata los autores? —y se echó a reír. Yo hice un gesto vago, para no confesar que no había visto a un autor en mi vida, como no fuera en foto.

Se hizo un silencio. Él miraba en torno, con una mirada en apariencia casual, mientras se sacaba del bolsillo un paquete de tabaco y un mechero de plástico y encendía distraídamente un cigarrillo.

—Te felicito —dijo riéndose otra vez—, veo que has conseguido defenderte contra la invasión de manuscritos... Los hay hasta por los pasillos...

Era verdad, y por primera vez reparé en que trabajaba en un espacio vacío. Nada por el suelo —donde en otros despachos se amontonaban libros, manuscritos, cartas por contestar, proyectos de cubierta...—, nada en las estanterías y casi nada en el escritorio: una carpeta con las notas de prensa, un bote con lápices, un cenicero y una flamante agenda virgen.

—Es que hace poco que trabajo aquí —murmuré, mortificada.

—¿Son los que envían para el premio?

—Ah, sí, claro... bueno, no sé, ni siquiera está convocado oficialmente todavía... la presentación a la prensa es el jueves dentro de dos semanas...

—¿Jueves?

—Sí, a las ocho, en el Soyuz... En cuanto a los manuscritos... pues no te sabría decir si son...

—Serán de gente que se cree que publicar una novela es como encontrar un fontanero: basta buscar el nombre de un editor en las páginas amarillas —dijo él, y se rió otra vez. Tenía una risa muy particular: cómplice, suave, barnizada, como invitando a su interlocutor a echar juntos un vistazo, desde las alturas, a la humanidad común, la cual, vista desde allá arriba, resultaba inofensiva y un punto cómica. Al mismo tiempo, como por detrás de la leve risa y desmintiéndola, la mirada preguntaba, acosaba, agarraba por las solapas.

Se hizo un silencio. Yo me preguntaba cómo llevar la conversación hacia el terreno que me interesaba, la novela de la joven desconocida. Él fumaba y lo miraba todo, como vigilando las puertas y calculando la altura de las ventanas. Por fin, suspirando, se volvió hacia mí.

—Qué buena idea, lo del premio... Es lo que hace falta para lanzar la editorial... que hasta ahora publicaba principalmente traducciones, ¿verdad?

—Sí —dije yo animándome—, La Esfinge es la editorial literaria dentro del grupo, empezó hace dos años y se ha ido afianzando, desde el principio tuvo una excelente acogida crítica —era lo que ponía el folleto; me lo había aprendido de memoria— y ahora quiere dar el gran salto, descubriendo a escritores españoles... Precisamente, ya que hablamos de eso... —y empecé a recitarle la nota de prensa sobre Rosa Valls.

—Ah, qué interesante —asentía él, y repetía aprobadoramente mis palabras—: ¿Una joven promesa, dices? ¿Una revelación de la literatura española?...

—Blanca... —se oyó en ese momento—. Perdona que te interrumpa. Acaban de llegar de la imprenta las invitaciones para lo del premio. ¿Podrías ocuparte de hacer los sobres y enviarlas?

Mi interlocutor lanzó una mirada brusca, inquisitiva, a la recién llegada. Es mi jefa, le informé en voz baja mientras me levantaba. Él se alzó como movido por un resorte, fue hacia ella y le dio la mano vigorosamente mientras se presentaba y explicaba el motivo de su visita.

—Ah, muy bien, encantada —dijo mi jefa con su habitual inexpresividad—. Qué estupendo que escribas en el *Diario*, espero que nos trates bien... Blanca te dará toda la información que necesites y te enviará ejemplares. Blanca, luego pasas un momentito por mi despacho, por favor —y se retiró.

Volvimos a sentarnos.

—Todavía no hay ejemplares —le dije—, pero en cuanto salga el libro te lo envío inmediatamente. Entre tanto, mira, lo que sí te puedo dar es esto, que acaba de salir —le tendí el libro de artículos de César de la Torre, que él me agradeció mecánicamente, sin dejar de mirar el montoncito de invitaciones—. Y, claro, nos encantaría que... que vinieras a esto... ya sabes, para presentar el premio...

—Claro, cómo no —pareció volver en sí y se rió otra vez—. Yo te he traído una cosita.

Sacó un libro. Vi que era él el autor, y no sabiendo muy bien qué había que hacer en tales casos (¿mostrarme impresionada de que fuese escritor?, ¿fingir que estaba al corriente?, ¿sorprenderme de que él hubiera adivinado mi ardiente deseo de leer sus libros?...) me limité a exclamar «¡Ah!». Él lo abrió, garabateó algo en la primera página, volvió a cerrarlo y me lo tendió. Tampoco supe si debía leer inmediatamente la dedicatoria o hacerlo más tarde a solas. Para ocultar mi confusión cogí mi paquete de cigarrillos y saqué dos:

—¿Quieres?

—Si me lo ofreces tú... —se rió él—. ¿Me permites que yo a mi vez te ofrezca fuego? —y antes de que me diera cuenta, con una mano él estaba extrayendo despacio uno de los cigarrillos de entre mis dedos mientras con la otra (en cuyo anular relampagueó un destello de oro) me acercaba el mechero. Mirándonos fijamente intercambiamos fuego y material inflamable.

La siguiente biografía que empecé fue la de Colette. También ella, como Sylvia Plath y Elizabeth Smart, conoció a un hombre, a un escritor, que dio un giro a su vida.

Sidonie-Gabrielle Colette había nacido en 1873 en un pueblecito de la campiña francesa llamado Saint-Sauveur-en-Puisaye. Su madre era una mujer de carácter, con una educación muy superior a la de quienes la rodeaban, que languidecía en Saint-Sauveur y soñaba con París, sus teatros, sus cafés, sus salones... Su padre, Jules Colette, era un antiguo militar, que había perdido una pierna en la campaña de Italia, y que retirado, se aburría. Cuando murió, su viuda encontró en su despacho un grueso volumen lujosamente encuadernado, en cuyo lomo figuraban en letras de oro las palabras: Obras Completas de Jules Colette. En la primera página había una cariñosa dedicatoria a su mujer; todas las demás estaban en blanco.

Niña solitaria y precoz, Sidonie-Gabrielle —que firmaría sus libros con un simple «Colette»— leía sin parar. Estaba al corriente de la actualidad cultural parisina; devoraba sobre todo las crónicas teatrales y musicales —eruditas, incisivas, brillantísimas— que firmaba un tal Willy. Era éste un vago conocido de sufamilia: el padre de Colette y el de Willy habían hecho la guerra juntos. Colette nunca le había visto pero estaba al tanto de sufama: Willy era todo un personaje del París fin-de-siècle, un hombre de buena familia, rico, culto, notorio calavera (tenía un hijo ilegítimo, detalle que Colette y su familia ignoraban) y prolífico autor de novelitas libertinas. Que, por cierto, ni siquiera escribía él. Willy era una especie de empresario de la literatura: tenía una idea, contratava a todo un equipo de negros, a los que pagaba a tanto la línea, para que la desarrollaran, y luego ensamblaba las partes, revisaba el conjunto y lo vendía a un editor; fabricaba, en fin, novelas como se fabrica un coche. Eso, en París (seguramente no en Saint-Sauveur-en-Puisaye) lo sabía todo el mundo: cuando no quiso firmar el manifiesto a favor de Dreyfus, alguien observó: «¡Vaya! Será la primera vez que monsieur Willy se niegue a firmar algo que no ha escrito...». Colette tenía dieciséis años, y Willy treinta, cuando se conocieron. Ella quedó fulminada por algo que a falta de palabras más precisas suele llamarse amor, y del que luego diría: «El amor no es un sentimiento honorable».

¿Por qué aquella adolescente provinciana se apasionó con tanta furia por el calavera parisino? No por su atractivo físico: en sus memorias, muchos años más tarde, Colette describiría a Willy como «un hombre calvo que a los cuarenta años aparentaba el doble», rematando así el caritativo retrato: «Se parecía a la reina Victoria». A pesar de lo cual ella se encaprichó tanto de él que se le declaró en un coche de caballos, exclamando: «¡Moriré si no puedo ser tu amante!»... Y es que él parecía tener la llave del secreto que ella andaba tan ansiosamente buscando. «Son muchas —escribiría, ya vieja, en sus memorias— las chicas jóvenes que sueñan con ser el espectáculo, el juguete, la obra maestra libertina de un hombre mayor», y añade: «Es un feo capricho que acompaña las neurosis de la pubertad, el hábito de mordisquear la tiza y el carbón, de beber el agua dentífrica, de leer libros sucios y de clavarse horquillas en la palma de las manos; un deseo espantoso que se expía cuando se cumple».

Es obvio que Willy encarnaba las aspiraciones tanto de la madre como del padre de Colette: vivía en el meollo del París elegante, artístico y libertino, y era un escritor famoso... sin tomarse la molestia de escribir. Pero también encarnaba los sueños, inconfesados incluso a sí misma, de la propia Colette: quería entrar en la literatura, y no

atreviéndose a hacerlo por la puerta grande, lo hacía por la de servicio, casándose con un escritor.

«Mi vida de mujer empieza ahí, en ese adversario», sentencia, retrospectivamente, la vieja Colette. También habría podido decir que con él empezaba su vida de escritora, no sólo porque Willy la empujó a escribir —al principio, bajo su nombre, el de él; sólo cuando se divorciaron empezó ella a firmar sus propias obras—, sino porque ella necesitaba, como todo el mundo, un modelo: una piedra de toque, un referente con respecto al cual definirse ella misma por imitación o contraste, un ejemplo de biografía, pues la vida es lo primero que hay que resolver, antes de poder dedicarse a la obra.

Nada más entrar en el Soyuz sentí que me había vestido mal: mi severo traje chaqueta desentonaba con la decoración del local y con la ropa desenfadada y moderna de los demás.

Había muy poca gente todavía. Los camareros, de pie tras las mesas con bebidas, parecían tener por misión, no servirlos, sino protegerlos contra rateros y desaprensivos. Di unos pasos incómodos por la sala casi vacía, cuando identifiqué una cara. Le sonreí, porque encontrar a un conocido, el que fuera, me evitaría el desaire de vagar lúgubremente sola entre animados corrillos. Él me sonrió a su vez.

—Hola... ya me imaginaba que te vería aquí— dijo riéndose con esa risa fácil, móvil, que tanto contrastaba con la fijeza tensa de los ojos. Yo ya sabía algo más de él: por la solapa de su libro, me había enterado de que había nacido en Buenos Aires, veinte años antes que yo, y tenía un par de novelas publicadas.

Aliviada y halagada, aunque no del todo cómoda (me mortificaba pensar que viéndome otra vez con el mismo traje pudiera adivinar que era la única ropa presentable que tenía) me puse a pasear con él de un lado a otro. Ahora estábamos junto a una de las mesas.

—Por favor, dos copas de cava —ordenó. Nadie había empezado a beber todavía.

—Disculpe, pero... —dijo el camarero. Con el rabillo del ojo, vi cómo en los de Leonardo se encendía un relámpago de furia. El camarero también debió de verlo, porque cerró la boca y sirvió las dos copas sin chistar. Leonardo me dio una y nos alejamos.

Súbitamente se inclinó hacia mí, susurrando:

—¿Quién es ese tío que está hablando con tu jefa?

—El señor Puig, el consejero delegado.

Leonardo sacó el paquete de tabaco, encendió un cigarrillo, aspiró hondo, soltó el humo, y enarbolando una ancha sonrisa se dirigió derecho hacia ellos dos. Pero el señor Puig había dado media vuelta y se encaminaba hacia el fondo del salón. Unas voces pidieron silencio. Se deshicieron los corrillos; todo el mundo se inmovilizó, como en el juego de las sillas musicales, y volvió la mirada hacia donde estaba el señor Puig. De pie con un micrófono, éste hizo un discursito, mientras con mayor o menor disimulo unos proseguían sus conversaciones en voz baja y otros aprovechaban para ir al baño o pedir copas a los camareros. Luego hubo aplausos y volvieron a formarse los corrillos. Me encontré otra vez errando, copa en mano, procurando no poner cara de pordiosera. Los camareros pasaban ahora sosteniendo en alto bandejas de canapés, que ofrecían con decisión a algunos elegidos.

El señor Puig estaba charlando con una mujer alta y fina, sinuosa, con el pelo largo y suelto, que llevaba una llamativa chaqueta de terciopelo bordada y unos vaqueros viejos y se reía mucho, con una risa alegre y confiada. Su cara me resultaba familiar, pero no conseguía identificarla. Me la quedé mirando, hasta que comprendí que mi curiosidad bordeaba la mala educación y aparté la vista. En ese momento, el señor Puig, que me tenía una simpatía paternal, se dio cuenta de que estaba sola y me llamó:

—Mira Blanca, te presento a Rosa Valls, que publica con nosotros —y entonces la reconocí: era la de la foto de la nota de prensa. Pero ¿por qué me parecía tan distinta,

una impostora?

—¡Ah! Sí, claro... precisamente me estoy ocupando de la promoción de tu novela —dije, con un tono que me salió agresivo. Para suavizarlo, me reí, pero me salió una risa falsa, exagerada. Tenía miedo de que me tomase por una mindundi de oficina, y sobre todo, tenía miedo de que acertara. Pero ella no pareció enterarse.

—No me digas. Ay, pobre... Eres un sol...

—Bueno, guapísima —el señor Puig le dio dos besos—, nos llamamos.

—Sí, tenéis que venir a cenar, ya quedaremos...

Pasaba un camarero con bandejas. Rosa le detuvo poniéndole jovialmente la mano sobre el brazo:

—¿Te apetece un canapé, Blanca?... Están buenísimos, no se vaya, déme otro... Y esos pinchitos, ¿de qué son? Los probaremos también, ¿verdad, Blanca?... ¿No tendría una servilletita? Muchas gracias... Cuéntame, Blanca, lo que haces en la editorial... aunque lo mismo no te apetece hablar de trabajo...

—Pues precisamente, hablando de trabajo, yo te quería preguntar algo...

—Dime, dime.

—¿Cómo conseguiste publicar tu novela?

Me había salido tan brusco, tan directo, que me sonrojé.

Se echó a reír:

—Ay, qué pregunta. Eres genial, Blanca... ¡ Pero si lo difícil no es publicarla, lo difícil es escribirla!

Se me debió de notar en la cara lo estafada que me sentía por su respuesta, porque enseguida buscó otra:

—Pues nada, la escribí, y digo, ay, ¿ahora qué hago con esto?... porque claro, Toni tiene la editorial, pero yo no quería molestarle... Y entonces un día, charlando con unos amigos nuestros, los Solé, los de la clínica... ¿no los conoces?, sí mujer, que el hermano es notario, el notario Solé, allí en el Paseo de Gracia... —hablaba el castellano de los pijos: un tono sin énfasis, frívolo, desganado, con un ligero acento catalán—... bueno, pues resulta que ella es íntima de la mujer de ese agente al que todos llamáis Cero Cero Siete... y nada, me dijeron, por qué no vas a verle, y yo fui, le llevé la novela, y le dije, ay, es que no sé si publicarla... pero a él le encantó; y a los quince días tenía dos ofertas, una de esos chicos de Estrella Polar, ¿sabes?, una editorial nueva, pequeñita, que hacen cosas muy monas, que es del hijo mayor de Ferré, el dentista... y la otra, de Toni...

¿Pero quién demonios es Toni?, me estaba preguntando yo, mientras para disimular mi ignorancia, no sabiendo muy bien qué hacer o qué decir, me reía mucho, con una risa exagerada.

—... y cuando Cero Cero Siete le dijo que teníamos otra oferta Toni casi se enfadó, me llamó a casa y me dijo, mira Rosa, estamos empezando una línea nueva de autores españoles, esto que se llama La Esfinge, que lleva esta chica, ¿cómo se llama?, ¿Mari Paz, Mari Cruz?...

Tardé un momento en reaccionar: estaba atando cabos y acababa de comprender que «Toni» era el señor Puig.

—Total, que Toni me llamó... —proseguía ella— y me dijo: Rosa, pase que me hayas hecho ese paripé de enviármela a través de Cero Cero Siete, pero ahora no me vas a hacer la faena de dársela a la competencia...

—María del Mar García —la interrumpí—. La que dirige La Esfinge. Es mi jefa.

Vino alguien a saludarla. Aproveché para escabullirme y estuve vagando un rato, aferrada a mi copa y suspirando porque se hiciera de una vez lo bastante tarde para marcharme sin hacerme notar.

Envaradamente sentado en un sofá rojo, negro y gris metálico (eran los colores de moda) que parecía incomodísimo, Leonardo fumaba con gesto hosco. Nos sonreímos.

Estaba dudando si acercármele cuando él se levantó y me anunció, resuelto:

—Me marchó. ¿Te vienes?

Asentí y le seguí. Salí con él, pisando fuerte.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó cuando estuvimos fuera.

—Ah... bueno...

Entramos en el primer bar que vimos abierto, en la plaza de Sarriá. Me dirigí a la mesa libre más próxima, pero Leonardo me empujó hacia la otra sala, interior, con un billar y mucho humo, y eligió asiento en un rincón. Pedimos bebidas y encendimos cigarrillos. Durante un rato fumamos en silencio. Yo tenía ganas de llorar. De llorar en mi casa, en mi cama, escuchando arias barrocas, tenebrosas, plomizas, llenas de angustia contenida.

Leonardo, ceñudo, daba chupadas al cigarrillo. Al rato pareció relajarse y me sonrió:

—Vaya desfile de modas, ¿eh?

Me eché a reír.

—¿Es eso lo que se llama la *gauche divine*? —inquirió con una mueca.

—Más o menos... bueno, la *gauche divine* era más bien algo de los años sesenta... pero, sí, son el mismo tipo de gente.

—Ya. Gente podrida de millones que se las da de izquierdista —Leonardo me miraba de reojo como intentando adivinar en qué bando estaba yo. Yo no sé si estaba, pero me sentía, sobre todo últimamente, en el bando de los desamparados.

—¿Cómo fue que entraste a trabajar en la editorial?

Entendí muy bien qué significaba esa pregunta y me alegré de poder contestarle:

—Por un anuncio en el periódico.

Nos sonreímos.

—¿Y tú, qué haces en Toulouse?

—Malvivir dando clases. En la Universidad como lector de español, una mierda de contrato, pero es lo único fijo que tengo... y en academias, a particulares... lo que puedo.

Hubo un silencio. Pregunté, por decir algo:

—¿Y qué te ha parecido el libro de artículos que te di?

—¿El del Muerto Viviente?

—¿Cómo dices?... ¿Te refieres a César de la Torre?

—Es un milagro, ese hombre, es como si la momia de Franco arengara a las masas desde debajo de la losa en el Valle de los Caídos...

Yo me reía de todo corazón.

—Bueno, pero ¿lo has leído?

—Pero ¿tú te crees que los libros de artículos los lee alguien?

—Pues yo...

—Tú porque tienes que hacer méritos en la editorial, y todavía crees que la manera de hacerlo es leer los libros que publicáis... ¡Si no se los leen ni los editores!... Y si me preguntas a mí si lo he leído te tengo que contestar que sí, claro, llevo veinte años leyéndolo en todos los periódicos y revistas de España y de América Latina, incluida la hoja parroquial y el boletín de la asociación de oftalmólogos... Y no contento con cobrarlo doscientas veces al detalle, ahora lo vuelve a vender al por mayor. ¿Cuánto le habéis pagado?

Como una autómatas, se lo dije. Leonardo contrajo las mandíbulas.

—Claro, como está con Cero Cero Siete... —murmuró con furia.

—Es que... —me justificaba yo, arrepentida ya de la indiscreción que acababa de cometer— como empezamos una nueva etapa de Esfinge... querían hacer algo sonado, un nombre conocido...

Pero Leonardo no me escuchaba. Fumaba, abstraído, encerrado en su soberbia, en

su furia y en su melancolía, y yo le miraba intimidada.

—¿Picamos algo? —sugerí al fin. Él aceptó y pedimos unas tapas. Y empezamos a hablar de escritores. Yo le preguntaba qué le parecía éste o aquel, y él no se hacía de rogar: «Ésa, con oírle ese acento de niña pija ya sabes que no hace falta leerla», «Ése se cree que es bueno porque vende poco»... «Ésa pretende que la lean por ser mujer y catalana. Sí, y también hay que leer a los tuertos, los mancos y los leprosos...», «Ése ha encontrado un método estupendo, tendría que patentarlo. Consiste en coger un cuento de Borges de veinte páginas y reescribirlo en forma de novela de doscientas. Las otras ciento ochenta tampoco son tuyas, están copiadas de Dashiell Hammett, en el mejor de los casos, y en el peor y más frecuente, de Agatha Christie»... Y excepcionalmente: «Ese tío sabe lo que hace... Aparte de eso, es un hijo de la gran puta».

Yo me reía a carcajadas, como una niña que ve por primera vez fuegos artificiales. Ni por un momento puse en duda el acierto y la imparcialidad de sus juicios: el tono de autoridad con el que hablaba me parecía la prueba de que tenía autoridad suficiente para hablar en ese tono. Y me sentía también eufórica y angustiada: eufórica porque era yo quien acercaba la llama a los petardos, y angustiada por miedo a que al menor descuido uno de ellos me prendiera fuego. Por una vez, me alegré de no haber publicado nada todavía.

—¿Hacia dónde vas? —me preguntó cuando salimos.

—Hacia el Raval.

—¿Dónde está eso?

—Entre la Ronda San Antonio y las Ramblas.

—¿Por qué ese eufemismo de llamarle Raval? Eso es el Barrio Chino.

—Que yo sepa... —le expliqué mansamente, como si él fuera tan barcelonés como yo—, no es lo mismo. Son barrios colindantes. El Chino va de la calle Hospital hasta el puerto; el Raval, desde Hospital hasta la plaza de la Universidad.

Él estaba parando un taxi:

—Acompañamos primero a la señora —dijo cuando nos hubimos sentado—, ella le explicará, luego me lleva a mí.

Nos quedamos en silencio. En la oscuridad del taxi fulguraba la brasa de su cigarrillo. Al pasar bajo un gran rótulo luminoso, una súbita y breve claridad rojiza me lo mostró mirándome con ojos brillantes. Me sentí incómoda y por decir algo, pregunté:

—¿Tú en qué hotel estás?

—En ninguno, estoy en casa de mis cuñados —contestó él, y precisó—: La hermana de mi mujer y su marido.

Cuando abrí la portezuela y volviéndome hacia él me despedí, adoptó un aire distraído y casual para besarme las mejillas.

La charla con Leonardo me dio una idea que por un momento me pareció caída del cielo: en vez de empeñarme en escribir una novela, ¿por qué no hacer otra cosa: una galería de retratos, de arquetipos dibujados con ironía, según explicaba la contraportada de otra de las biografías que tenía encima de la mesa, la de Jean de La Bruyère?

Hombre de gran cultura, pero escaso en fortuna y en títulos, Jean de La Bruyère se veía obligado a trabajar como oscuro preceptor en el relumbrante Versalles de Luis XIV. Nos ha dejado un libro que publicó anónimamente y que hoy es un clásico de la literatura francesa: Los caracteres. Se trata de una colección de máximas morales, en sí mismas no demasiado originales —pertenecen a esa línea de desengaño y pesimismo que va del Eclesiastés hasta Cioran pasando por su contemporáneo La Rochefoucauld—, pero que él aplica a su época y a su entorno, insuflándoles nueva vida. Por ejemplo:

«En la Corte, se habla bien de alguien por dos razones: la primera, para que se

entere de que hablamos bien de él; la segunda, a fin de que él hable bien de nosotros.»

«Criticamos a los que amasan una gran fortuna cuando se les presenta la ocasión, porque desesperamos, por la mediocridad de la nuestra, de tener alguna vez la oportunidad de hacer como ellos y ser víctimas del mismo reproche. Si tuviéramos la posibilidad de imitarles, empezaríamos a pensar que no merecen que se les censure, y nos refrenaríamos por miedo a estar condenándonos a nosotros mismos de antemano.»

Los caracteres fue un libro muy comentado, en parte porque enseguida empezaron a correr rumores sobre quién era el modelo de tal o cual personaje o anécdota, y en parte o sobre todo, porque los retratos, individuales o arquetípicos —el cortesano, el favorito, el noble de alto rango...— son impagables. He aquí algunos fragmentos:

«Nunca se les ha visto sentados, jamás quietos y atentos. Es más: ¿quién los ha visto andar? Se les ve correr, hablar mientras corren, y hacer preguntas sin esperar respuesta. No vienen de ningún sitio, no van a ninguna parte: pasan y vuelven a pasar. [...] Su profesión consiste en que les vean y les vuelvan a ver, y jamás se acuestan sin haber desempeñado a fondo ese empleo tan serio y tan útil a la república. Conocen por lo demás perfectamente todas las noticias indiferentes, y saben, de la Corte, todo aquello que carece de interés.»

«Que un favorito se observe de cerca; pues si me hace esperar en su antecámara menos que de costumbre, si tiene una expresión más afable, si frunce menos el ceño, si me escucha más, y si me acompaña, al salir, un poco más lejos, pensaré que está empezando a caer en desgracia, y acertaré.»

«La ventaja de la gente principal sobre los otros hombres es inmensa en una cosa: les cedo gustosamente sus banquetes, sus lujosos aposentos, sus perros, sus caballos, sus monos, sus enanos, sus bufones y sus aduladores; pero les envidio la suerte de tener a su servicio a personas que en corazón y en ingenio les igualan, y a veces, les aventajan.»

¿En quién estaba pensando La Bruyère cuando escribió ese párrafo? No es muy arriesgado aventurarlo: en sí mismo, hombre de valía sin prestigio ni dinero, humillado y amargo, que se venga observando, retratando, escribiendo, movido por el tesón, la perspicacia, la fuerza inmensa que da el resentimiento.

Los lunes por la mañana mi jefa y yo nos reuníamos. Ese lunes nos acababan de traer una pila de ejemplares de la novela de Rosa. Convencida de que era la gran apuesta de La Esfinge y por lo tanto de mi jefa, yo estaba dispuesta a poner toda la carne en el asador.

Me caía bien mi jefa. Era una mujer diez o quince años mayor que yo, que vestía con descuido, no se teñía el pelo y no llevaba maquillaje. Se notaba que le gustaba mucho su trabajo; solía llegar la primera a la oficina y marcharse la última, llevándose cosas para leer en casa. A mí me transmitía una sensación reconfortante de firmeza y serenidad. Me importaba mucho causarle buena impresión.

Empecé con ímpetu.

—Mira, he pensado varias cosas que podemos hacer para que se hable de la novela de Rosa Valls... —lo tenía bien ensayado y las enumeré todas.

Mi jefa se recostó en su asiento y esperó cortésmente a que yo hubiera terminado. Luego dijo:

—No hagas nada.

Temí no haber entendido bien y esperé alguna aclaración, alguna explicación. Pero no vino.

—¿Ni... ni enviarlo a los periódicos? —tartamudeé.

—Sólo si alguno llama y te lo pide —dijo mi jefa plácidamente. Y enderezándose en la silla, cambió bruscamente de tono—: Bueno, vamos a ver, y para el libro de César de la Torre, ¿qué has pensado?

Yo no había pensado nada.

Yo quería escribir una novela. Pero ¿qué novela?

Sentada a mi escritorio una vez más el domingo por la tarde —un momento de la semana que había empezado a temer—, comprobaba que como todos los domingos por la tarde, reinaba el silencio, la ventana mostraba las mismas siluetas de tejado y antenas y la página seguía en blanco.

Pero bien mirado, ¿una novela? ¿Por qué una novela? ¿Por qué no una galería de retratos?... Sí, ¿por qué no? O una comedia. O un libro de aforismos. O un drama en cinco actos... O una epopeya de diez mil versos... o un haiku de cuatro... ¡Maldita libertad! Una novela, qué demonios, no se hable más, he dicho una novela. Vale. Sigamos. ¿Con qué argumento?

Pasaba otra media hora.

Veamos... El argumento no es más que un pretexto, cualquiera sirve... Sí, cualquier cosa puede servir como punto de partida... Un escenario, unos personajes... Recorría mentalmente la casa, la calle... ¿Por qué no la lechera y el guardia jurado?

Bien. De acuerdo. Pero ¿qué hacer con ese material?... ¿Un relato costumbrista, celebrando lo sano y pintoresco que es el pueblo llano? ¿Al estilo de Mesonero Romanos, con sus chistes de baturros?...

—No, claro —convenía conmigo misma—. No, eso ni hablar.

—¿Realismo social, entonces? —proseguía mi alter ego—. ¿Mostrar la dureza de la vida de esas pobres gentes, su miseria material y mental?

—¿Por qué no?

—Mmm... Tendrías que hacerte amiga suya... cenar con ellos, compartir el pulpo a la gallega y el vino con gaseosa... tomar nota de sus latiguillos, todo eso de «¡ay, hijo!», «¡mira que eres!», lo de llamar «cocretras» a las croquetas y «mondarinas» a las mandarinas... ¿De veras estás dispuesta?

¿Confraternizar con ellos en su cuchitril con olor a col hervida? ¿Hablar de convenios, pagas extras y alquileres, del escandaloso precio del pescado, de una receta para aprovechar restos de pollo? ¿Borrar las fronteras entre su vida y la mía? ¿Descubrir que en el fondo tales fronteras eran imaginarias?... Sólo de pensarlo me daban ganas de meterme en la cama.

—Además —proseguía él—, el realismo social fue una moda de los años cincuenta, hoy no le interesa a nadie.

—¿Y el realismo mágico?

Se encogió de hombros.

—Ya está inventado. No hagas eso tan típico de las mujeres que es tomar un género literario, o una corriente de pensamiento, una filosofía, lo que sea... y divulgarlo, abaratarlo, convertirlo en libro de quiosco. Inventa otra cosa.

Largo silencio. Al fin, tímidamente, aventuré:

—¿Y algo semifantástico?... Realista con un toque poético... Un personaje imaginario, uno solo. Que servirá además para unir diversas historias... o estampas... Mira, te explico —me iba animando—: un personaje misterioso e invisible sobrevuela la ciudad y se va metiendo, una por una, en todas las casas...

Le brillaron los ojos.

—Bravo, Blanca. Has encontrado un método estupendo: consiste en coger un clásico que nadie lee, en este caso *El diablo cojuelo*, de Luis Vélez de Guevara, mil seiscientos y algo, y reescribirlo en forma de novela moderna. Tendrías que patentarlo.

Me levanté humillada y furiosa, apagué la luz y me fui a preparar la cena.

Pero después de cenar volví a mi potro de tortura. Tenía que escribir una novela, como fuese, no podía soportar la perspectiva de vivir y morir sin haber escrito una novela. Pero ¿qué novela?

Me horrorizaban el realismo decimonónico, el realismo social, el realismo mágico, el

costumbrismo, la novela rural, la novela política, la novela psicológica, la novela urbana, la novela católica, el existencialismo, el experimentalismo, el intimismo, el lirismo, la prosa poética, y en general, cualquier cosa concreta. No quería ser una escritorcita del montón, de mi tiempo y mi país —si hubiera podido habría escrito en esperanto—, ni siquiera una escritora: hasta el simple sufijo femenino ya era una odiosa limitación. No, yo quería ser un gran escritor universal, y escribir una novela abstracta, inteligentísima, cultísima, inatacable. No había entendido que la única obra que no ofrece flanco alguno a la crítica, imposible de destripar, despreciar, ridiculizar, en fin, la única novela —o cualquier cosa— perfecta, es la que no existe.

Cada mañana, cuando sonaba el despertador, emergía de un sueño profundo para encontrarme otra vez cara a cara con la desolación, con el vacío, con el miedo. Descubría que vivir duele, que duele ser libre, que duele ser. Con qué alivio —y vergüenza— habría firmado, con los ojos cerrados, por una vida prefabricada, como la de la lechera y el guardia jurado, por un camino cualquiera, sin importarme adónde llevase, con tal de que estuviera ya trazado.

Sylvia Plath se pasó media vida —desde la adolescencia hasta su muerte a la edad de treinta años— debatiendo consigo misma cómo podía combinar el deseo de escribir con el deseo de amar. Se pregunta en su diario en 1951, poco antes de cumplir los diecinueve:

«¿Llegaré a renunciar y a decir: "Vivir y alimentar el insaciable estómago de un hombre y parir hijos ocupa toda mi existencia. No tengo tiempo para escribir"? ¿O perseveraré en esta maldita ocupación'? »...

«Sólo puedo amar (si eso significa abnegación, ¿o significa plenitud personal? ¿O ambas cosas?) renunciando a mi amor propio y a mis ambiciones.»

El modelo de feminidad con el que se debate Sylvia Plath había surgido en Europa a fines del siglo XVIII. Lo esboza Rousseau, lo termina de perfilar la Inglaterra victoriana y a mediados del XX en Estados Unidos sigue en pleno auge. Es un ideal especialmente cruel porque contradice de arriba abajo los valores que se están imponiendo durante esa misma época. Mientras por una parte se celebra la ambición, se glorifica al individuo que se fija una meta en la vida y la alcanza... por otra, se pide a las mujeres que renuncien a cualquier objetivo propio. Así, cuando Sylvia Plath escribe: «Orgullo, ambición: ¡qué palabras tan mezquinas y egoístas!»... se está refiriendo a sí misma en tanto que mujer. En el caso del hombre, en cambio, orgullo y ambición son valores tan admirables que merecen la dedicación no sólo del interesado sino del resto de la familia, empezando por una esposa abnegada y entusiasta. Sylvia lo intenta:

«Taparme la nariz, cerrar los ojos y tirarme a ciegas a las aguas de la interioridad de algún varón, sumergiéndome hasta que su meta se convierta en la mía... O consagrarme a una Causa... En cualquier caso, se necesita la confianza de que una vez en la otra orilla, nunca echaré en falta las pequeñas ambiciones de mi engreído yo, contentándome, en cambio, con servir las ambiciones de mi compañero o de la Causa. No puedo aceptar, sin embargo, ninguna de esas soluciones. ¿Por qué? Tozudo orgullo egoísta... Iré, con los ojos bien abiertos, a mi martirio»...

No es de extrañar, entonces, esta confesión: «Tengo celos de los hombres»...

¿No habría alguna manera de vencer esos celos, o de sortearlos al menos? Sí: se le ocurre una:

«Sobresalir en algún campo en el que mi compañero no pueda participar activamente. Ahí es donde aparece la escritura, tan necesaria para la supervivencia de mi altiva salud mental como lo es el pan para mi carne.»

Pero otras veces duda. ¿No sería más fácil, menos conflictivo, casarse con un hombre con cuyas ambiciones ella pueda identificarse, someterse de una vez por todas y vivir por marido interpuesto?

«¿Qué profesión escogería yo si fuera hombre? ¿Es ése un criterio? ¿Elegir al

hombre que yo sería si fuera hombre?»

Una y otra vez intenta aplastar su ambición. Y una y otra vez su ambición reaparece con nuevos bríos. Sylvia tiene éxito y quiere continuar teniéndolo: «Seguiré espoleándome para avanzar y subir en busca de becas, premios, Europa, que me publiquen, hombres»... Pero no deja de dudar. ¿Y si su éxito es castigado con la soledad, con la falta de amor, con la castidad forzosa?...

«¿Podría cambiar de actitud y subordinarme gustosamente a la vida de mi compañero? ¡Miles de mujeres lo harían! Dependería del miedo que tuvieran a convertirse en solteras y de la urgencia de sus necesidades sexuales.»

Así imagina su futuro como mujer casada:

«¿Seré una secretaria, un ama de casa siempre justificándose, sin inspiración, secretamente celosa de la habilidad de mi marido para crecer intelectual y profesionalmente mientras yo me veo impedida? ¿Ocultaré mis embarazosos deseos y aspiraciones, me negaré a enfrentarme conmigo misma y me volveré loca o acabaré neurótica?»

Hermosa perspectiva. ¿Quedarse soltera, entonces? He aquí lo que la espera, en tal caso:

«... ese ácido cítrico definitivo, retorcido y agrio que corre por las venas de las solteras inteligentes y solitarias... »

Plath insiste mucho en el castigo, en la mutilación: parece que sólo puede elegir entre renunciar, rabiando, a la ambición, o, rabiando también, al amor. Pero hay otra cosa, algo mucho más insidioso, más difícil de reconocer. Luchar contra enemigos exteriores —las leyes, las costumbres, la mentalidad imperante, las demandas del hombre al que queremos...— es difícil, pero hay algo más difícil, más doloroso; otro enemigo, al que cuesta mucho más enfrentarse, del que cuesta incluso reconocer la existencia: el enemigo interior. La tentación de no luchar; de refugiarse bajo el ala de un hombre; de llevar una vida protegida, prefabricada. Cuando Plath se ve a sí misma convertida en un ama de casa, rodeada de «genios bebiendo ginebra en la cocina» —y ella sirviéndosela—; cuando escribe: «Algún día, cuando ande a trompicones cocinando huevos y dándole el biberón al bebé y preparando la cena para los amigos de mi marido, cogeré a Bergson o a Kafka o a Joyce y sentiré nostalgia de las mentes que saltan por encima de la mía y me dejan atrás»... al imaginar así su futuro, siente también cierto consuelo. Porque renunciando de antemano se evita el dolor de la incertidumbre, del posible fracaso. En sus momentos de duda, de angustia, en los que reconoce —con su característica, inexorable lucidez— por qué no escribe: «porque así no me tengo que culpar por el fracaso de lo que escriba»... en esos momentos, tener un pretexto para renunciar —¿y qué pretexto más fácil, a mano, bendecido por la sociedad y por el mismo interesado, que un hombre, un hombre, él sí, rebosante de ambición, de fuerza, de sano y admirable egoísmo?— sería un inmenso alivio. Porque, como confiesa Sylvia Plath en su diario, «Es una terrible responsabilidad ser uno mismo. Es mucho más fácil ser otra persona o nadie en absoluto.»

Estaba en mi despacho cuando sonó el teléfono.

*—Blanca, preguntan por María del Mar, pero no me contesta, así que te lo paso —dijo la recepcionista, y antes de que pudiera reaccionar, oí la voz del desconocido interlocutor, que me decía su nombre. Era —temblé— el agente literario conocido por Cero Cero Siete, el cual, sin más trámite, me preguntó ásperamente cómo podía ser que, según acababan de confirmarle en la redacción del *Diario*, nadie allí había recibido un ejemplar de la novela de Rosa.*

Me quedé en blanco. No podía, naturalmente, decir la verdad: que mi jefa me había ordenado no enviar esa novela a nadie, pero ¿cómo iba a decir una mentira?... Por suerte en ese momento pasó mi jefa por el pasillo. Le hice señas desesperadas; cuando vino tapé el auricular y le conté qué pasaba. Ella cogió el teléfono:

—Hola, hola, soy yo. Cuéntame... sí... A ver si he entendido bien: a ti te ha llamado un crítico del *Diario* que quiere hacer la reseña, y ese crítico dice que ha pedido al *Diario* que le envíen el libro, pero que en la redacción del periódico le aseguran que no lo han recibido... ¿Es eso? ¡Ay, Dios santo, qué pesados son esos periodistas! ¡Siempre con la misma historia! Que no han recibido esto, que no han recibido aquello, y luego te encuentras los ejemplares, con el celofán y todo, por veinte duros en el Mercado de San Antonio. ¿Cómo quieres que no se lo haya mandado, si tú sabes tan bien como yo que el *mailing* es automático, que de todas las novedades que sacamos enviamos ejemplares a todos los periódicos? Si te esperas un momento, le pregunto a Blanca —yo palidecí, pero ella me sonrió— qué día salieron los paquetes... No, mira, mejor, para no perder tiempo, se lo enviaré directamente al crítico, lo recibirá hoy mismo en su casa... bueno, no importa, siendo dentro de Europa, supongo que en veinticuatro horas... Blanca, ¿tienes un papelito y un boli? Dime, tomo nota...

Colgó y me dio el papel:

—Manda un ejemplar a esta dirección por mensajero.

Era una dirección en Toulouse. Y el nombre era el de Leonardo.

—¡Mira, mira! —el consejero delegado entró sin llamar en el despacho de mi jefa, donde estábamos las dos reunidas. Venía eufórico, blandiendo un periódico—. ¿No te decía yo que esa novela era buena? ¿No tenía razón? ¡Lee esto, coño!

Mi jefa dejó los papeles que tenía en la mano, cogió el periódico —era el *Diario*—, leyó el artículo que le señalaba el señor Puig y se lo devolvió diciendo sin ningún entusiasmo:

—Ah, qué bien, cuánto me alegro.

—¿Y quién es este *payo*, el que firma la crítica?

—No es conocido... uno que estuvo aquí el otro día, habló con Blanca.

El señor Puig me miró interrogativamente. Yo me encogí de hombros sonrojándome.

—Nada, un... un crítico, que... que vive en Toulouse, y un día que vino a Barcelona... pasaba por aquí, y...

—Un crítico que no nos conoce de nada, pero le gustó la novela. No hay que darle más vueltas —exclamó el señor Puig—. Esta novela es buena, María del Mar, ya te lo dije, es buena y por eso la hemos publicado. Y este ciudadano, que no conoce a la autora, que no nos conoce a nosotros, que no nos debe nada, que ni siquiera vive aquí, pues sencillamente ha leído la novela, la ha encontrado muy buena y lo dice. Punto.

Yo bajaba la cabeza y callaba. Mi jefa también callaba. El señor Puig nos dedicó una última sonrisa, dio media vuelta y salió. Cuando hubo cerrado la puerta, mi jefa volvió a coger los papeles con los que estábamos trabajando y continuó como si nada.

Cuando se marchó a comer cogí el ejemplar del *Diario* que había quedado sobre la mesa. Era un artículo, no elogioso: elogiosísimo, y no sólo para la novela de Rosa, sino para la editorial. No podía pedir más: era lo mismo, exactamente, que yo había soñado —pero ¿por qué me parecía tan distinto?...

Yo quería, etcétera (bis).

Odiaba los domingos por la tarde. Habría hecho cualquier cosa para poder, sin mala conciencia, no pasarlos sentada a mi escritorio, en el silencio, con la mente en blanco frente a la página en blanco.

Yo quería. Y no podía. Pero tampoco podía renunciar. Y para que ese duelo a muerte no terminara conmigo, ¿dónde encontrar refugio?

En Cambridge, un día —el 25 de febrero de 1956— Sylvia Plath compró una revista literaria que acababa de salir, St. Botolph's Review, y en ella leyó unos poemas que la impresionaron. Los firmaba un tal Ted Hughes. Sylvia volvió adonde había comprado la revista y preguntó por él. Le sugirieron que si quería conocerle fuese a la fiesta que se hacía esa misma noche para presentar la revista y así lo hizo. Éste es el relato que

hace al día siguiente en su diario:

«26 de febrero, domingo. Una nota breve después de una larga orgía. Una mañana gris, de lo más sobrio, con ojos de puritano, blancos y fríos; y me está mirando. Anoche me emborraché; una borrachera hermosísima, y ahora estoy muerta, después de seis horas de dormir tibiamente como un bebé, con Racine por leer y sin siquiera la energía suficiente para escribir a máquina; estoy llegando al delirium tremens. O algo parecido.»

Primero había ido a buscarla un amigo y habían estado en un bar. «Yo me fui bebiendo sin pausa, uno tras otro, mis whiskys con ginger ale, y cuando nos marchamos, una hora después, sentía esa poderosa fuerza, encenagada, que te hace atravesar el aire como si estuvieras nadando, con valerosa confianza. En la fiesta sonaba el golpeteo sincopado de un piano en el piso de arriba y, oh, todo muy bohemio, los muchachos con suéters de cuello vuelto y las chicas con los párpados azules o elegantemente de negro... Para entonces yo ya había derramado una copa, parte en mi boca y parte sobre las manos y el suelo, y la música empezaba a hacerme efecto...»

«Acto seguido sucedió lo peor; resultó que el chico grande, moreno, atractivo, el único de un tamaño conveniente para mí [Plath era muy alta] que había estado encorvándose de aquí para allá junto a las mujeres, y cuyo nombre pregunté nada más entrar en la sala, pero nadie me lo dijo, se acercó y me miró de hito en hito: era Ted Hughes. Yo empecé a gritar de nuevo cosas sobre sus poemas y a citar: "queridísimo inarañable diamante" y él me respondió gritando, colosal, con una voz que debería haber salido de la garganta de un polaco "¿Te gusta?", preguntándome si quería brandy, y yo grité que sí y retrocedimos a la habitación vecina, y zas, la puerta se había cerrado y él estaba vertiendo brandy en una copa y yo derramándolo en el sitio donde se hallaba mi boca la última vez que tuve conciencia de su posición... Los dos bailábamos a zapatazo limpio, y luego me besó en la boca como un cataclismo y me arrancó la cinta del pelo, mi diadema roja que había soportado el sol y mucho amor y no volveré a encontrar otra igual, y mis pendientes de plata preferidos: ja, continuaré, rugió. Y me besó el cuello y yo le mordí fuerte la mejilla y cuando salimos de la habitación la sangre le caía por la cara.» Un comienzo verdaderamente prometedor.

«He decidido que no me puedo casar con un escritor o un artista, veo lo peligroso que sería el conflicto de personalidades, ¡sobre todo si la mujer fuese la más publicada!», había escrito Sylvia Plath. Pero el 16 de junio de 1956 se casó con Ted Hughes, poeta.

Ya estábamos empezando a recibir manuscritos para el premio, y a mí me habían confiado una nueva tarea: leer novelas. Y eso estaba haciendo: estaba en mi despacho leyendo novelas. Aunque en realidad no estaba claro que fuesen novelas, ni se puede decir que lo que yo hacía con ellas fuese leerlas.

Mi jefa me había explicado cómo funcionan estas cosas. Llegan los manuscritos que se presentan al premio (yo les habría llamado ingenuamente «novelas», pero en el vocabulario de las editoriales, una novela que no está publicada no es una novela: es una larva, un ectoplasma, un alma en pena vagando por el limbo y se le llama manuscrito) y son sometidos a un primer filtro. Eso era yo: tenía como misión descartar a los malísimos, a los ilegibles, los que mi jefa había definido como «los analfabetos». Los que pasaran esa primera selección eran entregados a lectores profesionales que hacían un informe. Luego mi jefa leería los informes, los discutiría con el señor Puig, y juntos elegirían las diez obras que pasarían al jurado.

El trabajo me estaba resultando sorprendentemente fácil. Facilísimo: todos los manuscritos que hojeaba me parecían un asco. No eran admirables, arrebatadores, maravillosos desde la primera línea hasta la última sin un respiro, como lo eran —si no recordaba mal— las novelas que yo leía habitualmente, las que están publicadas y se

compran en las librerías. No, éstos eran titubeantes, con sus más y sus menos, con cierto interés, según cómo se mirara y dependiendo de con qué se comparase, no desprovistos totalmente de cualidades, cierto, pero no carentes tampoco de defectos... ¡A la papelería! ¡A la papelería!... A las diez, cuando empecé, decidí que pondría a mi izquierda los que no y a mi derecha los que sí. A las doce seguía leyendo, animosa, combativa y febril —diez páginas por aquí, dos por allá— cuando al colocar un manuscrito en la pila de la izquierda, toda la pila se vino abajo. Y es que había —los conté— trece manuscritos uno encima del otro, mientras que el espacio a mi derecha estaba vacío.

Me deshinché. No podía ser; no podía continuar así; tenía que bajar el listón, de lo contrario no iba a dejar títere con cabeza, y ¿cómo le explicaba yo a mi jefa que no había —si seguía en ese plan— ni diez manuscritos, ni tres, ni uno solo que entregar al jurado?... Volví a coger uno de los manuscritos. Bueeeeno... ilegible no es que fuese... según cómo... en fin, pues a la pila de la derecha... y este otro... con un poquito de buena voluntad... también... y el tercero... pobre hombre, o mujer (se presentaban con pseudónimo), tenía derecho a una oportunidad...

A la una había terminado el repaso de los manuscritos que había puesto antes a la izquierda. Ahora estaban todos a la derecha.

Me levanté, exasperada, di una vuelta por mi despacho, miré por la ventana, me volví a sentar... Por fin tuve una idea. Había una manera de salir de aquel atolladero, y era enterarme de qué porcentaje de manuscritos se suponía que debían pasar el primer filtro. Si yo sabía de antemano cuántos tenía que salvar, me las arreglaría para aplicar la cuota. Me fui directamente al despacho de mi jefa, di dos impacientes golpecitos en la puerta y sin esperar respuesta entré diciendo hola.

Mi jefa levantó la vista sorprendida. No estaba sola. Sentado frente a ella, de espaldas a mí, había alguien a quien reconocí por el pelo y que sin duda me reconoció por la voz, pero que no se volvió. Y entre los dos, encima de la mesa, encuadernado con tapas rojas, había un manuscrito.

—Perdón —dije, y salí.

Volví a mi mesa y seguí hojeando manuscritos, sin enterarme de nada. En alguno encontré la palabra «sorprendido» y recordé la anécdota del señor Larousse, el de los diccionarios. Su mujer entró en el dormitorio conyugal y le encontró con otra. «*Ah! Je suis surprise!*», exclamó ella. Su marido —mientras se abrochaba los pantalones— la corrigió «*Non, Madame: nous sommes surpris, vous êtes seulement étonnée...*». Luego no pude seguir leyendo, porque las letras se habían vuelto borrosas.

Me fui al cuarto de baño y me encerré a llorar. Ellos habían sido sorprendidos, yo estaba solamente asombrada... Pero por Dios, qué cosas estaba diciendo. ¿Sorprendidos? ¿Haciendo qué? Si sólo estaban hablando... Y aunque estuvieran haciendo cualquier otra cosa, ¿quién era yo para pedir explicaciones? ¿Qué tenía que ver él conmigo? ¿Por qué me dolía tanto? Pero ¿cómo era que Leonardo había ido a la editorial sin avisarme, y no me había saludado antes de meterse en el despacho de mi jefa? ¿Le importaba yo algo? ¿Por qué, la noche en que me acompañó en taxi, tras decirme que se alojaba en casa de sus cuñados, había precisado: «La hermana de mi mujer y su marido»? Llevaba una alianza, la vi el primer día que vino a la editorial, pero eso no le bastaba, se empeñó en decirme con todas las letras que estaba casado. ¿Para qué? ¿Para dejar claro de entrada que no podía haber nada entre nosotros? ¿Es que acaso mi actitud había sido equívoca?... Pero ya era la una y media, la hora de salida. Me lavé la cara, me peiné, me pinté un poco para disimular que había llorado y salí.

Al llegar a mi mesa me quedé mirando el patio interior de manzana que se veía tras los cristales. Era un patio grande, tranquilo, soñoliento, con galerías acristaladas, balcones en los que señoras en bata y bigudíes tendían apaciblemente la ropa,

terrazas con tumbonas y árboles en macetas. Un ensueño de calma, un mundo pequeño y pacífico, aburrido y seguramente feliz, un *aurea mediocritas* de estar por casa... Pero ahora, el tiempo se había nublado y las gaviotas, replegándose sobre la ciudad, se habían lanzado al patio y daban vueltas chillando, con gritos breves, roncós, angustiados, porque no podían salir a cielo abierto, pero tampoco podían entrar por alguna ventana a refugiarse... Impulsivamente cogí el teléfono, llamé a mi amiga mayor y le pregunté si estaba libre para cenar. Lo estaba y quedamos en su casa.

Algo más tranquila cogí abrigo y bolso y me dirigí a la salida.

Al lado del ascensor estaba Leonardo.

—¿Te vienes a comer? —me dijo.

Se comportó como me esperaba según le estaba empezando a conocer: como un mal educado. Me obligó a caminar varias manzanas hasta encontrar una cafetería lo bastante lejana, de la que me exigió poco menos que garantías de que no íbamos a encontrarnos con nadie de la editorial, y una vez allí eligió lo que íbamos a comer los dos. En cuanto se marchó el camarero, se cruzó de brazos y me anunció:

—Me he presentado al premio.

—Ya lo sabía —repliqué.

—¡*Mirá vos!* Hace media hora escasa, y ya ha llegado a tus oídos. Bravo por el servicio de espionaje.

—¿No será por casualidad un manuscrito encuadernado en rojo que estaba encima de la mesa de mi jefa? —sonreí yo—. Como verás, no era muy difícil.

—Ah, ya... —y contraatacó rápidamente—: pues ya que estás tan bien informada sin duda me podrás decir también quién va a leerlo.

—Yo.

Se me quedó mirando tan fijamente que no me atreví a continuar con el farol.

—Bueno... —confesé—, no estoy segura. Hay tres lecturas: la mía, la de un lector profesional o dos, y la de mis jefes. Y luego, claro, está el jurado.

—¿Quiénes están en el jurado?

—No se sabe. Mi jefa ha hecho cuestión de principios de mantenerlo secreto hasta el último momento, para evitar presiones externas.

—O sea, para que nadie de fuera pueda estorbar las presiones internas. Y los informes de los lectores, ¿pasan por tus manos?

—Por supuesto —fanfarroneé de nuevo, arrepintiéndome en seguida. En realidad no tenía ni idea.

—¿Me los dejarás ver?

Era una traición lo que me estaba pidiendo, una falta gravísima que caso de descubrirse podía justificar hasta el despido. Pero había algo en Leonardo que me impedía resistirle. En su ambición, en su falta de escrúpulos, hasta en su grosería, yo veía algo que no había encontrado nunca antes: una fuerza desesperada que arramblaba con todo, porque era cuestión de vida o muerte. A su lado, la gente que hasta entonces había conocido parecía de trapo. Los estudiantes, pretenciosos y huecos, pura palabrería destinada a reventar como un globo al primer contacto con la vida de verdad, como me había pasado a mí; y los adultos, en los que debería mirarme, planos, sin sombras ni relieve, como recortados en cartón. Y en ese panorama insulso y desvaído irrumpía Leonardo: un hombre de carne y hueso.

—Sí —dije.

Estuvo un rato callado, como terminando de pulir mentalmente su estrategia. Luego se relajó, yo también, y mientras comíamos le conté el trabajo al que había dedicado la mañana.

—No te puedo creer... ¿De veras hay gente que piensa que los premios se ganan así, enviando los manuscritos por correo? En la puerta pondréis a un Rey Mago para recibirlos, ¿no?... Y ¿cómo son esas novelas?

Le hablé de la que más me había llamado la atención: su escritura era tan rudimentaria como la de un niño de ocho años; casi no había descripciones, ni narración; todo eran diálogos; pero esos diálogos estaban llenos de «polla», «coño», «canuto», «tripi» —por el contexto debía tratarse de una droga—, y contaba las andanzas de unos hijos de papá que se gastaban la paga semanal en «anfetas» y travestís. Para llamar aún más la atención, al autor no se le había ocurrido otra cosa que sustituir las *c* y *q* por *k*.

—Y se creerá que ha inventado la pólvora, cuando eso ya lo había hecho un autor latino de antes de Cristo —sonrió Leonardo—. ¿Sabes eso que siempre se dice, que toda novela contiene el juicio sobre sí misma? —yo asentí como si lo supiera—. Pues el de ésta es muy simple: *k, k*.

Me reí a carcajadas. Trajeron la cuenta y él dijo cuánto tocaba a cada uno.

—¿Vamos a tomar el café a otro sitio?

Habría sido más cortés preguntarme a qué hora tenía que volver a la editorial, hora que estaba peligrosamente cerca. Pero yo había bebido dos o tres copas de vino y me sentía como esas varas que se encienden en las fiestas mayores y que desprenden chispas. ¡Al diablo la editorial y todos los aguafiestas del mundo! Caminando con Leonardo por la calle supe de pronto qué es la felicidad: es ser feliz, sin más; es un secreto a voces, algo que salta a la vista y que no vemos, que está al alcance de la mano y no cogemos. Caminaba por una calle del Ensanche, entre fachadas con esgrafiados y cenefas y cabezas de mujer con ondulantes cabelleras de piedra, que sostenían sin esfuerzo, sonriendo, balcones y galerías. Caminaba hipnotizada por un hombre y todo se difuminaba, se desleía en la claridad y en el color y en la dulzura del otoño, y la luz me envolvía, me pasaba suavemente la mano por la cara, me reseguía la nariz, la barbilla y las orejas y hasta me acariciaba misteriosamente la planta de los pies.

—Cuando me exilié —dijo Leonardo—, me fui a Toulouse porque allí me ofrecieron trabajo, pero cuando conocí Barcelona, descubrí que era la ciudad del mundo donde más me gustaría vivir.

—Es una ciudad maravillosa —exclamé yo, que no sabía entonces que a los cuarenta años siempre se descubre que el sueño está donde no estamos, tenga nombre de ciudad o de cualquier otra cosa.

—¿Cómo fue que te exiliaste?— le pregunté cuando estuvimos sentados a la mesa de un café. Y me contó que una tarde volvió a casa y el portero le dijo: «Han venido unos señores preguntando por usted», y en tres días tuvo que dejarlo todo, casa, familia, trabajo, amigos... y salir en el primer avión en el que consiguió plaza. Y que en la escala en Río había que recoger el equipaje, pero muchas maletas quedaron girando y girando en la cinta: sus dueños habían sido secuestrados en el mismo aeropuerto de Buenos Aires, cuando ya habían facturado el equipaje y se disponían a embarcar... Me habló de sus amigos desaparecidos. Y me habló también de sus abuelos rusos, que habían emigrado hartos de pasar invierno tras invierno comiendo patatas y raspando el hielo de las paredes.

Cuando calló ambos nos quedamos en silencio.

Miré el reloj. Hacía media hora que habría debido estar en la oficina.

—Lo siento, Leonardo, pero tengo que volver...

En ese momento él se quitó las gafas.

Me temblaron las manos que sostenían la taza. Ese gesto, de golpe, lo cambiaba todo. Era un gesto desafiante y era todo lo contrario: una confesión, una entrega, algo tan íntimo que no sé cómo se atrevía a hacerlo en público. Se había quitado la máscara de piedra y se había hecho carne: se habría estremecido si yo hubiera alargado la punta de los dedos. No es que nos mirásemos, es que nuestros ojos se tocaban. Despojada de la geometría que le daban las gafas, su cara se me ofrecía desarmada,

desestructurada, maleable en mis manos. Se había desnudado la cara.

—Lámame Leo —dijo.

Cuando salí de la editorial faltaban dos horas para la cita con mi amiga, pero me sentí incapaz de volver a casa. Me puse a andar sin rumbo, maravillada por la suavidad de mi abrigo, por el abrazo de las botas en torno a mis tobillos, por el tacto indiscreto de la ropa en mi piel, por la conciencia de mi cuerpo oculto a las miradas.

Ya no era un ente anónimo disuelto en la masa anónima. Ahora era única para alguien y alguien lo era para mí. Alguien cuya cara desnuda me rondaba, disolviéndose —a ratos no conseguía recordarla, enfocarla del todo— y de pronto recomponiéndose, en un primer plano súbito y brutal. Se me aparecía entonces la cara y el cuerpo todo, de carne suave y duros huesos, los ojos relucientes, la brasa del cigarrillo en la penumbra, y la intensidad deslumbrante y casi dolorosa de esas apariciones me sacudía de emoción, de anhelo y también de miedo.

E igual que yo ya no era sólo yo, en la ciudad había entrado otra ciudad, invisible y acuciante como el secreto que yo llevaba dentro. Yo no conocía Buenos Aires, pero por los libros, por los discos, por las películas y los periódicos, la imaginaba: una ciudad abigarrada, urgente, llena de recovecos y sorpresas. De turcos, gallegos, sicilianos, polacos, eslovenos. De ricos con finca en el Delta del Tigre y pobres diablos que hablaban yiddish y pasaban hambre. Una ciudad de gente intensa, ansiosa, histriónica, gárrula, culta, divertida, insoportable. Una gran ciudad con un cementerio señorial, salones de té ingleses, palacetes venidos a menos, una iglesia rusa con cúpulas azules y un jardín japonés. Una ciudad que al caer la noche callaba: se detenía el ajetreo, flotaba en el aire la melancolía. Los inmigrantes, hijos de inmigrantes, nietos de inmigrantes, se abandonaban en secreto, por un momento, a la nostalgia de ya no sabían muy bien qué. Los cuerpos hambrientos de consuelo buscaban otros cuerpos y en las radios de los taxistas sonaban tangos empalagosos y tristísimos... Una ciudad en la que todos estaban de paso, entre el último pogromo y el próximo golpe militar, y en la que cada uno llevaba auestas una historia. El bisabuelo checo que se jugó toda su fortuna y hasta la casa familiar, confiando en el naípe que tenía en la mano e ignorando que su contrincante lo estaba viendo por un espejo situado a sus espaldas. Al perder, se pegó un tiro, y la familia, arruinada y deshonrada, emigró lo más lejos posible: a Argentina... El oficial sirio que preparaba un golpe de Estado, alguien les traicionó, detuvieron de madrugada a todos los conspiradores, menos a él, que estaba pasando la noche con su amante, a los demás los ejecutaron y él huyó, terminó en Argentina, donde se dedicó primero a vender coches y luego a fabricarlos, y se convirtió en uno de los hombres más ricos del país... El niño lituano cuya madrastra le pegaba y se escapó de casa, se metió de polizonte en un barco y bajó a escondidas en el último puerto, sin saber siquiera dónde estaba: en Buenos Aires... El chico griego, nacido en una isla de marineros y pastores de cabras, cuyos tíos habían emigrado a Australia —una banderola con vistas de Sydney, colgada en el salón, recordaba a todas horas la tierra prometida— y que para irse con ellos vendió todo lo que tenía, se despidió de la familia y del pueblo, se fue al Pireo, y sólo allí descubrió que no le llegaba el dinero para el pasaje a Australia; el barco con destino a Argentina era más barato... El joven y riquísimo conde polaco al que una compañía naviera invitó a inaugurar una nueva línea marítima a Buenos Aires; durante la travesía estalló la Segunda Guerra Mundial y al llegar a destino el conde, sin un céntimo, sin profesión alguna —para algo era rentista— y sin hablar palabra de la lengua, tuvo que quedarse en Argentina, donde viviría miserable y amargado el resto de sus días...

Y así, recordando historias oídas o leídas, estuve andando, abstraída, por las calles, hasta que me encontré frente a la Universidad. Allí había conocido a mi amiga, que nos daba clases de literatura latina... Y haciendo un repaso de mis amigos y conocidos, me di cuenta de cuánto se parecían, cuántos nos parecíamos todos. Todos

habíamos nacido no sólo en la misma ciudad, sino hasta en los mismos barrios. Todos descendíamos de padres, abuelos, bisabuelos, tatarabuelos catalanes o a lo sumo de otras partes de España. Todos habíamos estudiado en las mismas escuelas, institutos, facultades. Todos habíamos ido de excursión al Montseny. Todos celebrábamos la Navidad comiendo sopa de *galets*, *escudella* y turrón... Ser de Gracia, de la Bonanova o del Ensanche, haber estudiado en un Instituto público o en las teresianas, apellidarse Puig o apellidarse García —y aún se podía matizar más: ¿de la derecha o de la izquierda del Ensanche?, ¿en las teresianas de la calle Ganduxer o en las de la calle Nápoles? ¿Puig de los Puig Cabré o Puig de los Puig Vidal?...— se volvían, a falta de otras de más fuste, diferencias tajantes, radicales, verdaderas trincheras.

Y tanto si habíamos ido a las teresianas de Ganduxer como a las de Nápoles, o al Sagrado Corazón o al Instituto del barrio, todos habíamos tenido una vida fácil y encauzada, y sabíamos lo que nos esperaba y se esperaba de nosotros: empleo y familia. Punto. Una vida sin altibajos, sin rarezas ni alharacas, sin sorpresas. ¿Y si yo no era feliz? Pero ¿cómo podía no ser feliz? ¿Cómo me atrevía?... La infelicidad no sólo me dolía, sino que me avergonzaba. En mi admiración hacia los inmigrantes, los perseguidos, los exiliados, había una oculta envidia. Cuando le pregunté a Leo si sus abuelos estaban contentos de haber emigrado, si en Argentina habían tenido una vida feliz, me contestó que jamás se les habría ocurrido hacerse semejantes preguntas. Yo también habría querido no hacerme semejantes preguntas.

—¡Qué cara tan radiante traes! —exclamó con sorpresa mi amiga al abrirme la puerta—. No sé, pero este mediodía, cuando me llamaste, me pareciste un poco alicaída...

—Ya no —dije yo, y me puse a hablar de cualquier cosa. Estaba decidida a no contarle nada. Mi amiga era una persona razonable; me imaginaba lo que me iba a decir y no quería escucharlo.

Leo venía del mundo en el que el fuego quema, el agua moja, los cuchillos cortan y los disparos matan. Amándole, yo amaba ese otro mundo, donde las cosas eran de verdad: el exilio, la muerte, la lucha por la vida.

Angélica Balabánova había nacido en 1878 en la ciudad ucraniana de Chernigov en una familia de ricos terratenientes: su casa tenía veintidós dormitorios. Su madre (el padre había muerto siendo ella niña) estaba empeñada en hacer de ella una señorita como se estilaban entonces: «¿Quién querrá casarse contigo si no te tomas el aceite de hígado de bacalao? ¿Acaso se ha visto alguna vez a una chica de buena familia que no sepa tocar el piano? ¿Qué va a pensar de ti la gente?...», le repetía. No se le permitía ir a la escuela, como sus hermanos: la educaba, en su casa, una institutriz. Era una vida fácil, previsible, una vida decorativa y falsa en la que no cabían «las preguntas que a mí me perturbaban y que suscitaban en mí un interés mucho más intenso que mis estudios», recuerda en su autobiografía. Sólo de vez en cuando tenía Angélica un atisbo del resto del mundo: cuando acompañaba a su madre en las visitas de caridad, o cuando veía —con gran vergüenza— a un campesino besar el borde del abrigo de su padre. De algún modo supo, «confusamente, que existía en Rusia un movimiento revolucionario ilegal», y sintió por él una instintiva simpatía.

Quería ir al Instituto; su madre se opuso en redondo, pero tal fue la insistencia de la niña, que terminó por ceder a medias: la envió a un elegante colegio que preparaba a las hijas de buena familia a la «vida de parásito» —así la define Angélica— a la que estaban destinadas. Cuando en cierta ocasión un profesor enfermó, la directora le pidió que se hiciera ella cargo de la clase. Así lo hizo y la directora la felicitó, asegurándole que sería una excelente maestra. Para Angélica ese cumplido banal fue una revelación: «Era la primera vez que alguien me sugería otra vocación que la de no hacer nada».

A los diecinueve años se dio cuenta de que si no tomaba una decisión drástica, pronto se encontraría encauzada para siempre: la casarían con cualquier ricacho

disponible. Y tomó la gran decisión de su vida. «Afectiva e intelectualmente yo ya había roto del todo con mi familia y con las tradiciones que mi familia representaba. No me quedaba más que concretar esa ruptura.» Anunció su intención de ir a estudiar a la Universidad Libre de Bruselas.

«Las disputas y los ataques de nervios que marcaron ese período no hicieron más que confirmar mi resolución de poner punto final de la manera más rápida y tajante posible. Pronto me di cuenta de que el dinero que había heredado de la sucesión de mi padre constituía una cadena que me ataba a mi pasado, a mi familia y a Rusia. Decidí romperla también. Le dije a mi hermano que no quería tomar nada, sino partir con las manos vacías y abrirme camino yo sola. Él me recordó que no podría viajar sin dinero, que incluso en la universidad necesitaría techo, comida, ropa y libros. Su sentido común terminó por vencer mis escrúpulos y acepté una pequeñísima pensión mensual. Convinimos en que me enviaría esa suma todos los meses, y renuncié en su favor a mis derechos sucesorios.»

«Cuando dejé la casa, madre no estaba allí para despedirme ni para bendecirme. Como último recuerdo, no conservaría de ella sino su maldición. Pero era más feliz de lo que había sido en toda mi vida.»

En Bruselas, Angélica Balabánova vivió por primera vez sola, sin dinero pero con libertad. «Incluso durante los días más glaciales, y en un momento del invierno en que el frío combinado con el hambre me había hecho enfermar, no habría cambiado el rincón más oscuro de mi habitación por la casa entera, bien caldeada, de Chernigov.» Por primera vez conoció de cerca a gente de otros orígenes sociales: estudiantes pobres. «No tenían gran cosa en común con gente como yo, que, aunque hablara la misma lengua, venía de un medio protegido y burgués. Yo admiraba a esos rusos que podían charlar durante horas sobre Marx y Bakunin y que habían participado en manifestaciones y otras actividades revolucionarias. Comparados a aquellos de entre nosotros que nunca habían hecho nada por la Causa, que no habían tenido que conocer jamás la represión ni el terrorismo policial, tenían estatura de héroes.»

Gracias a esos estudiantes, Balabánova descubrió el marxismo, que le dio «exactamente lo que estaba buscando: una filosofía de método, que confería a los fenómenos históricos una continuidad y una lógica». Pronto ella misma empezaría a militar en el movimiento revolucionario ruso en el exilio. Y allí iba a conocer a una persona que encarnaba hasta sus últimas consecuencias esa mentalidad metódica: una de esas personas convencidas de que el mundo es un engranaje y decididas a adueñarse de las palancas que lo mueven; personas cuya ambición avanza como un tanque, con sus pacientes ruedas, torretas y cañones. En la Internacional Socialista, Balabánova conocería al hombre que iba a ser su modelo, su piedra de toque, su polo de atracción y repulsión, y que era entonces un simple militante de base, un tal Vladimir Ilich Lenin.

Yo estaba tan emocionada que apenas dormía, y cuando dormía, tenía sueños vivísimos, de colores, en los que siempre aparecía Leo, agrandado y en relieve, con eco y chispas, de noche y en secreto. Cada vez que en mi despacho sonaba el teléfono me parecía que era dentro de mí donde vibraba el timbre, y temblaba por dentro como en los terremotos tiemblan las paredes. Estaba tan nerviosa que me parecía que iba a romperme, que no iba a poder detener más la fuga de mis pedazos en todas direcciones. Hasta que llegó lo que estaba esperando.

Ya el «hola» inicial lo decía todo. No era un «hola» mecánico y social, falsamente desenvuelto, como antes, sino opaco, empapado de dulzura, un «hola» íntimo, *tibi solí*, no un saludo sino una contraseña. Como hipnotizada, dije a todo que sí, y apunté mansamente sitio y hora.

Al salir de la editorial fui a comprarme un vestido. Un vestido barato y resultón, rojo sangre, de punto, largo casi hasta los pies, que me hacía una silueta de sirena.

Con mi mejor voluntad, intentaba leer las biografías que me quedaban una por una, de principio a fin. Pero no podía: estaba demasiado impaciente; no conseguía concentrarme; saltaba de una a otra, o las abría al azar, como algunos cristianos hacen con la Biblia, convencidos de que la frase con la que se tropiecen será una profecía personal. «La cosa más maravillosa, la más milagrosa, la más triunfante, la más despampanante...», leí en una página cualquiera de la biografía de Madame de Sévigné, y seguí leyendo.

La carta más famosa de Madame de Sévigné, la que figura en todas las antologías y cuyas primeras frases se saben de memoria todos los escolares de Francia, está datada en París el 15 de diciembre de 1670, se dirige a un primo suyo y su mujer, y empieza:

«Voy a anunciaros la cosa más sorprendente, la más asombrosa, la más maravillosa, la más milagrosa, la más triunfante, la más despampanante, la más inaudita, la más singular, la más increíble, la más imprevista, la más grande, la más pequeña, la más rara, la más común, la más clamorosa, la más secreta hasta hoy, la más brillante, la más digna de envidia...»

Tras dar la noticia —una boda—, termina: «Si gritáis, si estáis fuera de vuestras casillas, si decís que hemos mentado, que es falso, que os estamos tomando el pelo, que a otro perro con ese hueso, si nos cubrís de injurias, os daremos la razón: nosotros hemos hecho exactamente lo mismo... Adiós; las cartas que os llevará este correo os harán ver si decimos o no la verdad.»

Y es que era, en aquel diminuto mundo de la Corte de Versalles y alrededores, un notición. No por el hecho en sí —¿qué cosa hay, en efecto, más pequeña y común que una boda?— sino por la identidad de sus protagonistas: la Grande Mademoiselle y el conde de Lauzun.

Anne-Marie-Louise d'Orléans, princesa de Dombes y de La Roche-sur-Yon, duquesa de Châtellerauld y de Montpensier y condesa de Eu, llamada «la Grande Mademoiselle», era una mujer de armas tomar. Prima hermana de Luis XIV, once años mayor que él, había participado en la Fronda, la rebelión aristocrática contra la monarquía, y no se andaba por las ramas: fue ella quien ordenó disparar un cañón, desde lo alto de la fortaleza de la Bastilla, contra el ejército real. Cuando Luis XIV reconquistó el poder, la mandó a vivir a sus tierras, lejos de la Corte: era el modo educado que tenía el rey de deshacerse de los incordios con título nobiliario. Mademoiselle obtuvo el perdón y volvió a la Corte; pero cuando Luis XIV le ordenó desposar al rey de Portugal —del que quería hacer un aliado—, ella se permitió el lujo de negarse: era un rey, sí, pero loco y parálítico... Desterrada otra vez, otra vez consiguió volver a Versalles. Y allí estaba cuando apareció Antoine-Nompar de Caumont, conde de Lauzun.

El duque de Saint-Simon, cuyas Memorias son una de las principales crónicas de esa entretenida Corte, nos describe a Lauzun como «un hombrecillo rubianco, poco agraciado de cara y descocado con las damas hasta extremos increíbles». No le tenía ninguna simpatía, entre otras cosas porque siendo él mismo —Saint-Simon— de grandísima nobleza, no perdonaba a nadie que gozara de una buena posición en la Corte sin ser, como se decía entonces, de alta cuna. Y Lauzun era un noble de tercera fila y sin un centavo. Pero se había sabido hacer amigo del rey; le divertía. A los dos les gustaban mucho las mujeres. Por motivos obvios, al rey no le costaba nada seducirlas, pero lo cierto es que a Lauzun, aunque feo y bajito, tampoco. La Sévigné, que es una cotilla, le cuenta en una carta a su hija que cuando Lauzun cayó en desgracia y fue arrestado se encontraron en su poder cofrecillos que contenían «retratos sin número y sin cuento, desnudos, uno sin cabeza, otro con los ojos reventados, pelos grandes y pequeños, etiquetas para evitar la confusión. En una: bucle de tal dama; en otra: cana de la madre; en otra: pelo rubio cosechado en buen sitio»...

Pero no adelantemos acontecimientos: su caída en desgracia y su detención se producirían más tarde, en el brusco descenso de su particular rueda de la fortuna. Estábamos unos meses antes, cuando la rueda subía vertiginosamente. Pues para asombro, escándalo y burla de la Corte, la Grande Mademoiselle, considerada el mejor partido de Europa, que se vanagloriaba de despreciar el amor y había rechazado a todos sus pretendientes, algunos de altísimo rango (el príncipe de Gales, el hermano de Luis XIV...), se encaprichó de aquel arribista de tres al cuarto. Se consumía de amor —o lo que fuera— a la vista de todo Versalles y naturalmente, del mismo Lauzun, que lo pasaba en grande. Ni en sus más locos sueños se le habría ocurrido semejante golpe de fortuna. Había un pequeño inconveniente, y es que Mademoiselle no le hacía ninguna gracia. Hay motivos para pensar que lisa y llanamente la aborrecía. Se le puede comprender: imagínense a una mujerona hecha y derecha, de cuarenta y tres años —cinco más que Lauzun; para la época, una vieja— pero inexperta e ingenua en esas lides como una niña de quince, recurriendo al colorete, las carantoñas y las miradas lánguidas, suspirando y haciéndose la encontradiza con su amado en los pasillos de Versalles... hasta que un día le acorraló y se le declaró por las buenas.

La perspectiva de desflorar a la añosa virgen no debía de hacerle mucha gracia al bueno de Antoine-Nompar, más bien ninguna, pero pelillos a la mar: era un precio barato a cambio de convertirse, de la noche a la mañana, en uno de los hombres más ricos y poderosos de Europa. La feliz parejita fue pues a ver al rey y a pedirle permiso para casarse. Luis XIV lo concedió, a regañadientes. En la Corte, la noticia causó sensación: la chismosa de la Sévigné, ufana de ser una de las primeras en saberlo, se apresuró como vimos a escribirlo a sus primos de provincias. Pero la cosa duró apenas veinticuatro horas. Esa misma noche, las personas más próximas al monarca le hicieron ver lo insensato de su aquiescencia: era poner en manos de un aventurero, y sobre todo, fuera de la familia real, una inmensa fortuna...

La historia fue larga, complicada y sensacional: tras el golpe de efecto de la anunciada boda, un nuevo golpe de efecto al ser denegado el permiso real un día después de haber sido concedido; chasco de Lauzun; ataque de nervios de Mademoiselle, que tuvo que meterse en cama; arresto de Lauzun... Sin explicaciones: para algo Luis XIV era un rey absoluto. Probablemente temía que los tortolitos se casaran en secreto, y aún peor: que Mademoiselle quedara embarazada, con lo cual la cosa ya no tendría remedio... El incómodo conde fue pues metido en una carroza y fletado a la fortaleza de Pignerol, donde pasaría varios años. Y la cosa no acabó ahí. Tras su liberación, Lauzun se casó por fin con Mademoiselle, que entre tanto había renunciado a la mayor parte de su fortuna en favor de la familia real. El matrimonio fue lo que podía perfectamente preverse: un desastre. Lauzun, que ya le tenía manía a aquella metomentodo, ahora, tras pasar varios años a la sombra más o menos por su culpa, la odiaba ya con toda su alma. ¿Para qué se casó entonces con ella? Por el dinero y los títulos, cabe suponer, y también para poder vengarse, cosa que hizo a conciencia, con infidelidades y humillaciones sin cuento: «¡Princesa de Dombes y de La Roche-sur-Yon, duquesa de Châtellerault y de Mont-pensier, condesa de Eu, prima de Luis XIV, nieta de Enrique IV, ven a quitarme las botas!...». Mademoiselle terminó por separarse de él e ingresar en un convento, como hacían entonces las grandes damas cuando, viejas y arruinadas, ya no podían seguir pecando.

Pero la incógnita más intrigante de esta historia es el motivo del ataque de locura de Mademoiselle. ¿Cómo no se dio cuenta de que un hombre como aquél, arribista y mujeriego, era el camino más derecho a la catástrofe para una mujer enamorada y sin experiencia como ella? Es más: ¿qué vio en ese hombre que ni siquiera era guapo ni simpático, ese «hombrecillo rubianco, poco agraciado de cara y descocado con las damas hasta extremos increíbles»? Probablemente lo que la atrajo fue esto último: la fama que tenía Lauzun de libertino. Y es que a esa mujer que lo tenía casi todo le

faltaba una sola cosa: la cosa más común. Que por no tenerla, se le aparecía como la más sorprendente, milagrosa, despampanante e inaudita. La condesa de Eu, duquesa de Châtellerauld y de Montpensier, princesa de Dombes y de La Roche-sur-Yon, prima de Luis XIV, nieta de Enrique IV, caudilla de la Fronda y mejor partido de Europa, se moría por conocer el placer que puede dar en la cama un hombre.

Maquillada, perfumada, vestida de rojo, bajé solemnemente la larga escalera, con sus escalones rotos, su pared verde desconchada y sus cinco ventanas, una por rellano, que no eran más que huecos por los que entraban la noche, el viento y el olor a cloaca. Una vecina —gorda y gris, encorvada, con zapatillas de orillo— con la que me crucé se paró en seco. No me saludó: se hizo a un lado y me dejó pasar mirándome de pies a cabeza, primero de frente, luego, a medida que yo pasaba ante ella, de perfil, y cuando la dejé atrás aun noté sus ojos clavados en mi espalda.

De la cena no recuerdo nada, sólo que yo me reía, que él también se reía, y que nuestras miradas, mientras tanto, se intercambiaban preguntas y promesas con una intensidad a ratos tan insoportable que yo bajaba los ojos hacia el plato o alzaba la copa para ocultarlos. Comimos poco y bebimos mucho. Me dijo que su mujer y él eran amigos. Ah, dije yo, y hablé de otra cosa. Esta vez pagó él.

Salimos. Era tarde y no había casi nadie por las calles. Entre nosotros se había hecho un súbito silencio; caminábamos ensimismados, como conscientes, de pronto, de lo que teníamos que afrontar, cada uno a solas, aunque fuera lo mismo. Leo me guiaba y yo le seguía. La estatua de Jaime el Conquistador parecía flotar en la noche, a la luz irreal de las farolas, como un santo iluminado por velas en la oscuridad de una capilla. Cruzamos las Ramblas, pasamos bajo el Arco del Teatro, entramos en el Barrio Chino. De pronto estábamos frente a una cortina roja y Leo me pasaba el brazo por la cintura.

Instintivamente me solté. Pero me había dado tiempo a sentir su abrazo, como un aro o una argolla, y al cruzar la cortina sentí que estábamos cruzando una frontera; que al entrar en la penumbra malva, entre cojines y luces giratorias, humo y perfumes, alcohol y música, dejábamos atrás el mundo sólido para zambullirnos en otro elemento: agua, aire, fuego. Que yo iba a poder brincar sobre la hoguera, como un tigre que confía en su domador, o arder en ella sin quemarme; arquearme con los ojos cerrados, entregada y sinuosa, como la serpiente guiada por la flauta; navegar sin miedo, con velas desplegadas, amarrada a una boya, y dar saltos mortales con maillot de lamé y cabellera al viento, sabiendo que unos brazos me esperaban en el otro trapecio... Blanca, estás delirando, estás borracha, cálmate, controla. Sí, pero ¿cómo?, si los pendientes se empeñaban en mordisquearme las orejas, y el reloj en apretarme la muñeca, y las piernas en arder bajo la falda cada vez más arremangada, y la mirada de Leo en acariciarme por debajo del vestido... Se había quitado las gafas hacía rato, y sentado muy cerca de mí, cerraba a veces los ojos para olerme el pelo, como un montón de heno en el que estuviera deseando hundirse entero. Yo también cerraba los ojos: imaginarme que ese hombre vestido, mundano, del que yo no conocía sino lo que estaba a la vista de todos, iba pronto a revelarse ante mí, a entregármese, desarmado y armado, era una imagen demasiado intensa para tenerla ante los ojos y a la vez sostener su mirada. Me ofreció un cigarrillo, me lo puso en la boca —sentí el olor y el tacto de sus dedos en mis labios— y mientras me acercaba la llama murmuró una frase. Una frase sencilla, audaz, una frase que ningún hombre me había dicho nunca, una frase irresistible: la llama dio en la diana, me encendió entera, prendió fuego a mi vestido rojo y a los cojines de colores, me ardió el pelo, se incendió la música, las llamas devoraban la cortina, se desmoronaban las paredes, salimos volando, entramos en mi casa por la ventana y aterrizamos en la alfombra, las arias de ópera aullaban como sirenas, y en medio del incendio, del terremoto, del estrépito, hubo un instante de silencio helado: cuando de pronto, como Adán y Eva, tomamos conciencia de nuestra

desnudez, y aparté los ojos, pero ya el castillo de los sueños ardía, estallaba, era ceniza.

«Veía un ángel cabe mí hacia el lado izquierdo en forma corporal [...]. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecía de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. [...] Veíale en las manos un dardo de oro, largo, y al fin del hierro me parecía tener un poco de fuego. Éste me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios [...]. Los días que duraba esto, andaba como embobada: no quisiera ver, ni hablar, sino abrazarme con mi pena, que para mí era mayor gloria que cuantas hay en todo lo creado.»

(Santa Teresa: Libro de la vida)

«El año de gracia de 1654.

»Lunes, 23 de noviembre.

»Por la noche, de las diez y media hasta las doce y media más o menos.

»FUEGO.

»Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, no de los filósofos y de los sabios.

»Certeza. Certeza. Sentimiento. Alegría. Paz.

»Olvido del mundo y de todo, excepto Dios.

»Alegría, alegría, alegría, llanto de alegría... »

(Blaise Pascal: Pensamientos)

«5 de mayo de 1917.

»Maravillosa plenitud de alegría.

»21 de agosto.

»Durante largos instantes pierdo, contemplándole [a Marc], conciencia de la hora, del lugar, del bien, del mal, de las conveniencias y de mí mismo. Dudo si alguna obra de arte ha representado jamás algo tan bello.

»21 de septiembre.

»Nunca me había sentido más joven y más feliz que el mes pasado; hasta tal punto, que ni siquiera podía escribirlo. No hubiera podido sino balbucear...

»30 de noviembre.

»Mi alegría tiene algo salvaje, fiero, en ruptura con toda decencia, toda conveniencia, toda ley. Por ella regreso al balbuceo de la infancia, pues no presenta a mi espíritu sino novedad. Necesito inventarlo todo, palabras y gestos; nada del pasado satisface ya mi amor. Todo en mí se abre, se asombra; me late el corazón; una sobreabundancia de vida me sube a la garganta como un sollozo. Ya no sé nada.»

(Diario de André Gide)

Me desperté a mediodía. Era un domingo de diciembre luminoso, templado, y Barcelona era una ciudad azul y alegre, toda cielo y mar, y yo iba a navegada en un velero o a sobrevolarla en zepelín, a bañarme en la luz, pacífica y vibrátil, transparente, espejeante, agua clara, y me vestí de rosa y verde, el pelo largo y la cola de escamas, una corona de flores y una lira, por pura modestia bajé por la escalera: habría podido salir nadando por la ventana y zambullirme luego hasta la acera, tocar los oscuros adoquines y ascender otra vez, rauda, hasta la superficie clara y cálida, llegué a la calle, serpenteé a golpe de aleta entre acantilados pardos, altos acantilados en sombra, con ventanas por las que salían canciones radiofónicas y algas entre los barrotes, ondulando al ritmo de las corrientes, como ondulaba blandamente mi cabellera en torno a la cabeza, yo era una ninfa modernista pintada al fresco en el techo de un portal, entre zócalos de mosaico rosa y verde, patios de luces y tiestos de aspidistras, que

había salido de la pintura para ir a desayunar, y volaba con alas de libélula por el fondo del mar, entre corales, y nadando por las profundidades desemboqué al fin en mar abierto, un mar de luz con pájaros y flores, con tortugas y hámsters, con claveles y rosas y cotorras, con bullicio y columnas salomónicas, ramos de lirios blancos, tiestos de azaleas rosa, y paseantes dejándose llevar por la corriente, en la mañana festiva, soleada y gloriosa de las Ramblas.

¿El paraíso? Sencilísimo: una mujer, un hombre y una cama. Era para morirse de risa: tanto interrogarse, tanto sufrir, tanto dar vueltas, y total, era tan simple. Cuatro o cinco cosas, lo más pequeño y más común, como en el caleidoscopio unos simples cristalitos de colores, los mismos gestos que con otros habían sido banales y sin eco, pura higiene y deporte, ahora, inagotablemente combinándose, formaban paisajes milagrosos, despampanantes, inauditos, que aparecían, se borraban y volvían a empezar, y de rodillas como tribus salvajes adorábamos los más simples elementos de la naturaleza, osando apenas tocarlos, fulminados cuando lo hacíamos como por el rayo, y durante horas, anulando el tiempo y nuestros nombres, cuerpos sólo, prehistóricos y futuristas, un hombre y una mujer, nos entregábamos con furia a los ritos que inventábamos, dioses, jinetes cósmicos que montando unos labios, una flor carnívora, una espada de fuego, cabalgábamos hasta estallar, hasta desintegrarnos... La primera noche, cuando terminamos me eché a llorar: de alegría, de gratitud y de otra cosa, no sabía qué, que me aterrorizaba.

De las semanas siguientes recuerdo el esfuerzo por parecer la de siempre. Andaba como embobada; tenía que vigilarme para subir y bajar del autobús, para no echar a volar, no incendiarme en la oficina. Para disimular que era otra. Ya no era una pieza anónima del engranaje general, ni una cara intercambiable entre miles de caras: era una mujer, única, de oro y palpitante, atada por un cordón invisible a un hombre único, de oro y palpitante, entre las multitudes de zombis; era una isla con un único habitante. Era yesca enamorada del fuego, era un arpa que el más leve contacto hacía resonar y resonar y pedir más. Ya no era un cuerpo mecánico, obediente y neutro; era una flor carnívora, sedienta, floreciendo malvada y feliz debajo del vestido, era un tesoro enterrado, un ídolo bárbaro con terribles, milagrosos poderes, una fiera despertando de su larga hibernación, y en medio de mi cara, mis labios en silencio proclamaban un secreto, un secreto clamoroso que nadie fue capaz de descifrar: yo sabía a qué saben las espadas de fuego: a curry y a canela; y mis labios, sin yo querer, sin darme cuenta, sonreían.

Ya nada me importaba, ni el trabajo, que desempeñaba con la mayor desenvoltura, risueña, indiferente, ni mis jefes y compañeros, ni los amigos, a los que ya no veía, ni el montón de páginas en blanco, enterrado sin remordimientos en el fondo de un cajón. Me embargaba, y me bastaba, la maravillosa plenitud de la alegría.

Escribir era un Olimpo que yo había intentado penosamente conquistar y del que no había visto ni siquiera de lejos la cima, la tierra prometida, la zarza ardiendo. ¿Sería cierto, como lo imaginaba, que allá arriba se puede mudar de piel, escapar al yo y el tiempo, conocer la libertad verdadera? ¿Que desde allí se contempla eso que los griegos llamaban cosmos y que significa a la vez orden y belleza?... De ese ansiado fuego yo sólo conocía el hielo: la blancura, el silencio, la soberana indiferencia de la página en blanco. Y he aquí que de pronto, encontraba un atajo. Un viento luminoso, una ráfaga súbita me llevaba en volandas a otra cumbre todavía más arriba, cuya existencia yo no sospechaba. Otro Olimpo, un estado candente en el que nada importaba, porque cada día era purificado, destruido, en la hoguera de la noche, como en un baño sagrado del que resucitaba dulce y blanda, sin costuras, como recién nacida o sacada del horno. En vez de la felicidad incierta que trabajosamente perseguía, otra felicidad, sin esfuerzo, total e inesperada, me caía del cielo como un diluvio de fuego. El verdadero paraíso, y no su pobre, dudoso sucedáneo de papel.

Llegó el fin de año y me invitaron a una de esas fiestas a las que se va con el novio o para buscar novio. La pasé en un rincón, radiante y solitaria, con la copa en la mano. A todo el que se acercaba le ahuyentaba con mi actitud distraída y benévola, mi indefinible ausencia. Yo no era como las demás; yo tenía un secreto que me mantenía al margen, divina o apestada: era la amante de un hombre casado. Me parecía que era ser algo en la vida.

En su novela de 1909 La puerta estrecha, autobiográfica como casi todas las suyas, André Gide nos presenta a cuatro jóvenes: Abel, hijo de un pastor protestante; su amigo Jérôme, y las dos primas de éste, las hermanas Juliette y Alissa. Abel ama a Juliette y Jérôme a Alissa. Convencidos ambos de que su amor es correspondido, se dirigen a casa de las hermanas, el día de Nochebuena, con intención de declarárseles. Abel se las promete muy felices:

«¡Ah, amigo mío! —le dice a Jérôme—, ya estoy viendo a mi padre, esta noche, ante el árbol de Navidad, alabando al Señor mientras llora de felicidad y extiende su mano llena de bendiciones sobre las cabezas de los cuatro novios prosternados...» (así escribe Gide, sin la menor ironía).

Pero Abel no cuenta con la sorpresa: Juliette no está enamorada de él, sino de Jérôme. Y Jérôme a su vez no cuenta con el furioso espíritu de sacrificio de su amada Alissa, la cual, aunque le ama, prefiere renunciar a la felicidad antes que obtenerla a costa del sufrimiento de su querida hermana. Ésta, sin embargo, se consuela pronto: se casa con un latifundista y se convierte en una plácida madre de familia. Jérôme entonces, viendo que el obstáculo entre ellos ha desaparecido, vuelve a proponer matrimonio a Alissa. Pero Alissa le rechaza una vez más. ¿Por qué? Con su ejemplo, Juliette parece demostrar que la condición de esposa da la felicidad. Pero es precisamente eso lo que Alissa no quiere:

«Juliette es feliz: lo dice, lo parece; no tengo derecho, ni motivos, para dudarlo... —escribe en su diario—. ¿De dónde me viene entonces, cuando estoy con ella, ese sentimiento de insatisfacción, de malestar?... Quizá por sentir esa felicidad tan práctica, tan fácilmente obtenida, tan perfectamente "hecha a medida" que parece que aprieta el alma y la ahoga.»

Jérôme no lo entiende. Cree que se le pasará; se va de viaje, para que ella se calme y reflexione; a su vuelta pide su mano nuevamente:

«Todavía estamos a tiempo, Alissa», le dice, pero ella le contesta:

«No, amigo mío, es demasiado tarde. Lo es desde el día en que, por amor, entrevimos el uno para el otro algo mejor que el amor. Gracias a ti, mi ensueño había subido tan arriba que cualquier contento humano lo habría rebajado. Muchas veces he reflexionado sobre lo que habría sido nuestra vida el uno con el otro. En cuanto hubiera dejado de ser perfecto, yo no habría podido soportar más... nuestro amor.»

En la vida real, André Gide se casó con su prima Madeleine. En la ficción, el final es muy distinto: no es banal, sino trágico.

Jérôme había descrito a Alissa, al principio de la novela, de esta manera:

«Tiene una expresión interrogante, a la vez ansiosa y confiada —sí, una expresión de interrogación apasionada—. Todo, en ella, no es sino pregunta y espera... »

A esa pregunta, Alissa no quiere dar la simple, vulgar respuesta de casarse. Alissa no quiere ser como las demás; no quiere que le pase como a su hermana, que desde que se casó ha dejado de leer y de tocar el piano y sólo piensa en cosechas y en bebés. Alissa prefiere la pasión a la felicidad, pues la felicidad es siempre imperfecta, vulgar, común —ya lo dijo Tolstói: todas las familias felices se parecen—, mientras que la pasión puede ser algo individual, poético y hermoso, lo más parecido a una obra de arte para quien no puede crearla... Y para no renunciar a la grandiosidad, a la pasión, al absoluto (y también, de paso, para fastidiar a los hombres, para despreciar elegantemente el papel secundón que les ofrecen, para superarlos en la destrucción ya

que a la creación —maternidad aparte— se les veda el acceso), sólo hay una manera, radical pero infalible: morir. Alissa (que a todo este delirio, y para justificarlo, le pone la etiqueta «Dios», lo mismo que le podía haber puesto «Poesía», «Revolución» o cualquier otra) se encierra en una habitación, escribe en su diario: «Quisiera morir mañana», y al día siguiente la encuentran muerta.

Quando conocí a Leo mi vida era una adivinanza sin respuesta, un laberinto del que no sabía cómo salir. Su aparición me ofreció una solución inesperada: borrar todos los jeroglíficos de un solo gesto, como quien pasa una esponja por una pizarra, y en su lugar dibujar algo infinitamente más simple: un cuerpo. Yo ya no tenía conflictos, ni dificultades, ni proyectos: era un cuerpo feliz.

Él solía viajar a Barcelona una o dos veces al mes, y quedarse tres o cuatro días. Esos días, yo vivía; el resto del tiempo vegetaba. Cuando no trabajaba estaba en casa, incluso el fin de semana, echada en la cama, en un duermevela febril, incapaz de hacer nada, de pensar en otra cosa que en él: Leo, Leo, Leo... ¿Cómo iba a salir, si saliendo me arriesgaba a perderme una llamada suya? Eran llamadas apresuradas, en un susurro, como de espía, para decirme cuándo iba a venir, o simplemente, que pensaba en mí, mejor dicho, en mi cuerpo. Me daba detalles: te haría tal cosa... sueño contigo haciéndome tal otra... Y mi cuerpo, con esas llamadas, revivía. Yo, que antes no sabía quién era, ahora lo sabía: era un cuerpo. Amarrado a un teléfono.

De aquellas largas horas de soledad, fuera del tiempo, no recuerdo nada preciso: eran todas la misma, vacías de pasado y de futuro, un presente eterno, todo ocupado por mi cuerpo y el fantasma del suyo. Había olvidado el mundo, lo había olvidado todo, excepto él. Me lavaba el pelo, me probaba distintos maquillajes y peinados, me pintaba interminablemente las uñas sentada en la cama, con la cabeza llena de imágenes —como escenas de una película sin argumento— de lo que habíamos hecho y volveríamos a hacer en esa cama, escuchando una y otra vez la misma canción de Schubert... O me imaginaba la cena del premio: aplausos entre las lámparas de cristal y los tapices, jarrones con flores, copas relucientes y perfumes, manos enjovadas aplaudiendo, aplaudiéndole a él, a Leo, pero en realidad a mí, su fiel lectora, su inspiradora, su trofeo; él me dedicaría su triunfo, y lo que a él le habría costado trabajo y esfuerzo, yo lo habría alcanzado por el mágico atajo del amor... Y volvían las imágenes, como un guión absurdo, maravilloso, alucinante, que él dictaba y yo cumplía fervorosa, como quien comulga, de rodillas... y volvía a escuchar por enésima vez la misma canción de Schubert... Mi vida era esperar, esperar al hombre que vendría a despertar mi cuerpo y a anestesiarme mi alma.

Éstos son algunos extractos del diario de Sylvia Plath en los años siguientes a su boda con Ted Hughes:

«Siempre me asombro cada vez que lo veo de nuevo. Éste es el hombre que las señoras insatisfechas buscan cuando leen los relatos del Ladies' Home Journal, el hombre que buscan las mujeres cuando leen románticas novelas femeninas. Sí, es increíble y lo es todavía más por ser mi marido y me encanta cocinar para él (anoche hice una tarta de limón) y ser su secretaria y todo lo demás.»

«Ayer, mi libro de poesía rechazado [...]. El éxito de Ted: algo con lo que tengo que enfrentarme este otoño, junto con mi trabajo, alegrándome de ese éxito, y de que sea él quien lo tiene, pero tan nostálgica del mío... Pero prefiero que sea de esta manera, si el éxito es sólo de uno: ése es el motivo de que pudiera casarme con él, saber que era mejor poeta que yo y que yo nunca tendría que refrenar mi pequeño talento, sino que podría ejercerlo y trabajar al máximo y seguir sintiendo que él va por delante.»

Durante mucho tiempo Sylvia se había despertado cada mañana con «mi viejo pánico cabalgándome sobre los hombros: ¿quién soy? ¿qué debo hacer?»... Hasta que un día, toma una determinación. Con gran alivio decide asumir un papel en la vida. Ahora sabrá por fin quién es y para qué vive. Lo condensa en una frase simple y pura,

que escribe en su diario:

«*Ted es un genio. Yo, su mujer.*»

Cuando se lo conté, mi amiga mayor y responsable se quedó callada.

Estábamos en el salón de su casa, tomando un poleo menta después de cenar. En el silencio, se oía levemente el monótono gorgoteo del ascensor subiendo y bajando, el runrún amortiguado de los televisores en los pisos vecinos, el crepitar de la estufa de gas, mi propia respiración inquieta y el ronroneo voluptuoso del gato que se había acurrucado en el regazo de mi amiga y que ella acariciaba despacio, absorta en sus pensamientos.

Aguardando su dictamen, yo chupaba ansiosamente el cigarrillo.

—¿Qué esperas de esta relación? —me preguntó al fin.

Me quedé en blanco. Cómo, ¿que qué esperaba...?

—Nada —contesté con una carcajada aguda, encogiéndome teatralmente de hombros—. Absolutamente nada. Ni que vivamos juntos, ni que deje a su mujer, ni que se venga a vivir a Barcelona o me vaya yo a Toulouse, ni que nos veamos todas las semanas... Eso es lo maravilloso: la libertad. No hay obligaciones, no habrá nunca rutina, es algo fuera de... de la vida cotidiana, de... algo intenso, secreto, disparatado... puro placer... gratuito, ¿entiendes?, libre, a cambio de nada...

Mi amiga bajó la cabeza y siguió acariciando al gato.

Se podría decir que Elizabeth Smart y George Barker se amaron mucho y se odiaron mucho, pero no sería exacto. Para empezar, porque quien amó y odió fue casi exclusivamente Elizabeth. George, más que amar, se dejó seducir; y más que odio fue rencor lo que sintió después hacia aquella mujer cuyo amor resultó que no era gratuito (¿lo es alguno?). Y es que habría que ver qué entendía Elizabeth (o cualquiera de nosotros) por esa palabra, amor, que tan bien suena y en cuyo nombre se cometen tantos crímenes.

Elizabeth necesitaba a un hombre, pero no cualquiera: tenía que ser poeta. Lo necesitaba para amarlo, si por amar se entiende entregarse a alguien que es lo que nosotros no podemos o no nos atrevemos a ser: en este caso, artista. Cuando Elizabeth recibe un nuevo libro de poemas de George, al principio no consigue leerlo. Dice que es porque siente «demasiada avidez»: querría leerlos todos a la vez... Cuando los ha leído, anota en su diario: «Qué vergüenza me da haber pensado que los míos eran poesía, pues sólo él dice exactamente lo que yo quería decir». Podemos sospechar entonces que el verdadero motivo de su dificultad para leerlos no es la impaciencia, sino la envidia: cree que en una pareja, sólo uno puede ser el creador, el protagonista, el sujeto.

Cuando bajó del autocar, el pobre George no sabía que estaba aterrizando en un escenario, para representar un papel escrito de cabo a rabo. La fantasía de Elizabeth, su insatisfacción, había inventado sólo el principio, es cierto; pero con semejante principio se veía venir el final. Ni siquiera el hecho de que George no diera el tipo le salvó de cumplir el destino que le había sido asignado.

Lo cumplió bastante bien. Él y Elizabeth se enamoraron, tal como estaba previsto en el guión. Se fugaron, y en la frontera de California con Arizona les detuvieron: según las leyes norteamericanas de la época, no era ilegal fornicar, en sí, pero sí lo era cruzar fronteras entre estados con tal fin. George volvió, cabizbajo, junto a su santa esposa Jessica (haría lo mismo varias veces más); Elizabeth pidió ayuda a su familia (haría lo mismo varias veces más). Su padre telefoneó al embajador canadiense en Washington y Elizabeth quedó en libertad tras pasar tres días en la cárcel.

Poco después se quedó embarazada. Del escándalo que suponía tal cosa en esa época, nos da una idea lo que les había ocurrido unos años antes a George y Jessica. Eran novios cuando descubrieron que estaban esperando un niño. Aunque se apresuraron a casarse, la fecha del parto les habría delatado; de modo que ocultaron el embarazo y al nacer el bebé, una niña, la dieron secretamente en adopción... Elizabeth

también prefirió esconderse, sobre todo de cara a sus padres. Eligió el sitio más romántico que pudo encontrar: Pender Harbour, una remota aldea de pescadores a la que sólo se podía acceder tras una travesía de seis horas en un barco que zarpaba dos veces por semana desde Vancouver. Allá se fue con baúles llenos de libros, discos y vestidos de noche (como se puede ver, tenía un gran sentido práctico). Alquiló un colegio en desuso (muy práctico, también), lo decoró con flores silvestres en latas de conserva y con imágenes de Cristos y Vírgenes y carteles pegados en las puertas con citas de sus poetas preferidos; compró un gramófono y se dedicó a leer poesía, escribir y pasear sola junto al mar. La gente del pueblo estaba tan escamada que avisó a la policía. Dos gendarmes a caballo fueron a echar un vistazo a su casa, pero tras interrogar a Elizabeth llegaron a la conclusión de que era una loca, sí, pero inofensiva.

Elizabeth estaba eufórica. Había conseguido por fin lo que quería: acción. Pasión, escándalo, drama. Algo irreparable: un hijo (se había quedado embarazada deliberadamente). Gran Amor, puesto a prueba por un sacrificio, el sacrificio que Elizabeth hacía de su buen nombre y del dinero que le enviaban sus padres, los cuales seguramente dejarían de enviárselo, indignados, cuando se enterasen... Una tragedia, en fin, en toda regla, con su correspondiente víctima (la pobre Jessica, sacrificada ella también, pero sin comerlo ni beberlo, en el altar de la Pasión —ajena—). No faltaba ni siquiera el bonito detalle del arresto, el interrogatorio, la cárcel... ¿Y George? Ah, sí, George. ¿Qué se había hecho de George? Pues el bueno de George andaba buscando complicados pretextos para escurrir el bulto: que si los horarios de trenes, que si los precios de los hoteles... No le quedó más remedio, pretexto o no pretexto, que llegarse a Pender Harbour, pero sólo estuvo un mes: se marchó explicando que tenía que hacer un recado, un trámite, nada: divorciarse de Jessica, pero que en cuanto lo hubiera resuelto volvería, enseguida, no faltaba más, antes del parto, por supuesto. No volvió a aparecer. Elizabeth no le dio mucha importancia, ocupada como estaba en escribir por fin su gran novela (En Grand Central Station me senté y lloré) que narraba, en un exaltado lenguaje poético, su historia con George.

La cual, como todas las historias —basta darles tiempo— se iba ya deslizando de la poesía a la prosa y de las palabras a los hechos (de ahí pasan a los números). Tras muchas idas y venidas que serían tediosas de contar, al morir Elizabeth cuarenta y seis años más tarde éste era el balance:

George no se divorció entonces de Jessica ni se casó nunca con Elizabeth. No vivieron juntos más que algunas temporadas.

Elizabeth y George tuvieron cuatro hijos.

Como George nunca le dio dinero para mantener a los niños, Elizabeth —tras varios nuevos intentos de vivir románticamente del aire, en casas de campo remotas y vetustas, sin más compañía que el Amor (a sus hijos) y la Literatura— terminó metiendo a los cuatro en un internado mientras ella trabajaba en Londres como periodista.

George hizo una brillante carrera como poeta y escribió también una novela contando su historia con Elizabeth, a la que presentaba como una vanidosilla sin talento que le imita («Cuando leí tu libro —dice el personaje basado en Elizabeth al personaje basado en George— me gustó tanto que me puse a escribir uno exactamente igual.»).

La novela de Elizabeth tuvo muy buenas críticas, pero luego pasó, como todo pasa, y cayó en el olvido. Durante el resto de su vida Elizabeth estuvo intentando escribir algo más, pero sólo sobrevivir absorbía todas sus energías. Cuatro hijos son muchos hijos, sobre todo para una madre soltera y sin un céntimo.

Por su parte, George tuvo esos cuatro hijos, más un par de gemelos con Jessica, más unos cuantos más con otras mujeres, más aquella primera hija dada en adopción. En total, quince. Cuando uno de ellos decidió ir a conocer a su padre, al que apenas

había visto nunca, consiguió sus señas, se presentó en su casa un buen día: «Hola, ¿vive aquí George Barker, el poeta?», y se encontró no con George Barker el poeta, punto, sino con George Barker el poeta y familia, de cuya existencia no tenía la más remota idea.

Elizabeth quería vivir su Gran Historia de Amor y la vivió, sí señor. Elizabeth no quería tener una vida mediocre, insípida, banal. Y no la tuvo, no señor. Tuvo una vida distinta, original, intensa: intensamente desgraciada.

Una noche quedé con Leo en un bar de copas donde él solía darme cita, un local subterráneo, misterioso como una cueva, impreciso como esos sueños donde no rige la ley de la gravedad, con mesas bajas y asientos amplios, mullidos y profundos como nubes, en una callecita del Barrio Chino. Era una deliciosa tortura estar sentada junto a él sabiendo qué dureza, qué aristas de bloque de cuarzo, se escondían bajo su risa fácil y sus gestos sinuosos, e imaginando, con una impaciencia creciente, anhelante, exasperada, lo que ocurriría en cuanto llegáramos a mi casa... Pero de pronto dejó de sonreír; vaciló un momento; se levantó —yo, perpleja, le seguí— y fue derecho hacia una pareja que había dos mesas más allá. Caí en la cuenta de que la chica, unos segundos atrás, nos había mirado fijamente. Era una chica sin nada especial, joven, con pinta de estudiante. Leo la saludó y le dijo sin más preámbulo:

—Tú no me has visto aquí hoy, ¿de acuerdo?

No oí si ella contestaba. Seguí a Leonardo, que se dirigía a la salida.

—Es la canguro de mis cuñados —me explicó, y paró un taxi—. Lleve a la señora a... —y dio mi dirección—. Te llamo —fue su despedida. Mientras yo me alejaba en coche, él paró otro taxi.

Se hace largo esperar. Yo, claro está, no podía llamarle. Él tampoco podía comprometerse a telefonarme tal día o tal hora, y aún menos a vernos regularmente. Viajaba a Barcelona para recoger y entregar traducciones, darse a conocer e intentar conseguir trabajo en alguna editorial; no me avisaba con mucha antelación ni me daba demasiadas explicaciones.

Sus visitas se hacían cada vez más cortas, y las esperas cada vez más largas. O eso me parecía a mí, pero ¿quién era yo para reclamar, para imponer reglas, para pedir explicaciones? Nunca hablábamos de nosotros. «¿Qué esperas de esta relación?...» Yo seguía firme: nada. No esperaba nada, sólo esperaba. Esperaba, en mi casa, a que sonara el teléfono; esperaba que pasaran los días hasta llegar al señalado para la próxima cita; esperaba, sentada en un local oscuro, a que él llegase... Vivía en un estado de crispación perpetua, de desasosiego, de sonambulismo, de doloroso vacío, que sólo él podía llenar. El ansia con que el heroinómano espera el pinchazo no podía ser mayor que la mía esperando el timbre del teléfono.

Sola, por las noches, los fines de semana, sin ánimo ya para probar sombras de ojos y esmaltes de uñas, escuchaba una y otra vez la misma canción de Schubert. Se llamaba *Gretchen am Spinnrade*. Era una canción opaca, secreta, de felicidad tenebrosa, un susurro detrás de una puerta cerrada, con el piano manando como una fuente escondida en la espesura, una voz confidencial, que sube, asciende tortuosamente, sudando, que jadea, alcanza victoriosa la cima... pero no se sostiene: cae... vuelve a remontar... cae otra vez, se debate como prisionera, cae, cae, y entonces se percibe que las notas del piano no son serenas, sino agitadas, y quedan en el aire como un interrogante, mientras la voz, cada vez más opaca, se hace ceniza...

Yo callaba y esperaba.

El 4 de octubre de 1926, en la calle Lafayette de París, después de entrar en una librería y adquirir el último libro de Trostki, André Breton cruza una calle, pasa por delante de una iglesia y de pronto ve a «una joven, muy pobremente vestida», que sin embargo «lleva la cabeza erguida, contrariamente a todos los demás transeúntes» y

los ojos muy pintados. Él le dirige la palabra; ella le sonríe «muy misteriosamente, y yo diría que con conocimiento de causa» y afirma estarse dirigiendo a una peluquería situada en el bulevar Magenta. («Digo bien: ella afirma —apunta sagazmente, entre paréntesis, Breton— pues en ese momento dudo de su veracidad y en efecto más adelante confesará que estaba caminando sin meta alguna».) De buenas a primeras ella se pone a hablarle de sus dificultades económicas «con cierta insistencia», que él atribuye al deseo de justificar su poco lucida indumentaria. Él la invita entonces a tomar algo en la terraza de un café y mientras ella sigue hablando, se pregunta: «¿Qué puede haber en estos ojos tan extraordinario? ¿Qué se contempla en ellos a la vez oscuramente de congoja y luminosamente de orgullo?...».

Muy desesperado hay que estar, muy hambriento de incógnitas, premoniciones y fuerzas sobrenaturales, para convertir en todo un misterio, digno de dudas, anotaciones al margen e interrogatorio posterior, la cuestión de si una señorita que camina por la calle se está o no dirigiendo, en realidad, a la peluquería. Pero es que todo lo que sigue —el libro *Nadja*, ilustración de lo que Breton entiende por *amour fou*— es del mismo jaez. Véase esta escena, verdaderamente sobrecogedora:

«¿Ves esa ventana, allí? —le pregunta Nadja a Breton una noche, caminando por la calle—. Está negra como todas las demás.» Negra está, en efecto. Pero no por nada la misteriosa Nadja tiene dones proféticos:

«Mírala bien. En un minuto se iluminará. Estará roja.» Y Breton, aterrado, no tiene más remedio que reconocer el prodigio:

«El minuto pasa. La ventana se ilumina. Hay, en efecto, cortinas rojas».

¿A que es increíble? ¿A que pone los pelos de punta?... Claro que los escépticos, los pobres de espíritu, los materialistas de siempre, se negarán a creerlo, alegando por ejemplo —los muy zafios— que quizá Nadja pasa por ahí todos los días y ya sabe que a esa hora suelen encenderse las luces tras esa ventana cuyas cortinas son rojas. A esos hombres de poca fe se dirige, muy digno, Breton:

«Lamento —pero no puedo evitarlo— que esto sobrepase los límites de la credibilidad. Sin embargo, ante tamaña cuestión, no me perdonaría el tomar partido. Me limito, pues, a registrar el hecho de que esa ventana pasó del negro al rojo.»

Y eso no es todo. Nadja es toda ella prodigiosa, siembra los enigmas a su paso. Cuenta, por ejemplo, que en todas las cartas que su madre le dirige desde su provincia natal, le pone la misma posdata: «Me pregunto qué estás haciendo en París». Hombre, a estas alturas, al lector no le cuesta demasiado adivinar qué está haciendo en París una señorita que sonríe por la calle a los caballeros bien vestidos y les habla de sus dificultades económicas. De hecho, la misma Nadja comenta: «¡Pobre madre, si lo supiera!». Pero Breton no se deja engañar tan burdamente. No, él sabe que Nadja es «un genio libre», «una verdadera esfinge que bajo la apariencia de una encantadora joven va de una acera a otra interrogando a los transeúntes». (No hace falta saber qué les pregunta; la respuesta es «¿cuánto?».)

Y así durante cien páginas. Lo que es aburrirse, Breton no se aburre. Un día ella le asegura, muy seria: «Yo soy el alma errante». Otro día, encontrándose con él por la calle, le explica que está «buscando caramelos holandeses». Ah. En otra ocasión, hallándose ambos en un bar, ella «se alarma viendo una franja de mosaico que se prolonga desde la barra sobre el suelo», lo cual la aterroriza y les obliga a marcharse enseguida. Muy entretenido. Además, «ella llegó a tomarme por un dios, a creer que yo era el sol». Agradable, sin duda.

En las últimas páginas del libro Breton nos comunica que Nadja ha sido internada en un asilo psiquiátrico. Algunos —dice— verán en este hecho «el desenlace inevitable de todo lo que precede» y hasta le atribuirán a él, Breton, un papel «terriblemente determinante» en el curso de los hechos. A estos «cretinos de baja estofa», Breton, que no se corta un pelo (ya antes ha afirmado, muy serio, en otro

momento del libro: «Los que se rían de esta frase son unos cerdos»), no tiene nada que decirles. Siguen unas cuantas páginas sobre cómo Nadja estaba hecha para servir «la única causa digna de servirse», que es «la emancipación humana en todos los aspectos» (¿figurará el dinero, o la salud mental, entre dichos aspectos?); sobre la inexistencia, «bien sabida», de frontera entre locura y cordura, y sobre el desprecio que al señor Breton le inspira la psiquiatría.

Desde el encuentro con la canguro habíamos dejado de salir. No íbamos a cenar, ni a ningún sitio más que a uno que estaba al lado de mi casa, un local prácticamente a oscuras con veladores de mármol, espejo en la pared y una barra modernista de madera con una cariátide en la esquina. Solíamos quedar a las once o las doce, y sentarnos en un rincón lo bastante alejado como para que quienes entraban no nos vieran, aunque nosotros a ellos sí. Luego —y ese luego era cada vez más breve— nos llegábamos hasta mi calle y subíamos los cinco pisos por la escalera nocturna, con sus cinco huecos por los que entraba el viento, nos metíamos en mi casa y allí, fuera del mundo, como astronautas en su cápsula perdida en el espacio, hacíamos el amor.

A veces yo le observaba sin poderlo evitar: con qué furia ascendía, forcejeando, como si en ello le fuera la vida; y cuando llegaba a la cima, lloraba. No hay otra palabra. Era un llanto de angustia, un llanto largo tiempo contenido y que estallaba en gemidos, breves, secos, rotos. Lloraba, pensaba yo, por todo lo perdido: por los cafés de Buenos Aires, por su biblioteca, por su casa, por los amigos desaparecidos, secuestrados, torturados, por su madre que se estaba muriendo y a la que no volvería a ver... Yo habría dado cualquier cosa por consolarle, por hacerle feliz, por compartir su dolor, por aceptar mi parte de ese misterio, el sufrimiento, que me habría hecho más adulta y más humana. Pero cada vez tropezaba con un muro. Él estaba encerrado en su dolor; adonde fuera que llegaba, llegaba a través de mí, pero no conmigo.

Después, aún se quedaba un rato. Recobrada su personalidad diurna, sentado al borde de la cama, desnudo, en la penumbra azul, fumaba y reflexionaba en voz alta, como si hablara solo, y yo le escuchaba en silencio. Sus monólogos siempre terminaban girando en torno al mismo tema:

—No está mal pensada la operación del premio, no... Algo tenían que inventar para lavarse la cara, para hacer olvidar que han sido siempre los mismos... sus bisabuelos se enriquecieron vendiendo esclavos a Cuba, sus abuelos pagaban pistoleros para cargarse a los dirigentes sindicales... sus padres eran de la Lliga: catalanistas, sí, muy catalanistas... en cuanto vieron que peligraban sus fábricas corrieron como conejos a echarse en brazos de Franco, a pedir perdón de rodillas, a cantar el *Cara al Sol*, a hablar «en cristiano», lo que hiciera falta... y ahora sus hijos, o sus nietos, viendo que soplan aires de izquierda, se preparan para subirse al carro... La *gauche divine*, ¿no me hagas reír!...

Yo le escuchaba boquiabierto.

—Vos sabés, ¿no?, que tu editorial la fundó un *camisa vieja*, y ahí era donde publicaban sus memorias los ministros... y los curas sus novelitas ñoñas para adolescentes haciendo apología de la castidad... mientras a los mejores escritores de su tiempo los tenían empleados corrigiendo galeradas, pagándoles una miseria, y pobre del que protestara, porque habían sido rojos y estaban todos fichados...

Vio la novela de Rosa en mi mesilla de noche y la cogió con una mueca sarcástica:

—O publican a su gente... a las mujeres de los hombres que son alguien en esta ciudad... lo mismo que en otras partes les regalarían un abrigo de visón, aquí, como se toman todos por Sartre y Simone de Beauvoir, les regalan la publicación de su novelita... rosa. Lleva bien puesto el nombre.

—¿Así que no te ha gustado?...

—¿Tú la has leído?

—¿Yo? No... lo intenté pero... —hice una pausa, debatiéndome entre la mala

conciencia (lo cierto es que no había leído la novela de Rosa ni la del mismo Leo: me lo impedía la envidia) y la satisfacción malvada; una mueca de Leo inclinó la balanza a favor de esta última— se me cayó de las manos. Pero si a ti tampoco te ha gustado —no pude evitar añadir, sintiéndome irremediabilmente ingenua—, ¿por qué la pusiste tan bien en tu crítica?

Se me quedó mirando con sorna.

—Llego a una editorial a la que voy a presentar una novela para un premio. Les pregunto, te lo pregunté a ti, querida, qué van a publicar, y tú, que naturalmente eres la voz de tu amo, me recomiendas calurosamente la novelita de la Milflores. ¿Qué te parece que voy a hacer? ¿Decir lo que pienso? «Señora con chófer que se aburre»: ése podría haber sido el título de mi crítica. Subtítulo: «El sentimiento trágico de la vida, experimentado por la heroína en un sillón de peluquería mientras le hacen la manicura». Podría haber hecho una reseña bastante divertida... en fin, no tendría mérito, es demasiado fácil... —se rió secamente—. Piensa un poco, niña. Además, poco después de hablar contigo y de que me dijeras todo eso tan bonito de la «joven promesa»... —en la oscuridad, me sonrojé hasta las orejas— me enteré de que la representa Cero Cero Siete. Que como bien sabes, está subiendo como la espuma. Sólo este último año ha conseguido colocar a tres de los escritores de su agencia en premios importantes, y está buscando autores nuevos. Imagínate que la primera vez que ve mi nombre es firmando una crítica que pone en ridículo a una de sus protegidas. Bonita entrada habría tenido yo con él...

Apagó el cigarrillo, encendió otro y continuó el hilo de sus pensamientos:

—Tienen que renovar su imagen. ¿Cómo? Lanzando la operación del premio... Para adquirir el prestigio que no tienen. Político, porque no todos hemos perdido la memoria, sabemos quiénes son y de dónde vienen... Y prestigio literario, que no lo han tenido nunca tampoco, por muchos millones que ganaran con sus libritos de autoayuda y sus biografías de Jackie Kennedy... Se han dado cuenta que ahora se lleva otra cosa: la literatura, que ni siquiera saben qué es... y andan dando palos de ciego, publicando porquerías como esa agua de rosas... y ahora convocan el premio. No sé si se dan cuenta de que lo tienen crudo, muy crudo. Un premio sin trayectoria, patrocinado por una editorial sin ningún prestigio: ¿qué escritor conocido se va a molestar en presentarse? ¿Qué escritor con nombre va a querer publicar una novela al lado de *El ejecutivo al minuto* y *Roncar se puede evitar*?...

—Pero dan mucho dinero —objeté yo.

—Mucho, sí, para ti y para mí, pero para las vacas sagradas, para gente como el Muerto Viviente, eso es el chocolate del loro. No se van a jugar su prestigio, no van a hacer el ridículo, por esa cantidad...

—Entonces, ¿qué va a pasar?

Leo sonrió levemente:

—¿Qué mejor manera, para una editorial necesitada de lavar su pasado franquista, que premiar a un exiliado latinoamericano?

Se rió de la sorpresa y la admiración que vio en mis ojos. Dejando en el cenicero el cigarrillo que acababa de encender, me tumbó en la cama. Cuando terminamos todavía pudo dar un par de caladas. Luego se levantó, se lavó enérgicamente para eliminar el rastro de mi perfume, se vistió y se fue.

Angélica Balabánova no recordaba cuándo y dónde conoció a Lenin, que entonces no era más que un oscuro militante, mero miembro suplente de la dirección de la Internacional Socialista, de la que ella era miembro titular; pero sí recuerda que empezó a frecuentarle hacia 1907, y a tratarle asiduamente a partir de 1915. Y cuanto más le conocía, más intrigada, o fascinada, estaba por él. Pues en cierto modo, Balabánova, quizá por haber sido educada como mujer —es decir, alguien que nunca tendría que mancharse las manos con el ejercicio del poder—, quizá por haber nacido

en lo más alto de la pirámide social, fue siempre una ingenua. Para ella los ideales revolucionarios eran —como para André Gide cuando se convirtió al comunismo— ideales de renuncia, de expiación de sus privilegios, y no de conquista del poder; ideales éticos mucho más que políticos. Con gente como ellos, no habría habido terror rojo, pero tampoco revolución rusa. Lenin encarnaba justo lo contrario. «Su vida entera —escribe Balabánova— era un asunto de estrategia. El menor incidente, la menor agitación constituían un eslabón en la cadena de las causas y los efectos, que él intentaba aprovechar con fines teóricos o prácticos.» Distinguía claramente los medios y los fines, y era capaz de razonar en términos abstractos, cuantitativos, aunque las cifras correspondieran a seres humanos. En cierta ocasión Balabánova —que entre tanto, al triunfar la revolución de 1917, se había convertido en una de las principales dirigentes del país— protestó por la orden que él había dado de ejecutar a un grupo de mencheviques acusados de propaganda contrarrevolucionaria. «¿No comprende usted —le respondió Lenin— que si vacilamos en fusilar a esos pocos dirigentes, pronto no nos quedará más remedio que fusilar a diez mil obreros?»

No, Balabánova no lo comprendía. Poco tiempo después, el «asunto Pirro» pondría fin a su carrera política en la Unión Soviética.

Siendo ella Comisaria de Asuntos Exteriores de Ucrania, durante la guerra civil, apareció en Kiev un caballero que se hacía llamar conde Pirro y se presentaba como embajador del Brasil. Instalado, a cuerpo de rey, en una de las casas más lujosas de la ciudad, el tal conde, que no ocultaba su antipatía al bolchevismo, se puso a contratar personal para su flamante embajada; prometía también pasaportes brasileños a quienes quisieran dejar el país. Se corrió la voz, y acudieron docenas de desesperados. A algunos los contrató; a otros los anotó en una lista de espera; a todos los detuvo la Checa y los envió a campos de concentración. Balabánova, indignada, aprovechó un viaje a Moscú para visitar a Jersinski, jefe supremo de tan digna institución. ¿Cómo era posible, le dijo, que se arrestara a todas esas personas y no se arrestase al mismo Pirro? O, si su condición de diplomático impedía que le detuvieran, ¡al menos, que le expulsaran!

«Jersinski —narra Balabánova— se me quedó mirando, estupefacto... ¿Cómo? ¿Yo no había comprendido que Pirro pertenecía a la Checa y que le habían enviado a Ucrania en calidad de agente provocador?... »

«Yo estaba demasiado anonadada para contestar. Decidí ir a ver a Lenin, contarle lo que había visto en Ucrania y protestar contra la absurda crueldad de la Checa y de sus métodos.»

«Cuando hube terminado de hablar del asunto Pirro, Lenin me miró con una expresión más triste que sardónica. "Camarada Angélica —me dijo—, ¿qué va a poder hacer usted en la vida?...»

—¿Alguna novedad? —me preguntaba Leo, cada vez con mayor impaciencia, cuando nos veíamos. Y yo tenía que reconocer que no. Su manuscrito no lo había vuelto a ver, lo cual probablemente era buena señal —significaba que se lo tomaban demasiado en serio para confiármelo—, pero no me permitía dar a Leo ninguna noticia. Las reuniones sobre el premio, si es que habían empezado a celebrarse, no me incluían. Quizá no había que alarmarse, quizá todo lo que pasaba es que era demasiado pronto.

—No tan pronto —me corregía Leo malhumorado—, estamos en febrero y el premio se falla en mayo. El mes que viene, todo lo más, ya tienen que saber el ganador.

—Pero si la primera reunión del jurado no es hasta... —apuntaba yo, pero él me interrumpía con irritación:

—¿Tú te crees que los niños vienen de París?... —y daba vueltas, como enjaulado, entre las cuatro paredes de mi piso—. No tengo agente. Y sin agente no vas a ninguna

parte. No tienes quien te proteja, quien negocie por ti... Si pudiera llegar a Cero Cero Siete... si tuviera un contacto...

Yo fumaba en silencio, desnuda, en un rincón, desolada de no poder darle noticias, agente, un contacto. Leo también fumaba en silencio. Bajo el denso olor del bastoncillo de incienso que yo había encendido al llegar, olía a yeso húmedo y un poco a cloaca. Para cambiar de tema, pregunté coquetamente:

—¿Qué pensaste de mí la primera vez que nos vimos?

—Te miré el culo. Bueno, niña, me tengo que ir, que tanta salida nocturna ya está empezando a escamar a mi cuñada.

—¡Hola, Blanca!

La voz, cordial y conocida, me sacó del ensimismamiento. Estaba yo esperando el ascensor para bajar a comer, y tan absorta que no me había fijado en que alguien se acercaba. Era Rosa, vestida con la misma elegancia bohemia de siempre —minifalda a franjas de colores vivos, botas de ante morado, chaqueta de ante castaño—, relajada y afable, que me dio un par de besos. Intercambiamos algunas frases de circunstancias, me contó que había venido a entregar a «Toni» —así le llamó— un ejemplar dedicado de su novela, y al salir a la calle me dijo:

—Pensaba comer cualquier cosa por aquí cerca. ¿Te vienes conmigo, o tienes algún compromiso... ?

Yo no tenía ningún compromiso, ni para comer ese día ni en la vida en general, y Rosa me llevó a un sitio que ella conocía, un restaurante indio.

—¿Dónde está aquello tan bueno que comí la otra vez?, un *tandoori* de pollo, creo... ¿se acuerda? —decía Rosa examinando la carta y para mi sorpresa, el *maître* se acordaba—. Y pediremos un *nan*, ¿no te parece, Blanca? ¿Cómo lo prefieres, tal cual o con queso?

—Con queso —dije con firmeza. No tenía la menor idea de qué era un *nan*, pero al menos sabía qué es el queso.

Cuando nos hubieron tomado nota y nos quedamos frente a frente, Rosa se sacudió el pelo, sonrió y se quitó los pendientes.

—Qué bonitos —dije yo por decir algo—, ¿me los dejas ver? —Eran unos pendientes de clip, baratos pero vistosos: dos cristales morados en forma de lágrima.

—¿Te gustan? Me aprietan un poco... No valen nada, pero tienen gracia, me los compré ahora en Londres... ¿A ver qué tal te están? —me los puso—, estupendos —y me apretó la mano—: Quédatelos.

No me sirvió de nada protestar; tuve que aceptarlos. Rosa se había cruzado de brazos ahora y me miraba con una mirada en la que adiviné que su invitación a comer no había sido casual. Habló de cosas varias, me preguntó por mi trabajo... Cuando nos trajeron la comida, fue al grano.

—Qué poca crítica ha tenido mi novela, ¿no te parece, Blanca?... Yo estoy un poco desilusionada. Este país es tan mezquino, tan poca cosa... Yo creo que es que no la han entendido. ¿No te parece?

No sabiendo qué responder, esboqué un gesto vago. Decepcionada, Rosa se quedó en silencio, jugueteando con una de sus pulseras. Yo callaba también y me atiborraba de *nan* con queso. La situación era tan incómoda que preferí liarme la manta a la cabeza:

—Claro —aventuré como si reflexionara en voz alta—, es que, por buena que sea tu novela, y lo es —me arrepentí inmediatamente del inciso—, no deja de ser una primera novela. Los críticos, ya sabes —ese «ya sabes» le hizo adelantar la cabeza para escucharme mejor—, los críticos son animales de costumbres. Ninguno se quiere arriesgar, prefieren esperar a que sea otro el primero en mojarse, a que el diario más importante, o sea, aquí y ahora, el *Periódico*, tire la primera piedra: que decida reseñar la novela, que decida si pone la crítica en página par o impar, cuánto espacio le

da y qué dice de ella —Rosa me escuchaba impresionada; yo sentí que iba ganando aplomo—. Entonces, un poco después, le siguen los diarios de segunda fila: el *Día*, el *Correo*... y los de tercera: la *Nación*, el *Diario*... Pueden discrepar un poco en la opinión, pero el espacio que dan al libro, que es lo más importante, ahí es donde...

—Pero precisamente —exclamó Rosa interrumpiéndome—, el primero, vamos, el único que ha reseñado mi libro ha sido el *Diario*.

Me pilló de sorpresa —¿cómo lo había olvidado?— pero reaccioné rápidamente, sonriendo:

—Es que aquí ha pasado otra cosa, Rosa, ha pasado algo que es muy raro —iba improvisando—, y es que un crítico, un espontáneo, se ha entusiasmado tanto con tu novela, que no ha querido esperar... se ha lanzado, se ha arriesgado... pasa pocas veces que un crítico opine con tanta seguridad, con tanta autoridad... y aún tiene más mérito porque no es conocido, creo que era la primera crítica que publicaba... Eso quiere decir mucho, Rosa —me envalentoné, viendo el efecto que producía—: muy buena tiene que ser tu novela —¡ay!, ¡otra vez!; pasé como sobre ascuas— para que un crítico desconocido se haya arriesgado tanto.

—¿Y los demás?... —preguntó Rosa, convencida a medias.

—Los demás no la han leído —por la eficacísima razón de que no se la hemos mandado, añadí para mis adentros; y perdida ya la vergüenza, añadí—: Quizá cuando vean la crítica del *Diario* se fijarán en la novela y entonces la leerán y la reseñarán —dicho lo cual me di cuenta de que era absurdo, porque habían pasado meses desde esa crítica y nadie había reaccionado.

Rosa me escuchaba en silencio, con atención. Sonreí y me encogí de hombros, dando a entender que sabía mucho más, pero la discreción, la profesionalidad, la lealtad a la empresa, me impedían ser más explícita. Se hizo un silencio. A mí también me habría gustado hacer a Rosa unas cuantas preguntas capciosas —como de qué conocía a «Toni»—, pero preferí abstenerme, no tanto por discreción como para no desmentir el aura de la que estaba consiguiendo rodearme. Tomé la palabra con autoridad para preguntarle:

—Y ahora, ¿en qué estás trabajando?

—Tengo casi terminada otra novela.

—¡Qué buena noticia! Será para nosotros, ¿no?

La vi dudar y adiviné en qué estaba pensando. ¡Cómo no se me había ocurrido...!

—¿Por qué no te presentas al premio? —exclamé, de perdidos al río.

—¿Tú... tú crees que tengo posibilidades?

—¿Posibilidades? Todas. Eres una candidata estupenda —aseguré. ¿Qué me costaba darme importancia?

—Mmm... —iba murmurando Rosa dubitativa.

Ya habíamos terminado de comer, habíamos tomado un té, Rosa había insistido en invitarme, nos estábamos levantando, y yo me felicitaba de la pericia con que había maniobrado, cuando ella exclamó de pronto:

—¡Me encantaría conocer a ese crítico!

—¿Qué?...¿Cómo?...

—¿Le conoces tú?

—¿Yo?... Ah... eh... Un poco.

—¿Por qué no me lo presentas? Podríamos comer juntos los tres algún día, ¿no te parece?

Cuando salimos a la calle me había comprometido a organizar una cena a tres: Leo, Rosa y yo.

Sylvia Plath y Ted Hughes llevaban dos años casados cuando sucede la escena que Sylvia describe así en su diario:

«Al salir a buen paso de la fría sombra de la biblioteca, helados los brazos que

llevaba al aire, tuve una de esas visiones intuitivas. Supe lo que iba a ver, supe con qué iba necesariamente a encontrarme, algo que he sabido desde hace mucho tiempo, aunque sin la seguridad del lugar o de la fecha de la primera confrontación. Ted venía por la carretera procedente de Paradise Pond, venía del sitio donde las chicas de Smith llevan a sus amigos los fines de semana para besuquearse. Caminaba con una sonrisa amplia e intensa y la mirada puesta en los ojos de cierva de una muchacha desconocida de cabellos parduscos, una amplia sonrisa de labios pintados, y robustas piernas desnudas en bermudas de color caqui. Todo esto lo vi en varios fogonazos bruscos, semejantes a golpes. Yo no sabía de qué color eran los ojos de la chica, pero Ted sí, y su sonrisa, aunque sincera y atractiva, como la de la chica, se hacía lamentable en el contexto. Resultaba demasiado incandescente, fatua, en busca de admiración. Estaba gesticulando, terminando un comentario, una explicación. Los ojos de la muchacha le ofrecieron un aplauso embriagador. Acto seguido ella me vio. La culpabilidad apareció en su mirada y echó literalmente a correr, sin una despedida, sin que Ted hiciera el menor esfuerzo por presentarla...»

Lo que esto provoca en Sylvia es una explosión de resentimiento que llama la atención por dos motivos —o dos caras del mismo—. Primero, su exageración: Ted no ha hecho nada —al menos, que ella sepa—, más que hablar con una chica y sonreírle; sin embargo, la reacción de Sylvia es feroz. Llegan a las manos: «Yo acabé con un pulgar torcido, y Ted con marcas de arañazos durante una semana». Y Sylvia tiene un atisbo de sus sentimientos más profundos —ocultos hasta entonces bajo la capa de purpurina del amor— que la asusta: «Hay en mí una violencia que llega al rojo vivo. Me puedo quitar la vida —ahora lo sé— o incluso matar a otro». . .

Segundo, que el resentimiento, el odio, van mucho más allá de los meros celos. Sylvia no acusa tanto a Ted de infidelidad como de egocentrismo:

«¿A quién estará dedicado el próximo libro de Ted? A su ombligo.»

Lo malo es que ese egocentrismo, el mismo que ella había luchado por suprimir dentro de sí, lo había admirado y fomentado en él. ¿De qué se queja, entonces, de qué se sorprende?... Es que no lo había hecho, como creía, gratis et amore, sino con un precio, con una condición implícita: que él la compensara por su sacrificio con un amor total y eterno, empezando, naturalmente, por una fidelidad estricta. Sylvia no puede soportar la traición de Ted porque esa traición —aun imaginaria, no consumada— no sólo pone en peligro o desmiente el amor entre ellos, sino que amenaza su propia identidad. Si ella es, no poeta, no escritora, no persona por cuenta propia, no protagonista de su propia vida, sino «la mujer del genio», ¿qué queda de ella si el genio la deja? La visión de Ted y la chica anónima saliendo de Paradise Pond y avergonzándose al ver a Sylvia —Paradise Pond significa «estanque del paraíso», y toda la escena tiene algo de Adán y Eva sorprendidos desnudos por Yahvé— quizá no era significativa, pero fue profética. Asfixiado, seguramente, por la posesividad de Sylvia, sus celos, su violencia, Ted terminaría en efecto —seis años después de la boda— por dejarla por otra.

Diez años antes Sylvia había confesado que soñaba con «... refugiarme en un convento, en la hipocondría, en el misticismo religioso, en las olas, en cualquier sitio, el que sea, donde la carga, el aterrador peso infernal de la propia responsabilidad y del inevitable juicio personal, desaparezca». Ese refugio había creído encontrarlo en el amor. No un amor relativo, condicional, cotidiano, el de dos personas diferentes obligadas para seguir juntas a negociar y pactar constantemente, como cualquier hijo de vecino, sino una pasión absoluta, el tipo de amor en que dos se convierten en uno... porque el otro desaparece. O lo intenta. Pero cuando le abandonan, se siente no sólo dolido sino estafado. Y siente además que había sacrificado tanto, tanto, que ya no le queda nada para sí: no es nadie, está vacío. El final es de todos conocido.

—¿Pasarás a buscarme?

—Claro, y podemos llegar abrazados, ¿no te parece?

No me vio sonrojarme porque hablábamos por teléfono.

—Ay, te quería decir una cosa. Me parece que se va a presentar al premio.

—¿Quién?

—Ella, Rosa.

—¡No jodas!

—Pero mi jefa no creo que la defienda, me parece que no le cae bien...

—Tu jefa no pinta nada.

—No sé... en todo caso, con el señor Puig me da la impresión que... se conocen mucho, no sé si es que son parientes... Ella le llama «Toni».

—Serán amantes. Entonces, lo gana seguro, porque encima está con Cero Cero Siete, me cago en... Bueno, a ver, dónde y cuándo hemos quedado.

Se lo dije.

—Nos vemos allá —y colgó.

Llegué al restaurante a la hora exacta de la cita. Pasaron veinte minutos hasta que apareció Rosa, con minifalda y muchos collares y pulseras. Yo también llevaba una falda corta, y una blusa ceñida y zapatos de tacón: lo que a Leo le gustaba. Y para quedar bien con Rosa me había puesto los pendientes que ella me regaló.

—Ay, Blanca, perdona que llegue tarde, es que no hay manera de encontrar aparcamiento por aquí. ¿Tú has traído coche?

—No, yo...

—Bien hecho, esto del coche es un tostón. Yo, si pudiera ir a los sitios en metro, es que no lo sacaría del garaje. Pero es que ahí arriba en la Bonanova, sin coche no te puedes mover... ¿Tú por dónde vives?

—Cerca del mercado de San Antonio.

—Ah, claro, es un barrio estupendo, tan bien comunicado... y con el mercado al lado, es tan práctico, verdad... ¿Vives con tus padres?

—Ya no, cuando empecé a trabajar alquilé un estudio, muy pequeñito, uno de esos que hay encima de las azoteas...

—¡No me digas! ¿Vives en una buhardilla? ¡Ay, qué gracia!...

En ese momento llegó Leo. Rosa y yo nos levantamos:

—No hace falta que os presente —dije, y en efecto, no hacía ninguna falta: se estaban mirando a los ojos, sonriendo.

—No sabes —dijo Rosa, posando en el brazo de Leo una mano tintineante— cuánto te agradezco la crítica que me hiciste.

—Y no sabes cuánto me alegro yo —replicó Leo sosteniéndole la mirada— de conocer por fin a la autora de la novela más sorprendente que he leído en mucho tiempo.

—¿Sorprendente? —Rosa se rió con una risa que tintineaba como sus pulseras. Se sentó; él la imitó, sin dejar de mirarla. Yo me senté también—. No me digas... ¿por qué sorprendente?

—Aunque más sorprendente que la novela es su autora. Desde luego, no te imaginaba así.

—¡Ay, qué gracia!... —Rosa se pasó la mano por el pelo, llevando la melena de un hombro a otro; cascabelearon, excitadas, las pulseras—. ¿Cómo me imaginabas?

—¿Queréis que miremos la carta?— propuse.

—Mucho mayor... ¡y con gafas de culo de vaso! —se echaron a reír al unísono—. Es que hay tanta sabiduría en esa novela —prosiguió él— que parece mentira que sea la primera... Es perfecta.

—¡¿Perfecta?! Ay, Leonardo, qué cosas tienes... ¡Qué más querría yo!

Él hizo un gesto como deteniéndola.

—En el sentido de que contiene toda una visión del mundo. Ese arte de hacer como

que no pasa nada... salir a la calle, ir a comprar, a la peluquería... y luego, por debajo de la superficie, todas esas...

—¿Saben ya lo que quieren los señores? —el *maître* estaba de pie junto a nosotros. Rosa le puso otra vez la mano en el brazo a Leo, para indicarle que debían interrumpirse un momento:

—El menú de degustación, para los tres —bajó la voz y confidencialmente le dijo a Leo: yo invito; él hizo un amago (sin mucha convicción) de protestar, pero ella cortó en seco, susurrando: soy yo la que te quería conocer—. Y una ensaladita como aquélla tan buena que me hiciste el otro día, Manolo. ¿De beber, qué os apetece?... ¿Me dejáis elegir? ¿Qué nos recomiendas, Manolo?...

—Leonardo, tengo que pedirte un favor... —prosiguió en cuanto se marchó el *maître*.

—Te digo ya que sí.

—¡Qué imprudencia! Yo en tu lugar me esperaría a saber qué es —él la miraba con esa mirada suya que haría sonrojar a una piedra, pero que ella sostenía con perfecto desparpajo—. Mira —abrió el bolso, un espectacular bolso azul, con un cierre plateado en forma de caracola—, he traído tu novela, ¿me haces el favor de dedicármela?

—¡Pues yo te había traído un ejemplar para dedicártelo! —se rió él.

—¡Ay, qué gracia!... ¡Voy a tener dos! Bueno, me ha encantado, ¿eh?

—¿De veras? ¿No lo dices porque esté yo delante? ¿Te ha gustado?

—Muchísimo... no sabes...

—¿Tanto como a él la tuya? ¡No es posible! —intervine yo; me arrepentí enseguida, pero daba igual porque ellos no parecieron oírme.

Él se palpaba ahora los bolsillos sonriendo:

—No sé si tengo con qué escribir...

Ella registraba su bolso:

—¡Dos escritores, y entre los dos no tienen ni un mal lápiz!

—Ya se sabe —se reía él—, en casa del herrero...

—Cuchillo de palo —completé yo—. Cuchara —me corregí a mí misma.

Rosa se volvió hacia mí:

—¿Tienes tú una pluma, Blanca?... —encontré en mi bolso un bolígrafo y se lo tendí—. Gracias, Blanca, eres un sol.

Intercambiaron miradas, sonrisas y libros firmados.

—Mi ejemplar, entonces, lo regalaré —dijo Rosa.

—Buena idea... ¡A tu agente, por ejemplo!

—Prueba la ensalada, Leonardo, ya verás, tiene un toque muy original.

Habían traído los platos. Leo y Rosa comían animadamente; yo no conseguía tragar nada. No hacía más que beber y jugar con los cuchillos.

—Fíjate —estaba diciendo Rosa— que tu novela parece todo lo contrario de la mía, en la mía no pasa nada, en apariencia, y la tuya es trepidante... pero yo creo que en el fondo, la visión del mundo es muy parecida...

—Es que tenemos muchas cosas en común —apuntó Leo, mirándola.

—Sí, os parecéis más de lo que pensaba —dije yo.

—Pues yo a ti tampoco te imaginaba así —exclamó Rosa haciendo con la mano un gesto vago, que mostró sus perfectas uñas pintadas de un atrevido color naranja.

—¿Ah no? ¿Cómo me imaginabas, cuándo pensabas en mí? —inquirió Leo bajando un poco la voz.

—Ay, no sé... ¿Cómo te diría? Como un ratón de biblioteca... ¡Pero me parece que no eres precisamente... precisamente...!

—No, no precisamente —murmuró Leo lanzándole miradas como flechas—. Y yo, ya te digo... no me imaginaba que una mujer joven y guapa...

Rosa cruzó las piernas; se le subió la falda. Se reía:

—¿Siempre es tan galante? —preguntó volviéndose hacia mí.

—Sí, al principio —dije yo, pero Rosa no me escuchaba.

—... pudiera escribir una novela de esa calidad. Bravo por tu agente: tiene pocos autores, pero los pocos que tiene son los que todos leeremos dentro de diez años... Aunque los agentes... —añadió con aire preocupado—... los agentes... también tienen sus peligros.

—No me digas —Rosa estaba alarmada—. ¿Qué peligros?

Leo pareció echarse atrás.

—Bueno, si tú eres muy amiga del tuyo... podrás confiar en él, supongo...

—Pero... ¿a qué te refieres?

—No, en fin, no quería... hay agentes y agentes, no es justo meter a todos en el mismo saco...

—Ya, pero... de veras que no le diré nada al mío, pero... ay, Leonardo, es que yo tengo muy poca experiencia en el mundo editorial... cualquiera me puede tomar el pelo... y tan amigo no es... ¿qué quieres decir?, dime...

—No, que... ya sabes, son muy peseteros, no tienen demasiados escrúpulos... hablo en general, no digo que el tuyo concretamente... de hecho, de Cero Cero Siete todo el mundo habla muy bien... Olvídalo, Rosa, no he dicho nada.

—No, di, di... yo soy muy discreta.

—Lo que hace falta, sobre todo, es que seas prudente. Porque alguien como tú... yo ya veo que tú vas de buena fe, pero piensa: mujer, joven, guapa, con una primera novela que ha gustado...

—¡Si nadie ha hablado de ella, más que tú!

—Porque son unos pazguatos, porque nadie se quiere mojar con una primera novela de una desconocida, pero te digo yo, que estoy en los círculos literarios, te digo que ha causado muy buena impresión, y si se confirma, con tu segunda novela, entonces se te van a abrir todas las puertas... a menos...

—¿A menos que qué?

Leo suspiró.

—A menos que te aconsejen mal, Rosa. A eso me refería. Cuántos escritores prometedores como tú... escritoras sobre todo... cuántas jóvenes promesas se han torcido, por culpa de un agente demasiado ambicioso.

—¿Qué quieres decir? —Rosa le miraba asustada.

—Quiero decir, Rosa, que un agente que sólo mire la peseta, el éxito inmediato, te puede quemar. Parece que das un gran salto adelante, pero luego es un salto al vacío.

—¿Qué quieres decir? —repitió Rosa ya con impaciencia.

—Por ejemplo: imagínate un premio. Un premio de esos que los editores sin prestigio se sacan de la manga... ponen el talonario encima de la mesa, en plan nuevo rico... se lo ofrecen primero, claro, a los escritores consagrados, pero no hay ninguno que pique, porque son gatos viejos y saben perfectamente que eso sería vender su prestigio por un plato de lentejas... y entonces, llega un agente y coloca a un escritor novel, que con toda su inocencia... se cree que eso es el novomás, que ese premio le consagra de una vez por todas, empieza a pisar fuerte... y dejan que se lo crea... hasta que escribe otra novela, que como ya no tiene premio, como ya la curiosidad de la gente se ha agotado... como además los envidiosos, o sea todos, están esperando la menor oportunidad para destrozarle... pues a la siguiente novela los editores se le sacan de encima, porque claro, sin premio ya no vende... la crítica le despedaza... y el pobre autor se pasa el resto de su vida vagando como un alma en pena por el mundo editorial, mientras todo el mundo le mira con lástima...

Rosa le escuchaba horrorizada. Estaba tan absorta, que no oyó acercarse al *maître*.

—¿Qué tal, han comido bien?

—Estupendamente, gracias —replicó Leo con una sonrisa llena de dientes.

—¿Les apetece un postre? Me acaban de llegar unas fre-sitas del bosque, se las puedo preparar con moscatel, o al natural, o con nata.

—Sí, sí —dijo distraídamente Rosa.

—¿Al natural, o con moscatel, o...?

—Con moscatel— ordenó Leonardo secamente.

Nos quedamos en silencio. Trajeron las fresas.

—¡Ay, qué tonta soy! —exclamó Rosa—. Se me olvidaba decirte que mis amigos editores, los de Estrella Polar, están encantados con tu novela.

«¿Qué novela?» estuve a punto de exclamar, pero me callé a tiempo. La sonrisa de Leo se había puesto tensa.

—Hasta me enseñaron la portada. Sale ahora, antes del verano, ¿no?

—Bueno... —dijo Leo con vaguedad—, precisamente les acabo de decir que será mejor retrasarla... Ya sabes, antes del verano es una mala fecha, todo el mundo está pensando en irse de vacaciones, los suplementos aprovechan julio y agosto para publicar todos los artículos atrasados, los de compromiso... en el verano nadie lee la prensa... y luego a la vuelta de vacaciones te dicen que no pueden hacer la crítica porque el libro ya es viejo, hace tres meses que salió...

Rosa bebía sus palabras.

—Entonces, lo hemos dejado para septiembre —concluyó Leo con aplomo.

—¿Los señores querrán café? ¿Té, infusión...? —Rosa se sacudió como si se despertara.

—¡Ay! Sí, gracias, un café solo. ¿Y vosotros?

—Una tila por favor —murmuré.

—¿Y tú, Leonardo? ¿Qué te apetece?

A modo de respuesta Leo miró a Rosa a los ojos. Ella le devolvió la mirada. El *maître* miró hacia arriba, yo hacia abajo.

—Un café solo —dijo por fin. Sacó su paquete de tabaco, lo abrió y extrajo a medias un cigarrillo, con el que apuntó a Rosa.

—¿Fumas? —le preguntó.

—En momentos especiales —contestó ella, y con sus largos dedos de uñas naranja tomó el cigarrillo.

—¿Me permites que te dé fuego? —dijo él, y le acercó despacio el mechero. Mirándose fijamente intercambiaron fuego y material inflamable.

Leo, en el taxi, fumaba en silencio. Yo me sentía mal. Agobiada, tensa, sudorosa, como si tuviera dentro algo que quería explotar y no podía. Me encontraba fatal, pero a un médico habría sido incapaz de describirle síntomas concretos: no me dolía nada en particular, más bien todo en general. Bueno, sí: me escocían los ojos.

Fuera del restaurante, envuelta en un chal de Manila, Rosa se había despedido alegremente.

—De veras, Leonardo, que ha sido un placer... Y a ti, Blanca, gracias... aunque hemos sido unos maleducados, ¿verdad, Leonardo?, hablando todo el rato nosotros... ay pobre, ¡qué paliza te hemos dado!

—¿Para dónde vas?— preguntó Leo.

—Arriba, a la Bonanova, ¿y vosotros? ¿Queréis que os lleve?

—Yo voy hacia abajo. Voy a coger un taxi con Blanca, me viene de paso.

—Ay, Blanca, la próxima vez que nos veamos recuérdame que te dé revistas de decoración, tengo un montón con ideas para buhardillas, de cuando arreglé el desván en la masía para hacer el cuarto de invitados... ¿Sabías —dijo volviéndose a Leonardo— que Blanca vive en una buhardilla? ¿A que es romántico?...

Leo aprovechó que pasaba en ese momento un taxi para no contestar. Intercambiamos efusivos besos con Rosa. Leo, educadamente, me abrió la portezuela.

Esperé a que hablara él. Al final, como seguía en silencio, hablé yo:

—No sabía que tenías una novela a punto de salir... —dije tímidamente—. No será la misma que...

—¿A ti qué te parece? ¿Cuántas novelas te crees que escribo al mes?

—Pero ¿y si te dan el premio? ¿Qué pasará con los de Estrella Polar?

—Que se irán a tomar por culo.

—¿Y Rosa? Si ganas tú el premio, después de lo que le has dicho... ¿qué? pensará de ti? ¿Qué; dirái, qué...?

—Se irá a tomar por culo.

En cuanto cerramos la puerta de mi casa, exclamó:

—Tendríamos que haberle dicho que se viniera con nosotros.

—¿Adónde?— pregunté yo.

—A la cama.

Muchos años después, Colette emplearía en vengarse de Willy una tenacidad asombrosa. No le bastó haberse convertido en una escritora célebre mientras él se sumía en el olvido y la ruina: necesitó ensañarse con él, hundirle. Se negó a contribuir a una colecta en su favor organizada por sus amigos; le desacreditó a conciencia de cara a la posteridad, retratándole en sus memorias con un veneno tanto más corrosivo cuanto que se disfraza de elegancia; dice de él por ejemplo: «Quienes apenas le conocieron le llaman "el buen Willy". Quienes le trataron un poco más de cerca, callan...».

«Tía, has cometido una mala acción», dictaminó, tras leerlas, una sobrina suya. «Ya lo sé, hija mía», contestó Colette.

¿Por qué ese odio? Al año de la boda, Colette descubrió que su marido tenía una amante. Fue un disgusto tan terrible que al parecer es ése el verdadero motivo de una extraña enfermedad que la obligó a guardar cama, primero, y luego a una larga convalecencia en el campo. Por lo visto, creía que su belleza, su juventud, la diferencia de edad entre ellos, la convertían para él en un tesoro que él iba a hacer lo imposible por conservar y con el que desde luego iba a tener bastante. No fue así, y para colmo, Colette no tuvo el valor de dejarle: se tragó la dignidad y pactó con su rival: fue a verla, se hicieron amigas... Lo mismo haría con otras en el futuro; incluso, animada por Willy —gran aficionado al espectáculo de lo que entonces se llamaba «safismo» y que tan de moda estaba hacia 1900—, se acostaría con ellas. Era una solución original —hasta pasaban vacaciones a tres— pero no funcionó; Colette y Willy terminaron por divorciarse.

Pero también había otras cosas. Colette le hablaba a Willy de su infancia en Saint-Sauveur; Willy, empresario hasta en familia, le sugirió que escribiera sus recuerdos. Ella llenó aplicadamente un cuaderno; pero al leerlo, él suspiró decepcionado: «Me había equivocado; no servirá de nada». Según cuenta Colette en sus memorias, ella, que no tenía vocación literaria alguna, volvió tranquilamente a sus lecturas y a sus gatos. No hay que creerse demasiado ni una cosa ni otra: afirmar que una no tiene vocación y ha llegado al arte por casualidad es algo muy habitual en los relatos retrospectivos que las mujeres artistas hacen de su vida, y en cuanto a esa descripción tan doméstica de su cotidianidad, pasa por alto la vida social de la pareja, situada en pleno centro del mundillo artístico: no se perdían ni un estreno, ni un concierto, ni un banquete literario.

Un día, al abrir un cajón en busca de dinero, Willy dio otra vez con el cuaderno. Lo volvió a leer y al terminar, murmurando: «¡Seré gilipollas...!», se puso el sombrero y salió corriendo a ver a su editor. ¿Dinero? Había encontrado mucho más que los pocos billetes que buscaba: un filón, del que ambos vivirían varios años. Sólo había que reescribir el texto con un ojo puesto en el mercado (sobreentendidos obscenos, alguna escena de lesbianismo... la rutina habitual). El resultado fue uno de los grandes best-

sellers franceses de todos los tiempos, Claudine en la escuela, al que siguieron otros libros protagonizados por el mismo personaje. Colette los escribía encerrada en una habitación de la que Willy sólo le permitía salir cuando hubiera producido un determinado número de páginas (o eso cuenta ella); Willy los firmaba. Hasta que en un momento de apuro económico —y seguramente también por rencor, porque ya se estaban divorciando, y porque se empezaba a correr la voz de que no era él sino ella la autora—, Willy vendió todos los derechos sobre las Claudine a un editor por un plato de lentejas. Resultado: Colette, que habría podido vivir el resto de sus días de lo que producían esos libros (reediciones constantes, traducciones a otras lenguas, adaptaciones al teatro, al cine...) , tuvo que trabajar a destajo, incluso en la vejez. Se comprende que no perdonara a su ex marido.

Quizá sobre todo no se perdonaba a sí misma. Como muchas mujeres, había caído en la tentación de la facilidad. Había hecho una apuesta que parece banal por lo común, pero que puede muy bien ser desastrosa; que cuando sale mal, humilla y duele —y echarle la culpa al otro es la manera más socorrida de no reconocer la propia—: renunció a la ambición para resguardarse del fracaso, a la independencia para evitar los conflictos, a ser plenamente adulta para no enfrentarse a las dificultades. Intentó refugiarse del mundo, protegida por Willy como por un parapeto, tras el cual ella podía dedicarse a sus lecturas y sus gatos. Pero eso nunca es gratis; de hecho, sale bastante caro, y aunque ella estaba dispuesta a pagar un precio muy alto por seguir siendo niña, no le quedó más remedio que dejar de serlo. Se convirtió en adulta y escritora, contra Willy y gracias a Willy.

Quería seguir durmiendo.

Quería vomitar.

Quería tirarme por la ventana.

Quería que me hospitalizaran, que me metieran en cuidados intensivos, que otros se ocuparan de salvarme la vida mientras yo seguía durmiendo.

Quería volver atrás, a antes de la maldita cena, quería borrar las doce últimas horas.

Quería que llamaran a la puerta y fuera él, con un ramo de flores, para explicarme que todo había sido un malentendido, que no había nada ni nadie, ni el premio, ni Rosa, ni su mujer, nada ni nadie en el mundo que le importase, más que yo.

Quería que me besara el pelo y los labios y me cogiera en brazos como a una novia y se riera de mí tiernamente, quería disolverme en su amor como un azucarillo.

Quería abofetearle.

Quería que me pidiese perdón de rodillas.

Quería enviar a la guardia civil a buscarle a casa de su cuñada y traérmelo esposado a cumplir con su deber de amarme eternamente.

Quería no tener que levantarme, no tener que enfrentarme a mi libertad y a la indiferencia del mundo.

Quería despertar de aquella pesadilla, pero la pesadilla no estaba en el sueño, sino en el despertar.

Quería seguir durmiendo.

Quería llorar.

Quería encontrar otro hombre, cualquiera, el primero que pasara por la calle, y acostarme con él, para demostrar a Leo lo poco que me importaba.

Quería que el tiempo dejara de empujarme hacia adelante, quería no tener que vivir aquello, no tener que pasar por ese desfiladero.

Quería huir, fugarme, salir volando, escapar como fuera a lo que estaba sintiendo.

Quería volver atrás, rebobinar, volver al paraíso que había sido mi amor por Leo antes de convertirse inexplicablemente en un infierno.

Quería refugiarme en un nido, en un convento, en una tumba, en cualquier sitio

donde no sintiera nada.

Quería quitarme el corazón como quien se quita una dentadura postiza.

Quería seguir durmiendo...

Pero no podía. Contra mi voluntad volvieron las imágenes de la noche anterior... Leo seductor, brillante, irresistible, como un lago de plata irradiando chispas, como un espejo para cazar alondras. Rosa mirándose en él, aleteando, riendo, exhibiendo las plumas de colores, jugando a dejarse cazar y a escabullirse. Y yo encontrándome sin saber cómo ni por qué en el papel de carabina, fúnebre y bigotuda... Después, Leo en la cama, conmigo. ¿Conmigo? Con la mujer que en ese momento tenía a mano... Leo desnudándose y desnudándome a zarpazos, entre gritos y aspavientos, y yo como un autómatas, como una máquina, como un eco, un espejo imitando sus gritos y aspavientos, sin sentir nada, más que asombro ante ese hombre frenético agitándose, desmelenándose, sacudiéndose como una coctelera, rugiendo como un molinillo de café, abalanzándose sobre una mujer, yo, que en ese momento me sentía como un católico que de golpe, en plena misa, hubiera perdido la fe, y mirase incrédulo cómo los fieles se arrodillan, se levantan, cierran los ojos, murmuran fervorosamente, avanzan cabizbajos, juntan las manos con unción, ¿y todo eso para qué?, para tragar un pedazo de pan... Fingí porque no supe hacer otra cosa, porque cómo iba yo a interrumpir a semejante fiera, sudorosa y rugiente, toda baba y pelos, y decirle, mira, perdona, no te lo tomes a mal, pero mejor sigues tú solo, avísame cuando termines, yo me voy a mirar la tele... Y él, él, ¿cómo no se había dado cuenta?, con lo mal que había fingido yo, expresamente, todo de brocha gorda, burdo, ¡¡¡aaaaahhh!!!, ¡¡¡uuuhhhh!!!, ¡¡¡ooohhh!!!, como una actriz de tercera en una película porno, fingía cada vez peor, hasta que dejé de fingir, me quedé inerte, sólo me faltó bostezar y limarme las uñas, mientras él seguía agitándose hasta que se desplomó, y cinco minutos después se había marchado. ... Lloraba cada vez más fuerte; lloraba a gritos, revolcándome entre las sábanas húmedas, apestosas a sudor agrio; lloraba, inútilmente desnuda, oliendo mal, con el pelo revuelto, el ridículo disfraz desperdigado por el suelo: la falda ceñida con la que no se podía correr, ni caminar más que a pasitos; los zapatos de tacón que me hacían tropezar; las bragas negras que había que estar estirando todo el rato, porque la escasa tela se metía entre las nalgas... La mujer bonsai, podada, deformada, desviada, convertida en consolador a pilas... ¡Y todo eso para que luego ligara con otra! ¡Delante de mis narices! ¡Pero cómo se había atrevido! ¡Cómo se había atrevido él, y cómo yo lo había aguantado, no había dicho nada, no me había levantado para marcharme: ahí os quedáis, chau, que folléis bien, hasta nunca! ¡Cómo se había atrevido, cómo se había atrevido...! Pero ¿quién era yo para oponerme?... Si ahora mismo, en ese instante, sábado a las diez de la mañana, mientras yo sollozaba y me lamentaba como una imbecil, él con su mejor sonrisa estaba telefoneando a Rosa para verse esa noche, para volver a cenar, pero esta vez sin aguafiestas, y follar después, ¿quién era yo para chistar?, ¿en nombre de qué?, no me hagas reír, yo y mi circunstancia exigiendo fidelidad a Leo, a estas alturas de la película... esperándole detrás de la puerta, en bata y zapatillas, con los rulos puestos y un rodillo en la mano...

Me estaba bien empleado por idiota. Por ingenua, por cursi, por creer en el Amor que bajaría del cielo con el carcaj y las flechas, por creer en las tarjetas de San Valentín y en las novelitas de quiosco, en los best-sellers de aeropuerto con el título en letras doradas, por creer en las serenatas debajo del balcón, en la Bella Durmiente y el Príncipe Azul, en la tuna y en los mariachis... porque me había acostado con unos cuantos me creía yo el colmo de la modernidad, una «mujer liberada», como se decía entonces... ¿con unos cuantos qué me había acostado?, con unos cuantos niñatos como yo; de mujer, nada: seguía siendo una cría, una ingenua, una colegiala con trenzas que había pretendido ir a jugar con los mayores... Mira niña, los mayores juegan a otras cosas. Los hombres de pelo en pecho, las mujeres hechas y derechas,

saben follar sin que les tiemble el pulso, contigo, con aquella, con el otro, con la de más allá; con el *maître* y el taxista, con la lechera y el guardia jurado y la vecina del quinto, y a la mañana siguiente se dan la mano, encantado, encantada, perdona, recuérdame tu nombre, ah sí, claro, pues nada, nos llamamos para volver a follar cualquier día de éstos, y se van a corregir galeradas o decorar buhardillas.

«—¿Qué esperas de esta relación? —Nada.» Y es que a quién se le ocurre esperar algo, pedir, ofrecer, calcular, hacer planes, protegerse: ¡mujer de poca fe!, habrás visto, qué bajeza, qué mezquindad, pretender negociar con el amor; cuando el amor —el Amor—, por definición, te lo da todo, te cae encima: un diluvio, un maná; felicidad, entrega, sentido de la vida, todo gratis, sin esforzarse, sin pensar: el Amor es así, no lo eliges, se te viene encima, plas, te fulmina, te caes redonda al suelo, como un ataque de apoplejía, igual, y te quedas como en coma, te conviertes en un loco, en un dios, en un zombi, en un irresponsable, porque nada más faltaría que tuvieras que rendir cuentas, si alguien tiene la insolencia de pedirte las te bastará exhibir tu carné de Enamorado, tu patente de corso, y contestar: ¿acaso soy yo la guardiana de mí misma?

Y ni siquiera me quedaba el consuelo de recobrar mi dignidad dejando a Leo: demasiado tarde; él se me había adelantado... Se había aburrido de mí, necesitaba variedad, ¿qué variedad?, si era siempre lo mismo, siempre él mismo reflejado en distintos espejos... Adúltero profesional se ofrece, dilatada experiencia, brillante hoja de servicios, referencias comprobables...

De la calle me llegaban sonidos plácidos: conversaciones, autobuses frenando en la parada y arrancando, trinos de canarios en las jaulas, la armónica del afilador... Intenté levantarme, vestirme, salir a hacer la compra, pero no pude; el dolor me partía en dos. Quería expulsarlo de mí y lo perseguía en vano, como un perro que se persigue la cola. Era un sábado azul, cálido y dulce, que se deshacía en la boca; pero yo tenía la boca amarga y no sabía qué hacer con ese día, ni conmigo, ni con nada, quería dimitir, quería abdicar, quería que me congelasen y me despertasen diez años después, con el corazón aseptizado y la memoria borrada.

No comprendía por qué el amor, que parece tan fácil (¿no es amarse la felicidad más simple, elemental, al alcance de la mano?, ¿no estamos todos deseando amar y ser amados?), es tan difícil. Iba a tener, como todo el mundo, la vida entera para seguir no entendiéndolo.

El matrimonio formado por André Gide y Madeleine Rondeaux era bastante peculiar. No porque fuesen primos (sus madres eran hermanas); tampoco porque ella fuese mayor que él, en una época en que lo habitual era lo contrario, sino por otro motivo.

En una de sus novelas, Gide pone en escena a un hombre mayor, casado y sin hijos —como, en la vida real, el mismo Gide— y a una jovencita soltera y progresista —como, en la vida real, Elisabeth van Rysselberghe, hija de unos amigos suyos—. La joven le dice al señor mayor que quiere tener un hijo sin casarse. «¿Ah, sí?», dice tragando saliva el caballero, y enciende un cigarrillo con manos temblorosas (se trata de un caballero cristiano, burgués y rentista, nacido en pleno siglo XIX). «¿Y con quién, si se puede saber?», añade, con fingida y sarcástica naturalidad. «¡Con usted!», exclama ella. Estupefacto, sonrojándose hasta las orejas, el caballero balbucea que él no puede hacerle semejante faena a su esposa, a la que ama y que ha sufrido tanto, además, por no tener hijos. «En cuanto al motivo de ésa... —busca la palabra, incómodo— esterilidad, me permitirás, supongo, que no te lo diga.»

Es curiosa esa frase. La esterilidad no suele tener «un motivo» concreto y conocido, aún menos un motivo que la discreción impida revelar.

Antes de casarse con Madeleine, André había dudado mucho. Le torturaba una preocupación de la que no se atrevía a hablar con nadie. Finalmente se decidió a

consultar a un médico. Éste «escuchó sonriendo —rememora Gide muchos años después— la confesión que le hice y respondió: "Dice usted que, sin embargo, ama a una muchacha; y que vacila usted en casarse, conociendo por otra parte sus gustos... Cásese. Cásese sin temor. Y muy pronto se dará cuenta de que lo demás no existe sino en su imaginación. Me hace usted pensar en un hambriento que hubiera intentado hasta ahora saciar su hambre con pepinillos"». («Ésas fueron sus palabras —comenta Gide—. Bastante que las recuerdo, ¡pardiez!» Realmente el símil de los pepinillos es curioso, ¿en qué estaría pensando el señor doctor?... Pero volvamos a sus palabras. Terminó con el siguiente dictamen): «En cuanto esté usted casado, enseguida comprenderá en qué consiste el instinto natural y muy pronto, espontáneamente, se encontrará con que ha vuelto a él».

«Lo que enseguida comprendí —explica amargamente Gide evocando la escena casi medio siglo después— fue hasta qué punto estaba equivocado él, como todos los que se empeñan en considerar los gustos homosexuales, desde el momento en que no se encuentran en seres fisiológicamente anormales, como tendencias adquiridas y en consecuencia, modificables.» Sin embargo, la explicación que da Gide aquí es incompleta. Él era homosexual, pero no exclusivamente. La prueba, sin ir más lejos, es que aceptó la propuesta de Elisabeth van Rysselberghe y tuvo una hija con ella (a escondidas, no hace falta decirlo, de su santa esposa). Su problema, entonces, con Madeleine no es que no le gustaran las mujeres, sino que sólo podía desearlas —como él mismo explicaría en un texto de su vejez— «a condición de que nada intelectual o sentimental se mezclara en ello». Y en su amor por Madeleine se mezclaban demasiadas cosas.

Ya desde niño, Gide, educado en un protestantismo estricto, había asociado la figura de su prima a la fe. «Mi amor infantil se confundía con mis primeros fervores religiosos.» Madeleine representa para él muchas cosas: la fe, la rectitud, su propia conciencia... Tanto representa, que lo que realmente es —una persona de carne y hueso— queda desdibujado, olvidado: André no ve a Madeleine, ve lo que su imaginación (o su admiración, o su necesidad de un referente moral, o su mala conciencia...) proyecta en ella. La despoja de su humanidad para convertirla poco menos que en una santa: «Gracias a ella comprendía yo mejor la necesidad de intermediarios entre el hombre y Dios».

¿Y en qué cabeza cabe tratar a una santa, a un ángel, como si fuera un ser humano, en pie de igualdad con uno mismo, el pecador? ¿Qué quedaría entonces de misterioso, de sagrado, de intocable en el mundo?... No; ni hablar; matrimonio, sí, entre el ángel y la bestia; pero matrimonio blanco. Fue ése el pacto entre André y Madeleine, o mejor dicho, entre André y André: «Era una especie de contrato —nos explica él mismo— sobre el cual la otra parte no había sido consultada». No sabemos qué le pareció a Madeleine el hecho de que al llegar al hotel, la noche de bodas, su flamante esposo pidiera una habitación para cada uno y le diera ceremoniosamente las buenas noches antes de retirarse a la suya. «Jamás hubo un intento de explicación entre nosotros», escribe Gide. En esa época las señoras no hablaban de ciertas cosas. Además, para algo era el varón el cabeza de familia.

Y pasaron los años. Vivían juntos; pasaban, es cierto, largas temporadas separados, porque Gide viajaba mucho, pero durante sus viajes, escribía a Madeleine larguísimas, pormenorizadas y amorosas cartas, contándole todo lo que hacía...o casi todo. Eran, en fin, buenos amigos.

Pero irán distanciándose. Ella, profundamente religiosa, se dedica cada vez más a socorrer a los pobres. Él está poco a poco perdiendo la fe, cuando de pronto su gran amigo, homosexual como él, Henri Ghéon, se convierte al catolicismo. Gide se sume entonces en una angustiosa crisis existencial... de la que sale por un método escasamente original pero de probada eficacia: se enamora.

Llevaba un año de relación con su nuevo amante, el adolescente Marc, cuando decidieron pasar juntos el verano en Inglaterra. No sin cierta mala conciencia Gide anunció a Madeleine que se iba de vacaciones. Ella le preguntó si se iba solo; él, que como buen protestante se sentía obligado, por encima de todo y en toda circunstancia, a decir la verdad, contestó que no. Ella quiso saber entonces si se iba con Marc; viéndole titubear, exclamó: «¡Calla! Prefiero el silencio a la mentira». Gide guardó silencio y se marchó a Inglaterra.

Unos meses después, en noviembre, Gide se hallaba en su despacho de la mansión que ocupaba con Madeleine en la campiña normanda. Estaba enfrascado en la redacción de sus memorias. Le faltaban unos datos, pero eso no era ningún problema, pues los fallos de su memoria eran fácilmente suplidos por aquellas cartas que durante sus frecuentes viajes había estado enviando a su adorada esposa, contándole con pelos y señales todo lo que hacía —bueno, casi todo— y que ella guardaba bajo llave, con el amor debido al marido y el respeto debido al gran hombre, en un cajón de su escritorio. Le pidió que se las llevara.

Madeleine palideció... Ella también, como buena protestante, tenía a gala decir siempre la verdad. Que en este caso era: «Ya no las tengo. Las quemé».

Los siguientes días fueron los peores en la vida de Gide. Los pasó sollozando junto a la chimenea, en el lúgubre caserón, mientras afuera llovía y Madeleine iba de un lado a otro en silencio, como una sombra. «Es como si hubiera matado a nuestro hijo», escribe Gide. «Quizá no hubo jamás correspondencia tan bella», afirma también, modestamente; y sigue llorando. «Lo hizo, me ha dicho, en cuanto me marché a Inglaterra. Ya sé, ¡ay!, que sufrió atrocemente de que me fuese con Marc; pero ¿tenía que vengarse sobre el pasado? Con eso desaparece lo mejor de mí; ya no existirá para servir de contrapeso a lo peor.» ¿«Lo mejor» de Gide? Quizá sí; pero separado de «lo peor», ese «lo mejor» es falso: una gran mentira, mentira por omisión —porque en sus cartas André contaba a su querida Madeleine todo, menos su activa vida sexual a espaldas de ella— o mentira por contradicción entre las palabras y los hechos. Quemando las cartas, Madeleine contestaba con un acto sin palabras a todos los actos con los que André, a escondidas, desmentía el amor que sus palabras proclamaban.

La quema de las cartas fue un mazazo para Gide. «Tomé entonces conciencia de pronto de la congoja que mi felicidad personal imponía a aquella a quien, a pesar de todo, yo amaba más que a mí mismo [...] Me asombro hoy de esa aberración que me llevaba a creer que cuanto más etéreo era mi amor, más digno era de ella; y de cómo pude conservar la ingenuidad de no preguntarme nunca si un amor completamente desencarnado la contentaría...» Y se da cuenta, también, de que a esa mujer que dice amar, en realidad no la conoce: «¿En qué pasaba los días?», se pregunta por primera vez. No lo sabe: «Ella no hablaba nunca de sí misma»... y probablemente, él no indagaba demasiado. Y es que en el fondo, la gran pasión de la vida de André Gide no fue Madeleine. ¿Marc, entonces? Tampoco. Ni Elisabeth van Rysselberghe, madre de su única descendiente. No: la gran pasión de la vida de André Gide fue el arrebatado amor —hecho de amistad, interés, atracción intelectual, admiración, deseo...— que André Gide sintió por André Gide.

A pesar de lo cual, toda su vida Gide anheló entregarse a una causa, en parte por verdadero altruismo, en parte porque se odiaba a sí mismo casi tanto como se amaba y ansiaba anularse, diluirse, perderse de vista, y en parte porque esa causa o ideal le engrandecía, le ayudaba a admirarse y a amarse mejor... Durante su infancia, adolescencia y primera juventud, esa causa fue Dios. Después, irrumpió en su vida el deseo erótico, que ayudado por la razón (a cuya luz Gide veía la absurdidad de la fe), empujó a Gide al ateísmo. Pero cuando también el erotismo desaparece, Gide necesita otra pasión; y la encuentra. Una pasión comparable a la fe —como ella, es un ideal ético, que exige un sacrificio personal—, pero que tiene sin embargo la ventaja de no

ser irracional. Una pasión sin los peligros de la pasión —la ceguera, el egoísmo, la destrucción que siembra a su alrededor—, una pasión razonable y altruista, que concilia certeza y sentimiento... La conversión es meditada y total: Gide se hace comunista.

A diferencia del Paraíso prometido por la fe —del cual ni Santa Teresa ni Pascal han vuelto para explicarnos si correspondía a sus expectativas—, esta nueva religión a la que Gide se adhiere tiene su utopía en la tierra. Se llama Unión Soviética y Gide quiere verla con sus propios ojos. El viaje, largamente soñado y preparado, tendrá lugar en el verano de 1936.

Una descarga de angustia, de felicidad rabiosa y de nostalgia me fulminó de pronto. Tenía los ojos llenos de lágrimas antes de saber qué era. Un perfume. Un olor de agua de colonia que yo conocía muy bien acababa de cruzar el pasillo.

Agucé el oído, y al cabo de un rato oí su voz, mezclada con la de mi jefa. Se estaba despidiendo de ella y por el tono, noté que estaba eufórico.

Era un hermoso, claro día de primavera, fresco, lleno de luz, uno de esos días en que el mundo, tras varios meses de estar aletargado, arrebujado y gris, se abre, estalla, se expande en todas direcciones, y es entonces cuando quien no tiene adonde ir se da cuenta de que se ha quedado solo. El perfume volvía a cruzar el pasillo en sentido inverso: salía alegremente propulsado hacia la libertad, hacia la luz, dejándome a mí atrás, olvidada, marchitándome en mi encierro.

De pronto una cara que unos meses atrás había sido para mí como una tabla pintada, con fondo de oro, en la penumbra, entre nubes de incienso, esa cara que luego se había hecho real, de carne y sangre, y que hubiera podido convertirse en cotidiana y amiga, pero en vez de eso había vuelto a su antigua, misteriosa condición de icono, se asomó a mi despacho.

Estaba radiante. Me hizo un gesto casi imperceptible, de complicidad, y murmuró:

—*Ciao, bella...* Te llamo —antes de desvanecerse.

Poco después se asomó mi jefa:

—Blanca, ¿puedes apuntar en la ficha de Vlach que ahora le representa Cero Cero Siete?

Así que lo había conseguido. Rosa le había servido, en unas pocas semanas, para lo que yo no le había servido en varios meses: para dar un paso adelante en su carrera... No me llamó, naturalmente.

—Blanca —era mi jefa, por el teléfono interno—, estoy reunida con el señor Puig, ¿puedes subirnos cualquier contrato que hayamos hecho con...? —me costó un momento identificar el nombre: era el apellido, que nadie usaba, del apodado Cero Cero Siete.

Cuando, tras llamar suavemente —tanto que tuve que hacerlo varias veces hasta que me oyeron— me hicieron pasar, vi que con mi jefa y el director estaba Cero Cero Siete en persona.

—Gracias, Blanca —dijo mi jefa, indicándome con un gesto que me podía marchar.

—Bastaría añadir una cláusula —me dio tiempo a escuchar mientras cerraba la puerta— que diga que si la novela recibe un premio concedido por la editorial, en tal caso, el anticipo...

No necesité más para saber que el ganador del premio sería un autor representado por Cero Cero Siete.

«Las concepciones de Lenin en materia de táctica y sobre la vida en sí misma me parecieron con frecuencia —escribe Balabánova en sus memorias— sumamente groseras. Muchas veces desde entonces me he preguntado si esa impresión era fundada. ¿De veras se trataba de una tosquedad inherente a su manera de comprender y sentir las cosas, o bien se había entrenado a no concentrar su atención más que en un problema a la vez, o incluso un solo aspecto de un problema? No cabe

duda en todo caso de que esa concentración y ese encarnizamiento puestos al servicio de un único fin fueron el secreto de su éxito, o, si se puede emplear ese término, de su genio.»

Pues Lenin, qué duda cabe, tuvo éxito, y Balabánova no. Después del asunto Pirro, sus relaciones con el Partido se hicieron cada vez más tensas. Ella no podía soportar la corrupción, la crueldad, el maquiavelismo de los dirigentes bolcheviques. Éstos, a su vez, encontraban tales escrúpulos «pequeñoburgueses»... Como no se mordía la lengua, intentaron desembarazarse de ella. Primero el Comité Central le sugirió que se fuera a descansar a un sanatorio. Muy sorprendida, Balabánova respondió que ni era lo bastante vieja ni estaba lo bastante mal de salud como para pensar en retirarse. Entonces cambiaron de táctica: le organizaron una misión a medida, consistente en dirigir un tren de propaganda que viajaría durante varios meses por la bonita región del Turquestán, remota, salvaje y devastada por el tifus... Nuevamente, ella se negó. Encantado de tener por fin un pretexto, el Comité Central alegó su desobediencia para destituirla.

Víctima de la fatiga, la tensión nerviosa y sobre todo, el derrumbe de sus ideales, Balabánova cayó enferma. Pero a la vez, sintió un inmenso alivio. «La idea de que no tendría que seguir respondiendo —escribe— de métodos y actividades que detestaba me proporcionó un sentimiento de liberación como no lo había conocido en muchos años»... Prefería la derrota honrosa a la victoria turbia, «pues las victorias obtenidas por tales medios eran victorias de ambiciones y rivalidades personales y no de principios o ideales». Poco después dejaba para siempre su país natal.

Balabánova terminó su vida de militante como la había empezado: llena de entusiasmo, sin poder alguno, teniendo un despachito y viviendo en un cuartucho. Tras abandonar la Unión Soviética se instaló en Austria, donde alguien que la conoció la recuerda así:

«Vivía a veces en Viena, a veces en los suburbios, transportando de una habitación amueblada a otra su material de perpetua estudiante pobre: el infiernillo de alcohol para el té, la pequeña sartén para la tortilla, tres tazas para los invitados... »

Quince años después:

«Cuando fui a verla en su pequeña habitación amueblada de un hotel astroso en el barrio oeste de Nueva York, el ambiente era el mismo: los muebles modestos, la cálida hospitalidad, el celo y la esperanza infatigables.»

Y otros veinte años más tarde:

«Cuando la visité a principios de los años sesenta en Roma, una vez más tenía un pequeño despacho, sin sueldo, en la sede del partido socialdemócrata italiano, y se encargaba de la sección femenina.»

Como muchas mujeres, Angélica Balabánova se aferraba a una visión del mundo que ella consideraba recta, moral, escrupulosa, y que otros consideran ingenua, boba e ineficaz. Pues la cuestión es la siguiente: ¿Se puede, siendo minuciosamente honrado, conseguir ciertas cosas? O planteada de otra manera: si la persona que mantiene esa actitud tuviese verdaderas responsabilidades, se viera obligada a tomar decisiones de fuste, ¿podría seguir haciendo gala de tan buenos sentimientos —y mantener esa visión reconfortante de sí misma—...? Y aún se puede contemplar desde un tercer ángulo: ¿Es preferible un éxito logrado por medios inconfesables, o un fracaso que deja a salvo la conciencia?

Todo me recordaba algo. La escalera era la escalera que él había subido sigilosamente conmigo y ya no subiría más; la puerta era la puerta que su mano abría —antes de abrir mi cuerpo— y ya no abriría más; la ventana era esa ventana por la que me creí capaz de tirarme; no había lugar en la casa que no me hiriese el corazón.

Me compré un vestido blanco —el traje gris era demasiado serio, el rojo demasiado provocativo— para ir a la cena del premio, pero me sentía de luto mientras bajaba la

escalera, como si la bajase siguiendo un ataúd. Iba a asistir a su apoteosis, a su subida a los altares, iba a aplaudirle mientras él se elevaba, estallando como un fuego de artificio, y me dejaba en tierra... Hasta el último momento estuve buscando un pretexto para no ir; pero no me atreví: mis jefes no me lo habrían perdonado.

Fuera estaba empezando a llover. *Il pleure dans mon coeur / Comme il pleut sur la ville...* «Sólo para buscarle / salgo a la ventana, / sólo para seguirle / saldría de casa.» *Sola, perduta, abandonata. Les seuls paradis sont les paradis perdus.* «Refugiarme en un convento, en la hipocondría, en el misticismo religioso, en las olas, en cualquier sitio...» Versos, frases célebres, biografías, la letra, que alguien me había traducido, de la canción de Schubert... todo adquiriría de pronto un sentido nuevo, humano, personal. La letra muerta resucitaba y me hablaba al oído. Pero sólo para recordarme el amor perdido, su muerte irreparable.

Como los caballeros y sobre todo, las damas, de su círculo, Madame de Sévigné escribía cartas. Y las suyas llamaron la atención en seguida: aunque eran privadas, muchas de ellas circularon de mano en mano, fueron copiadas, comentadas, aplaudidas, leídas en los salones; y es que están escritas con gracia, desparpajo, vivacidad. Véase esta de 1664:

«Tengo que contaros una historieta que es muy cierta y que os divertirá. Desde hace poco al rey le ha dado por hacer versos. El otro día compuso un pequeño madrigal, que él mismo no encontraba demasiado logrado. Una mañana, le dijo al mariscal de Gramont: "Leed, os lo ruego, este pequeño madrigal y decidme si alguna vez habéis visto algo tan impertinente. Como la gente sabe que me he aficionado a los versos, me los traen de todos los colores". El mariscal, tras haber leído, dijo al rey: "Señor, Vuestra Majestad juzga divinamente bien en todas las cosas; es cierto que éste es el madrigal más bobo y más ridículo que he leído en mi vida". El rey se echó a reír y le dijo: "¿No es verdad que quien lo ha escrito es un necio?" "En efecto, Majestad, no se le puede dar un nombre más acertado." "¡Qué bien! —dijo el rey—, me complace que hayáis opinado con tanta sinceridad: lo he escrito yo." "¡Ah!, Señor, ¡qué traición! Devuélvame Su Majestad: lo he leído muy deprisa." "No, señor mariscal; los primeros sentimientos son siempre los más naturales." El rey se rió con ganas de la anécdota y todo el mundo encuentra que es la más cruel mezquindad que puede hacersele a un viejo cortesano. Por mi parte, pues me gusta hacer reflexiones, querría que el rey consagrara alguna a este incidente, y que le sirviera para juzgar cuán lejos está de conocer la verdad.»

Se trata de una narración bien llevada; pero poco más; la conclusión es banal. Retratando la misma Corte, los mismos personajes y anécdotas, La Bruyère es mucho más profundo, original y sagaz: porque no es un mero, indiferente observador, sino que es juez y visceralmente parte. Madame de Sévigné, que vivía a caballo entre la burguesía y la nobleza, entre París y provincias, entre los salones y la Corte, tiene ese punto de marginalidad, de —por llamarle así— extraterritorialidad, imprescindible para una escritora, pues le permite mirar las cosas desde fuera, con un sentido crítico si no moral, por lo menos estético. Pero no tiene nada propio que decir, nada que de veras le importe. Para ser una escritora de verdad, la gran escritora que terminó siendo, a Madame de Sévigné le falta en esa época una cosa: el sufrimiento.

Hasta, exactamente, el 4 de febrero de 1671, un día antes de cumplir cuarenta y cinco años, la marquesa de Sévigné fue una mujer sin pasiones. Casada sin entusiasmo con un hombre que pronto se reveló derrochador, pendenciero y mujeriego, no se desesperó demasiado cuando pocos años después de la boda su marido murió en un duelo por una de sus amantes, dejándola viuda con dos hijos pequeños.

Instalada en París, donde frecuente la Corte y los salones, la marquesa lleva una vida agradable, sin grandes ambiciones. Educa a sus hijos; buscará, andando el tiempo, un buen partido para la mayor, Françoise-Marguerite, de la que se dice que es

«la muchacha más bonita de Francia»... Finalmente Françoise-Marguerite se casa con el conde de Grignan, lugarteniente general del rey en Provenza, y el 4 de febrero de 1671 allá se va con él, a seiscientos kilómetros de París, lo que en la época significaba un viaje de varios días, con incomodidades y peligros. Y el tono epistolar de Madame de Sévigné cambia bruscamente. La «ingeniosa marquesa», como suele apodársela, deja de ser brillante y frívola, para convertirse en una mater dolorosa:

«Muy mediocre tendría que ser mi dolor para que pudiera describíroslo... » Así empieza su primera carta a su hija. Su vida sufre una abrupta metamorfosis, un cambio de perspectiva, adquiere la dimensión que la marquesa no conocía: la dimensión trágica.

«No hay lugar en esta casa que no me hiera el corazón. Toda vuestra habitación me mata; he hecho poner un biombo en medio para romper un poco la vista sobre la ventana que da a esa escalera por la que os vi subir a la carroza y por la que os llamé. Me doy miedo cuando pienso lo capaz que era en ese momento de tirarme por la ventana, pues estoy loca a veces; ese gabinete en que os besé sin saber lo que hacía; esos Capuchinos adonde fui a oír misa; esas lágrimas que caían de mis ojos al suelo, como si fuera agua que alguien hubiera derramado... »

Es verdadera pasión lo que siente por su hija. Una pasión que la hace sufrir:

«Os escribo —confía a un amigo— con una angustia en el corazón que me está matando. [...] Ya van dos correos que llegan sin traer noticias de mi hija; tiemblo de pies a cabeza, he perdido el uso de la razón, no duermo y, si duermo, me despierto con unos sobresaltos que son peores que no dormir»

... Pero que sin embargo cultiva cuidadosamente:

«No he visto todavía a ninguno de los que quieren, según dicen, distraerme; pues, con palabras encubiertas, eso es querer impedirme que piense en vos —le escribe a su hija—, lo cual me ofende».

Pues le da una identidad, un destino, un argumento a su vida:

«Hoy hace muchos años —cumple ese día cuarenta y ocho—, querida hija, que vino al mundo una criatura destinada a amaros por encima de todas las cosas.»

En la realidad, las relaciones de Madame de Sévigné con su hija no siempre fueron de color de rosa. Por muy sincero que fuese su amor, había en él mucho de narcisismo: Madame de Sévigné se contempla a sí misma en el papel de madre amantísima, y en la complacencia con que habla —a su hija por carta, y de palabra a sus amistades, según le cuenta luego a su hija— de su ternura, de su dolor, de sus inquietudes y sus lágrimas, se transparenta cierta admiración por la elevación y grandeza de sus propios sentimientos. Aunque no se conservan las cartas de Françoise-Marguerite, se puede sospechar que tal exhibición de sentimientos no la entusiasmaba:

«Hay personas —confiesa la madre— que han querido hacerme creer que mi excesiva amistad os incomodaba, que esta gran atención para intentar descubrir vuestras voluntades, que con toda naturalidad se convertían en las mías, os provocaba una gran desgana y hasta repugnancia. No sé, querida hija, si eso es verdad; lo que os puedo decir es que ciertamente no ha sido mi propósito disgustaros.» Tensiones había, hasta el punto que más de una vez madre e hija, viviendo bajo el mismo techo, tras una disputa particularmente encarnizada, se escribieron, pues hablar cara a cara resultaba demasiado doloroso.

Con los años y con un esfuerzo consciente —el camino, típico de su siglo, hacia la sabiduría, la libertad interior y el acercamiento a Dios, mediante la renuncia a las pasiones terrenales—, Madame de Sévigné consiguió necesitar menos a su hija, lo cual, paradójicamente, le sirvió para reconciliarse con ella, para obtener por fin ese amor que era, según decía en una de sus cartas, «lo que he deseado única y apasionadamente» durante toda su vida.

Se ha dicho que la partida de su hija fue para Madame de Sévigné lo que el sabor de la magdalena mojada en té para Marcel Proust: le hizo descubrir que, como escribiría éste, «los únicos paraísos son los paraísos perdidos». Y sólo el arte recobra el paraíso; por eso —porque sólo movidos por el dolor, acuciados por la necesidad de buscar lo perdido, somos capaces del esfuerzo de crear— no puede haber creación sin previa pérdida.

¿Lo recobra? ¿O tal vez lo inventa, tal vez termina por suplantarlo con ventaja?... La misma Sévigné, en un relámpago de lucidez, lo sospecha:

«Me admira la vivacidad con que os escribo y lo mucho que detesto escribir a todos los demás. Encuentro, al escribir esto, que nada es menos tierno que lo que acabo de deciros. ¿Cómo? ¡Me gusta escribiros! Es pues señal de que amo vuestra ausencia, hija mía, ¡qué cosa tan espantosa!... ».

Entre las luces, los cristales, los brillos, los trajes de noche, los perfumes, el humo de los cigarrillos, las alfombras, la madera dorada, las plateadas bandejas, las bebidas color topacio, color rubí, color diamante; entre las risas, las charlas, las exclamaciones, los besos y apretones de mano; entre tanta gente que iba de un lado a otro hablando sin parar y haciendo preguntas sin esperar respuesta; entre el tintineo de las joyas y las copas, yo avanzaba despacio, rodeada de un aura de silencio, de un vacío, como un cristal a cuyo través lo veía todo borroso, no personas ni cosas sino la masa indistinta y deslumbrante del mundo en general. Ellos componían una red que se hacía y deshacía continuamente, sin esfuerzo; cada uno tenía un nombre, una historia, un puesto o una obra, y era alguien para los demás, menos yo, que era invisible: doña nadie en el país de los álguienes. Yo iba de blanco y me confundía con las paredes, a mi paso se abrían los corrillos, para acto seguido volverse a formar dándome la espalda... De lejos vi a Leo y me escabullí: si estaba condenada a ser testigo de cómo un don nadie igual que yo se convertía de pronto, apoteósicamente, en un Don Alguien, al menos quería verlo de lejos, lo más lejos posible, para que me doliera menos.

Por suerte la mesa que me tocó estaba alejada de la tarima, y me encontré además sentada, para mi alivio, junto a mi jefa. Pero como ella charlaba con el hombre que tenía al lado y a mi otro lado había una silla vacía, me pasé toda la cena en silencio, sin comer casi nada, bebiendo y contando el tiempo que debía faltar para que terminase aquel tormento. Muy cerca de nosotros, el señor Puig compartía mesa con una señora de su edad, muy enjoyada (¿su mujer?), y otras cuatro personas, entre ellas Rosa, sentada junto a un señor alto y elegante (¿su marido?). Y a mayor distancia, demasiada para distinguir los rasgos de la mujer que estaba a su lado, vi a Leo, de negro, como siempre... Estábamos terminando los postres cuando una voz desde un micrófono dijo no sé qué de jurado, unanimidad, finalista... Leyó un título de novela y un seudónimo. Busqué con la vista a Leo. El portavoz del jurado gritaba un nombre:

—¡¡Tito Viñas!!

Hubo un momento de desconcierto general. Luego, algunos aplausos —breves, desacompañados, de cortesía— mientras por todas partes las cabezas se volvían a uno y otro lado preguntando lo mismo que yo, sin poder contenerme, pregunté a mi jefa:

—¿Quién es?

—El finalista —dijo mi jefa, como si no hubiera entendido la pregunta.

Un par de tejanos, una camisa a cuadros y una cabeza rizada se estaban abriendo paso entre las mesas, se encaramaban de un salto a la tarima... En las frases que el micrófono, entre chirridos, nos envió a continuación me pareció, aunque me costaba creerlo, que figuraban las palabras «hostia» y «tío».

—¿Y ése de dónde sale? —exclamó alguien de nuestra mesa.

Mi jefa, sin contestar, hizo una mueca.

La algarabía de risas y aplausos subía de tono a medida que el desconocido

hablaba, y a mí, de pronto, me pareció haber oído esa voz en algún sitio. Pero ya el chico estaba apartándose para que el portavoz del jurado pudiese anunciar al ganador, que era... Leyó un título de novela, luego un seudónimo... Hubo un breve silencio cargado de expectación; yo volví a recorrer con la vista el comedor. Me llamó la atención la inmovilidad de Leo, solitario, vibrante, como el esquiador olímpico a punto de lanzarse a la pista para ganar, o perder, su minuto de gloria.

—¡¡César de la Torre!!

Estallaron aplausos y exclamaciones, las cabezas se volvían, primero a uno y otro lado, luego todas en la misma dirección: allí estaba el Muerto Viviente, que se levantaba y se dirigía lenta y pesadamente hacia la tarima, más viejo que en las fotos, más gordo, pero con la misma expresión agria, desdeñosa y amarga. Micrófonos y cámaras se arracimaban en torno a él, que sin inmutarse seguía avanzando como si embistiera; el señor Puig, que estaba esperándole, con expresión radiante, le recibió con un abrazo. Mucha gente se levantaba, también en mi mesa; yo estaba aturrida, intentando entender qué había pasado, qué había fallado.

—¿Qué, qué te parece? —me preguntó sonriendo mi jefa.

—Pues... yo pensaba que iba a ganar... o a quedar finalista... No sé por qué, pensaba que iba a ganar Rosa Valls.

—¿Rosa Valls? Pero si no se ha presentado, que yo sepa.

—Ah...

—Y aunque se hubiera presentado, como comprenderás no le vamos a dar el premio a una prima hermana del señor Puig... Ya el hecho de que publicáramos una novela suya, aunque no fuera mala... tampoco era nada del otro mundo... pero el simple hecho de empezar una nueva etapa publicando a alguien de la familia de los dueños me pareció... Ya viste —añadió riéndose— que procuré que pasara desapercibida... ¡imagínate si le damos el premio!...

—Sí, claro —dije yo, desconcertada por la recién estrenada franqueza de mi jefa. La aproveché para preguntarle, tímidamente—: Y el finalista, ¿tú sabes quién es? ¿Es un descubrimiento tuyo?

—No, qué va, es un chico que ha escrito una novela modernita para escandalizar a gente como... —se mordió los labios—... para *épater le bourgeois*. Yo votaba por otro, un latinoamericano que aunque también es desconocido, a mí me parece más sólido, con más futuro... pero claro, no tiene el morbo que tiene éste...

Y antes de que hubiera podido preguntarle si ese otro era aquel que estaba sentado al fondo, vestido de negro, mi jefa se levantó:

—Bueno, Blanca, me voy. No sé cuándo nos volveremos a ver.

—Pues... el lunes en la editorial, ¿no?

—No —dijo ella recobrando su imperturbabilidad habitual—. Dejo la empresa; me voy a la competencia. Voy a ser la directora literaria de Estrella Polar. Allí podré publicar lo que me guste, sin interferencias. Y haré la colección de biografías, que en La Esfinge no puedo hacer porque al señor Puig no le interesa. Por cierto que me gustaría mucho que colaborases conmigo. Llámame —me tendió una tarjeta, me dio un par de besos y desapareció entre el gentío. Me quedé aún un rato sentada, ya sola, a la mesa, entre tazas manchadas de pintalabios, ruidos de sillas, rastros de perfume y ajetreados camareros. Por fin me levanté.

Ya había salido del salón, enfilaba el pasillo, estaba muy cerca del guardarropa... cuando una mano se me posó en el brazo. Me volví y vi a Rosa, arrebolada, con la mirada un poco ida y una sonrisa exagerada.

—Hola, Blanca... ¿ya no me saludas?

—Ay, perdona, te vi antes, pero como estabas en otra mesa...

—¿No te acompaña Leo, esta vez? —dijo ella con una risita. Parecía que iba a añadir algo más, le brillaban maliciosamente los ojos, pero el caballero que la

acompañaba la tomó por el brazo y se fueron.

Había recuperado, por fin, mi abrigo, y alargaba la mano hacia la puerta cuando me detuvieron otra vez:

—¡Blanca!

Me volví. Era la voz del señor Puig, y venía de un saloncito que tenía la puerta abierta, pero al principio no le vi, tan denso era el gentío. Había dos corros; en cada uno de ellos alguien hablaba y otros hacían fotos, preguntas, tomaban notas; debían de estar entrevistando al ganador y al finalista. El señor Puig estaba a un lado, solo, arrellanado en un sillón, fumando. Fui a saludarle.

—¿Ya te vas?

—Sí... bueno... como...

—¿Y qué, qué te ha parecido?

—Bien, ha estado muy bien... un éxito... mucha gente...

—¿Y qué te ha parecido el fallo?

—Ah, estupendo...

—¿Verdad? —el señor Puig estaba visiblemente de muy buen humor—. De la Torre nos da prestigio, afianza el premio... Y este chico, el Tito ese, es un descubrimiento... va a ser una bomba, ya verás... una novela muy dura, muy fuerte... va a ser muy polémico... ¿Sabes que hasta se salta a la torera la ortografía —el señor Puig se reía— y en vez de *q* o *c*, lo pone todo con *k*? —«¡esa novela la leí yo!» estuve a punto de exclamar, pero me mordí la lengua a tiempo, recordando que había hecho un informe pésimo; de todas maneras, el señor Puig seguía hablando solo—: Venderemos cincuenta mil ejemplares, te lo digo yo.

Se hizo un silencio. El señor Puig seguía fumando, abstraído, y consideré que podía despedirme.

—Vas a ver el lunes en la editorial —me dijo campechanamente—, hay novedades. Y quiero verte, tengo proyectos para ti.

Asentí sonriendo y di media vuelta, ansiosa por marcharme de una vez, por digerir a solas todas las sorpresas de esa noche. Pero aún me faltaba la más inesperada de todas. Cuando a punto de salir eché un vistazo al corrillo que rodeaba al finalista, esta vez le vi la cara. Era el chico de la moto.

En los primeros días de su viaje por la Unión Soviética, hay entre ella y André Gide una verdadera historia de amor: se adoran. A su llegada es recibido como un héroe, y no sólo por las autoridades —para quienes un intelectual tan conocido y respetado en Occidente representa una baza propagandística crucial—, sino por la gente de la calle. A los pocos minutos de aterrizar —el 18 de junio de 1936— ya percibe ese entusiasmo popular: «En vano me defienden: me atrapan, me izan a hombros, me llevan hasta la escalinata del aeródromo y me cubren de ramos de flores». A él, por su parte, todo le parece maravilloso: el vaso de té que le ofrecen es «excelente», la multitud, «de un interés prodigioso», Boris Pasternak, que acude al hotel a conocerle, «exquisito»...

Una semana después, ya empieza a ver cosas que le gustan menos. Entra en unos grandes almacenes; anota: «Espantosa fealdad de las mercancías exhibidas. Aceptación de la espera; terrible pérdida de tiempo...». Un par de días más tarde charla con la manicura del hotel; se entera de que gana ciento cincuenta rublos al mes. El alojamiento le cuesta veinte rublos. «—¿Y la comida? —Doscientos. —Pero entonces, ¿cómo se las arregla? —Nos espabilamos...» Le agasajan con banquetes interminables. Como le esperan en otra parte, se va a hacer una visita antes de terminar los entremeses —caviar, ensaladas, distintos tipos de pescado ahumado, pastelillos de arroz...—. Cuando vuelve están sirviendo el primer plato: potaje, timbales de cangrejo, timbales de champiñones... Se marcha otra vez, a hacer la maleta y escribir un artículo; regresa al comedor, donde el banquete continúa... «No sólo me horrorizan estos festines; los repruebo», apunta en su diario: «No son sólo indigestos

sino inmorales, antisociales». Y en los días siguientes:

«La carretera está bordeada por una plantación de jóvenes árboles. Todos han muerto. Sin duda el trasplante se ha hecho siguiendo órdenes y en contra de la razón. Buen ejemplo de esas directrices teóricas que no toman en cuenta la realidad. Pretensión de producir forzando la naturaleza (que no se somete) y la psicología.»

«El cuadro en la fábrica (refinería de petróleo en Batum): Stalin rodeado por los dirigentes que le aplauden.»

«Se terminó la crítica. Se terminó la oposición.»

Su visión de la Unión Soviética se matiza; ahora tiene dos caras: «Lo excelente y lo peor. Demasiado fácil, ay, no ver más que lo uno o lo otro.» Él insiste en su fe: «Por mi parte, no pretendo permanecer imparcial. Amo a la URSS con un amor demasiado ardiente para no dejar traslucir la inclinación hacia ella de mi espíritu y de mi corazón...» Pero la realidad es dura de roer, y no deja de demostrar, a cada paso, lo engañoso de esa Revolución que parecía un mágico atajo al paraíso. Un ejemplo entre muchos, esta pequeña escena protagonizada por un niño, que le explica a Gide:

«—¡Vea usted! Aquí no había nada, hace poco tiempo aún; hoy, esta escalera. Y es por todas partes así, en la URSS: ayer nada, mañana todo. [...]

Su largo discurso se termina con estas palabras, tras haber alabado la rapidez de una construcción reciente:

«—¡Hasta los niños quedan asombrados!

»No tengo la crueldad de hacerle notar que lienzos enteros de la muralla de estuco, levantada demasiado aprisa el año pasado, se desmoronan ya.»

De vuelta en París, Gide no sabe cómo definir sus sentimientos. La Unión Soviética e, a grandes rasgos, como él la había imaginado. Entonces ¿por qué, vista de cerca, le ha parecido tan distinta?...

Eran las dos de la madrugada y llovía a cántaros cuando bajé del taxi frente al portal. Subí corriendo, ansiosa de llegar a mi casa, de encerrarme, de poder por lo menos estar a solas, sin tener que añadir, al dolor de la soledad, de la perplejidad y de la angustia, la humillación de estar obligada a sonreír, conversar, aceptar una copa.

Cuando abrí la puerta, me asaltó el olor a yeso húmedo, y en cuanto encendí la luz vi el desaguisado: de una de las paredes y de parte del techo habían caído grandes costras de yeso, y el agua que entraba por varias goteras estaba empapando el suelo, la colcha y los papeles de mi escritorio.

No lloré. Dejé el bolso, me quité los zapatos, guardé los papeles donde no se mojaran, coloqué el único cubo del que disponía bajo la gotera más grande, puse periódicos debajo de las otras, busqué un rincón seco y me senté en el suelo. Pasé no sé cuánto tiempo así, mirando lo que me rodeaba como si lo viese por primera vez, recobrando la sobriedad, como si saliera de una borrachera. Una borrachera que había durado meses. O años, quizá todo lo que llevaba de vida.

Me habría gustado tomar un baño caliente, pero no tenía bañera. Me habría gustado comer o beber algo, pero la nevera estaba vacía. Me habría gustado tomarme unos días de vacaciones, poner distancia, desaparecer, pero no tenía dinero ni para una noche de hotel... Y entonces entendí, empecé a entender, y cuanto más claro lo veía, más me enfurecía contra mí misma.

¡Idiota! ¡Imbécil! ¡Burra! La pregunta, a ver si te enteras, so zoquete, no es: ¿Me quiere, no me quiere?, la pregunta es: ¿Me cubre el seguro los daños por agua? Pero ¿qué seguro, si ni siquiera tienes seguro, subnormal? ¿Si con todas tus elucubraciones, tus lecturas y tus arrebatos, no te has enterado de que para vivir hace falta dinero, ascensor y bañera? ¿Si estás equivocada de medio a medio, de raíz, confundida, todo al revés, si has empezado la casa por el tejado? Y ahora te vas a enterar, que ya era hora, ahora me vas a contestar a estas preguntas, apunta, que empiezo a dictar, primera, dos puntos, abre interrogante: ¿Dónde puedo encontrar a un

albañil?, cierra interrogante; segunda: ¿Qué desperfectos corresponde reparar al inquilino, cuáles al propietario y cuáles a la comunidad de vecinos?...

Terminé por acostarme, pero no dormí: no hacía más que dar vueltas, pensando en goteras, en seguros, en peritos; en los proyectos que tenían para mí mi ex jefa, en su nuevo puesto, y el señor Puig; preguntándome si mi informe de lectura sobre la novela del chico de la moto era acertado, si era imparcial, si había tenido yo razón en despreciarla o el jurado en premiarla; pensaba en sueldos, seguridad social, ahorro; intentaba entender cuál había sido el papel de Cero Cero Siete, por qué su protección no le había servido a Leo para ganar, ni siquiera para quedar finalista; me preguntaba si era verdad que Rosa no se había presentado al premio, y cuánto tardaría en desaparecer el olor a yeso y cómo podía ser que contra todos los pronósticos, o mejor dicho, contra todo lo que siempre le oí decir a Leo, el Muerto Viviente se hubiera presentado al premio, ganándolo, naturalmente, y hubiera quedado finalista un desconocido que había enviado su manuscrito por correo, y si Leo y Rosa eran amantes, y si la novela del chico de la moto sería un éxito, como pronosticaba el señor Puig; repasaba mentalmente mi calle, mi barrio —mientras el despertador fosforescente en mi mesilla marcaba ya las seis— intentando recordar si en algún sitio había visto el anuncio de un albañil o de un pintor; hacía balance de mi situación, y al ver desmoronarse ante mis ojos lienzos enteros de mi vida, levantados demasiado aprisa, me embargaba la rabia: rabia contra Leo, pero sobre todo contra mí misma, porque no entendía cómo podía haberme convertido, yo solita, sin que nadie me obligara, yo, mayor de edad, soltera, licenciada universitaria, poseedora de un empleo, un sueldo, una habitación propia, cómo podía haberme dócilmente convertido en una chica mona y tonta, un ligue intercambiable, un pelele de serrín, un monigote de feria recortado en latón, preparados, listos, ya, bravo, para usted la muñequita rubia, caballero, pruebe ahora suerte con la morena, compre otra ficha y dispere otra vez, no, se acabó, sanseacabó, nunca más, eran apenas las siete, todo estaría aún cerrado, pero daba igual, yo no iba a quedarme quieta, acostada, cruzada de brazos, me levanté empujada por una energía iracunda, acerba, de dientes apretados, así sería yo a partir de ese mismo momento, no ya cariñosa, complaciente, sí Leo, sí Rosa, sí señor Puig, sí jefa, no, iba a agarrar mi vida con las dos manos y no soltarla, iba a tener cabeza, iba a ser cínica, calculadora, egoísta, un hueso duro de roer, un ándate con ojo, un espera y verás, un anda y que te zurzan, una arpía, una mala pécora, una bruja, un cardo borriquero, unas Obras Completas de diez tomos, en papel Biblia, con letra pequeña y estudio preliminar, bibliografía y notas a pie de página, a ver qué te has creído, y en ese momento sonó el teléfono y era Leo, para pedirme que nos viéramos esa misma mañana.

Había aceptado la cita, con un propósito: esta vez iba a hablar yo. Esta vez iba a decirse todo, todo lo que me había callado durante esos meses. Que en realidad se resumía en una sola cosa: le diría quién era yo.

Sí, quería hablarle por primera vez de mí. Quería mostrarle, a él, que sólo me había conocido mundana y alegre, mi tristeza y mi misantropía. A él, que me creía generosa y cordial, mis rencores y envidias. A él, que sólo me conocía como amante suya —¿y cómo podíamos haber sido tan ingenuos, los dos, de no preguntarnos nunca si un amor únicamente carnal nos contentaría... no, no es ésa la pregunta, sino: si tal amor existe, si es posible?—, quería mostrarle todo lo demás que era también: hija de mis padres, amiga de mis amigos, habitante de mi barrio. A él, que sólo me había visto en lugares cerrados, oscuros y llenos de humo, quería hablarle de mi afición a navegar y subir montañas... Quería agarrarle por las solapas interrogándole: tú, que te pasabas las horas hablándome de tu pasado, tu presente, tu futuro; de tu ciudad natal, de la ciudad donde ahora vives, de tu mujer, de tus colegas, de tus rivales, de tus proyectos, de tus libros (aunque jamás te molestaste, dicho sea de paso, en inquirir mi opinión sobre

ellos), tú, de mí, ¿qué sabías? ¿Qué sabes? ¿Me has preguntado alguna vez dónde he nacido, dónde viví antes, si soy hija única o tengo diez hermanos? ¿Sabes cuál es mi color favorito, mi plato preferido, mi estado de salud? ¿Sabes si soy diabética, cleptómana, expósita? ¿Si creo en Dios? ¿Si tengo los pies planos, si me gusta la tarta de manzana? ¿Te has preguntado alguna vez en qué paso los días?... ¡Ahora te vas a sentar aquí, calladito, e igual que yo te he escuchado, bebiendo tus palabras, perorar sobre tus cosas, me vas a escuchar tú disertar sobre las mías! Sí señor, voy a darme el gusto de hablar esta vez yo, sin interrupciones por tu parte más que tímidas y admirativas, como eran las mías cuando hablabas tú, sobre cualquier tema que me interese en este momento, por ejemplo, las dos ofertas de trabajo que tengo, que tendré a partir del lunes; o las biografías que mi jefa me dio a leer, y de las que estoy intentando, sin conseguirlo aún demasiado —pero lo conseguiré, no tengo prisa y tú tampoco la vas a tener—, extraer enseñanzas que me sean personalmente útiles... Y sobre todo, ahora que te tengo ahí quieto y callado, te voy a decir, ¿sabes qué? ¿No te lo imaginas? ¿No lo adivinas, tú que lo sabes todo, que lo anticipas y lo manejas y lo manipulas todo y así te sale de bien, véase el tema del premio, bravo, chico, felicidades, te has lucido...? Pues te lo voy a decir, sí, te vas a enterar: yo no soy, como tú creías, como te convenía creer, yo no voy a seguir siendo, la escuchadora que no habla, la lectora que no escribe; no; yo soy... yo quiero ser... yo voy a ser...

¿Por qué no me había atrevido nunca a decírselo, aháblarle de mis sueños, ambiciones, proyectos literarios? ¿Es que temía que él, a quien yo reconocía autoridad para sentenciar irrevocablemente todo lo relativo a la literatura, dictaminara que yo carecía de talento?... Ni siquiera. Porque para manifestarse sobre mi ser pasado, presente, futuro o potencial, él tendría que haber sentido por ese ser un mínimo interés, y en vez de eso, lo que yo había percibido siempre en él era una total y absoluta indiferencia por lo que yo era, fui, sería, fuese o fuera, había sido, aspiraba a ser; por todo aquello, en mí, que excediera el rectángulo en blanco, la página, la pantalla, el espejo, en que él se proyectaba. Lo único que le importaba era que cuando él me llamase, yo acudiese. Rauda, risueña, uñipintada, ojipintada, boquipintada, atenta y servicial, para alegrarle con mi intrascendente cháchara, que él, sumido en sus importantes problemas y torvas meditaciones, portador en solitario de la pesada carga de la condición humana, oía como se oye piar a un inocente pajarillo.

La cita era en una cafetería cerca de la estación de Francia. Llegué, expresamente, tarde. Él me esperaba, cosa rara, en una mesa cerca de la entrada, junto a la cristalera de la calle. Estaba tomando un café y fumando. Le encontré cambiado, cambiadísimo, aunque no sabría decir muy bien en qué.

No se levantó para saludarme. Yo le di un par de besos y me senté frente a él. Apenas me miraba; parecía absorto. Era eso lo que había cambiado: la mirada. Ahora era huidiza, vacía, sin ese brillo que antes le daban la codicia de seducir y la ambición... Estaba opaco, mate.

—¿Qué tal estás?

—Mal —me respondió, y siguió fumando en silencio.

Ahora era el momento. Ahora, con él callado, pasivo, vencido. Ahora...

—Qué lástima lo del premio ¿verdad? —me oí decir con ese tono de falsete, manso y pueril, que empleaba siempre con él—. ¡Bueno, otra vez será!

Imbécil... ¿Pero no habíamos quedado en que...? Vuelve a intentarlo.

—Claro que, bueno, la novela saldrá igual, porque está contratada con Estrella Polar, ¿verdad? —y mientras lo decía caí en la cuenta de que la nueva directora de Estrella Polar era mi jefa. La cual, cuando se enterase de que el puro, honrado e inocente escritor al que ella había defendido, sin éxito, para el premio, la había estado engañando, intentando paralelamente publicar el mismo libro en otra editorial, iba, no me cabía duda, a darse el gustazo de conseguir que no se publicara en ninguna de las

dos.

—Ese hijo puta de Cero Cero Siete me las pagará —masculló Leo.

—¿Cero Cero Siete? ¿Por qué, qué te ha hecho?

—Ese premio siempre estuvo dado. Y si yo hubiera tenido alguna posibilidad, la perdí al ponerme en manos de ese cabrón, porque al ser mi representante, claro, pudo retirar mi novela, para que no le hiciera sombra a esa momia de Muerto Viviente.

—¿Tú crees?... Pero habrías podido ser por lo menos finalista...

Leo movía la cabeza y apretaba los dientes:

—Al que no vive aquí, no le hacen puto caso. A los escritores los quieren tener controlados, atados de pies y manos, asistiendo a sus fiestas, haciéndoles de damas de compañía, lamiéndoles el culo, chismorreando con ellos, sentados en el mismo banco de la plaza del pueblo, y al que se desmanda le castigan.

—Bueno, hombre, tu novela saldrá en unos meses y funcionará muy bien, ya verás, Estrella Polar es una editorial que está subiendo... —ya que no me había atrevido a ser brutal a cara descubierta, me vengaba siendo pérfida. Pero no era un consuelo.

Se hizo un silencio. Leo fumaba sin mirarme. ¿Por qué me había dado cita cerca de la estación? ¿Estaba a punto de volver a Toulouse? Y su mujer, ¿dónde estaba? ¿Y Rosa? ¿Qué había habido entre ellos?... Aunque bien mirado, ¿a mí qué más me daba? Él se protegía de las mujeres multiplicándolas, dividiéndose entre ellas para no pertenecer a ninguna, enfrentándolas, usándolas como ariete y escudo. Entonces, por primera vez, con gran sorpresa, vislumbré lo que me esperaba, más allá de él, cuando hubiéramos terminado: no —o no sólo— el vacío, la soledad, que me temía, sino un inmenso, reconfortante, merecido alivio. Ordenar mis cosas, tomar un té a media tarde, leer en la cama...

¿Y ahora? ¿Qué esperaba para levantarme y marcharme? Me retenía sólo una cosa: un resto de curiosidad, una pregunta: ¿para qué había querido verme? En ese momento él aplastó la colilla y dijo con decisión:

—Voy a venirme a vivir a Barcelona.

Abrí mucho los ojos.

—Contigo —añadió él.

Le miré estupefacta... Comprendí por qué me había citado en un lugar que aparte de ser, como siempre, conveniente de un modo u otro para él, era esta vez un sitio banal: porque ya no cuidaba la escenografía, ni el secreto ni el misterio, porque después de haberme dejado a un lado durante las últimas semanas mientras movía sus otras piezas —Rosa, Cero Cero Siete, el premio—, ahora había optado por una nueva jugada: la ficha Blanca en la casilla Barcelona. ... Vi a un hombre pequeño, flaco, despeinado, con gafas, desaseado, deprimido; vi a un hombre al que conocía poco —y él a mí nada— y al que mi imaginación había recubierto de brillantes, como una rama seca en una mina de sal, un hombre que visto por fin a la luz imparcial de una mañana de primavera en una cafetería, era un hombre cualquiera, un hombre que en su casa, como todo el mundo, se lavaría los dientes, se quitaría los calcetines, haría las cuentas del mes, un hombre al que yo no amaba lo suficiente como para compartir con él el cuarto de baño y las facturas, un hombre al que yo sólo podía amar, como él a mí, tras haberlo convertido en joya o espectro, no simplemente embelleciéndolo, como hace siempre el amor, sino negándolo, enmascarándolo, sustituyéndolo por otra cosa. Por otra cosa, además, que ni siquiera era una construcción personal, sino —por eso, ahora lo entendía, me había metido yo con tanta facilidad en ese molde— estándar, de catálogo: la Gran Pasión, el Genio Atormentado, el Reposo del Guerrero... modelos fabricados en serie y personalizados, todo lo más, con algunos accesorios, como los coches.

—Pero si no nos queremos —observé. Y me levanté y me fui.

Escribe André Gide en su diario, en 1927:

«23 de diciembre.

»Se ha perdido definitivamente toda esperanza de salvar a los desgraciados que quedaron atrapados en el submarino hundido [...].

»No se puede imaginar agonía más horrible, en el frío, en la oscuridad, y entre agonizantes, entre muertos... Pero más horribles todavía me parecen aquí las oraciones. Mujeres, niños, amigos, todo un pueblo rezaba por ellos y seguía rezando, intensamente. Esos rezos, ¿qué decían? "Padre, te imploramos; te suplicamos que los salves... pero... hágase tu voluntad." ¿Esperaban ablandar la cólera de un dios enfurecido, lo que obliga a interpretar como castigo esas muertes crueles?... ¿Invitarle a revisar el veredicto de su justicia, de su sabiduría?... Y, si Él no apaciguaba la tormenta, ¿quería decir que no es lo bastante poderoso o que no se le rezaba lo suficiente?... ¿O que los sumergidos no merecían esa gracia?

»Yo querría que se elevara el alma de manera que no se sintiera acorralada a la desesperación, al enterarse de pronto de que Dios le falta. Más vale estar convencido de antemano; y la mejor manera de impedir que Él nos falte es desde luego aprender a prescindir de Él.»

En 1936, al volver de la Unión Soviética:

«París, 3 de septiembre.

»Un inmenso, un tremendo desasosiego. Cena con Schiffrin, que intenta aferrarse a mí y hallar en mi conversación alguna ayuda. Habla de su "decepción" en la URSS [...] Le doy vueltas a la palabra decepción; me parece inexacta; pero no sé muy bien qué proponer para reemplazarla.»

En 1939, recordando a Madeleine, muerta el año anterior:

«¡Hasta qué punto, en lo más intenso de mi amor, pude equivocarme respecto a ella! Pues todo el esfuerzo de mi amor no era tanto acercarme a ella como acercarla a esa figura ideal que yo inventaba.»

Lo que hace de André Gide un personaje tan interesante es que vivió a fondo, con la mayor entrega, los tres grandes ideales del siglo xx: creyó en Dios, en el comunismo y en el amor. Y a todos ellos podría aplicarse lo que dice de su relación con Madeleine.

Y entonces, irrumpió en mi vida un nuevo personaje. Que siempre estuvo ahí: ni por un momento había dejado de hacer brotar hojas nuevas, desplazar dunas, marchitar las flores, pudrir la fruta en los fruteros, convertir peces en fósiles; de mover fichas, barajar las cartas, repartirlas otra vez; no había parado de hinchar, alzar, colorear, dar vida, ni de blanquear, encoger, marchitar, dar muerte; de erigir casas, derruir monumentos, trazar calles, reducir rocas a arena... Sólo que yo, encerrada en mi ensueño, no me había dado cuenta. Ahora me topaba de manos a boca con el tiempo.

Ya al salir de aquel café al lado de la estación de Francia —le digo, silenciosamente, al hombre del que sólo veo la espalda—, tuve una sensación extraña: como de súbito deshielo, de cuarto oscuro en el que entra la luz. Lo estático, lo inmóvil, se había puesto a brotar, a fluir en torrentes; los transeúntes apretaban el paso, coches veloces desaparecían por las esquinas, corrían las nubes, corría el tiempo, corría la sangre y las lágrimas, yo misma me derretía, me desmoronaba, el tiempo me empujaba y yo no tenía dónde agarrarme —¿adónde iba?, ¿cuántos años había cumplido ya?—, resbalaba por la pendiente sin poderme parar...

Ahora miro atrás y veo, como en una película acelerada, transcurrir veinte años.

Veo hombres que entran en las librerías empujando carretillas y depositan pilas de libros con una foto del chico de la moto, y una mano tras otra se alargan para cogerlos, y los montones van disminuyendo y vuelven hombres empujando carretillas.

Veo un cartel de «Se traspasa» sobre el escaparate amarillo de la alpargatería, y una persiana metálica cerrada bajo un letrero que dice: LECHERÍA, y luego, en rápida sucesión: L CHE IA, L HE I, L HE.

Veo en una pantalla atletas en el podio, bultos tapados con sábanas, anuncios de

coches, casas reventadas, escenarios, micrófonos y aplausos, anuncios de detergentes, discursos, bodas, tiroteos.

Veo los bares del Raval llenos de hombres morenos que toman té y miran por televisión un partido de críquet.

Veo, en las fachadas desconchadas y pardas, bajo hules mugrientos, tendidos con pinzas, ya no calzoncillos y camisas a cuadros, sino pantalones bombachos y saris.

Veo a Rosa hablando en un local pequeño, con muchas sillas vacías, y encima de la mesa un libro que lleva su nombre.

Veo a una mujer con el pelo teñido de rojo y gafas de pasta azul de pie en la acera, mientras un chico con traje sube la persiana metálica bajo el letrero que dice L HE.

Veo edificios vaciados, tapiadas las ventanas con tablones, finalmente derribados, veo peones que cavan zanjas, cementeras que giran, martillos neumáticos que perforan, andamios que se levantan.

Te veo —le digo al hombre que me da la espalda— sentado en un gran salón, con las cortinas de terciopelo rojo, fumando un cigarrillo, engullendo un plato, levantando la copa, bebiendo, posando la copa, encendiendo otro cigarrillo, hasta que en la tarima un hombre se cala las gafas, lee un papel, se quita las gafas, y alguien que no eres tú se levanta entre aplausos, sonriendo.

Veo emerger una nueva ciudad de ladrillo y aluminio, de mármol y cristal, de asfalto y líneas puras y avenidas peatonales con palmeras.

Veo un salón lleno de gente bien vestida, con copas en la mano, y al chico de la moto vagando solo como un alma en pena.

Te veo a ti sentado tras una mesa, en la planta baja de un inmenso edificio, entre mostradores con relojes a un lado y expositores de calcetines al otro, sonriendo ferozmente, y cuando una mano tímida te tiende un libro, te veo abriéndolo, garabateando algo, cerrándolo, devolviéndolo con tu sonrisa blindada.

Veo pintores que tapan las letras L HE, y gente que entra y sale con cintas métricas y tablones, veo a la mujer del pelo rojo y las gafas de pasta azul entre paredes blancas de las que cuelgan cuadros.

Veo a Rosa con un micrófono en la mano en la tarima de un salón entre gente que aplaude.

Veo un puerto por el que se deslizan grandes barcos blancos, de los que salen pasajeros que se desparraman por calles llenas de escaparates, y se sientan al sol, en terrazas de cafés, y les atienden jóvenes morenos que alzan bandejas plateadas.

Veo, en los cajones que las fruterías sacan a la calle, junto a las peras y manzanas, frutas nuevas: kiwis, mangos, aguacates... En las vitrinas de las floristerías, donde antes había solamente rosas, lirios, claveles, veo aparecer orquídeas, y en las cartas de los restaurantes, en vez de butifarra con secas y conejo al alioli, raviolis con trufa, arroz con trufa, foie con trufa.

Veo, en revistas cada vez más coloridas, en un papel más brillante, aparecer cada vez más fotos de cocineros, y de desfiles de moda, y de diseñadores de joyas, y de escritores, también tú, cada vez mejor vestido, más viejo, más sonriente.

Adivinanza: ¿De quién o qué habla este texto, publicado en una revista francesa bajo el título «Un perfume de eternidad» a finales de 1999?

«Nos fascina. Es una anciana, acurrucada, ceñuda y vagamente empolvada. Arrebujada en su secreto mineral, infunde una ebriedad mística que hace caer de rodillas a quien sabe abrir su corazón para recibirla... »

Caer de rodillas... ebriedad mística... abrir el corazón... ¿La Sagrada Forma? Vagamente empolvada: será porque es blanca... Anciana: sí, es muy antigua. Pero ¿por qué ceñuda? ¿Y arrebujada? ¿Y «mineral»... tal vez una errata por «milenario»?... A ver, veamos cómo sigue:

«Su perfume es único: agota los recursos del diccionario pero suelta las lenguas, es

carne pero está habitada por el espíritu.»

¿El Espíritu Santo, que concede el don de lenguas?...

«Aún mejor: se ve. Evoca el espesor del humus, la farándula de las raíces, el jugo de una seta que encarnase todos los aromas de la Creación. ¡Alfombra roja! Los manjares le hacen reverencias, y con ella, todos los gustos tienen carta blanca.»

Alfombra roja, reverencias... Podría pensarse en la realeza, en el poder, si no fuera lo de los aromas, los manjares, los gustos... Quizá es una manera poética de referirse al amor carnal, y con él, a los placeres terrenales...

«Y si su precio está por las nubes, es porque sustraerla a la tierra sigue siendo un arte de iniciados. Se dice incluso que algunos, por ella, se han condenado para la Eternidad.»

El precio... la condenación eterna... ¿El amor venal, tal vez? Pero ¿por qué, exactamente, «sustraerla a la tierra»? El último párrafo nos dará la respuesta.

«He aquí pues, ¡oh diamante negro, cuyo misterio nos ha costado dos mil años dilucidar!, he aquí, en todas sus formas, cultivada, anhelada, codiciada, escondida... y claro está, cocinada con la pasión intacta de los grandes descubridores... he aquí... ¡¡la trufa!!»

Para coronar ese artículo memorable —editorial de un número monográfico consagrado a los «Secretos y placeres de la trufa»—, la revista organiza un concurso, premiado con un kilo de trufas frescas del Triscastin, consistente en varias preguntas precisas (en qué países se encuentran trufas, nombre de una raza italiana de perros truferos, quién fue el precursor de la truficultura...) y otra más creativa, que es ésta:

«Después de "el diamante negro de la cocina", "el divino tubérculo" y "la damisela negra", ¿cuál es, en su opinión, el mejor apodo que se puede dar a la trufa para el próximo milenio?»

Divino tubérculo que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino... Por Dios por la trufa y el Rey, muriee-ron nuestros padres, por Dios por la trufa y el Rey, moriremos nosotros también... Bendito sea el fruto de tu vientre, la trufa. Libertad, igualdad, tubérculo. Arrii-ba trufas de la tiee-rra, en piee... Todo el poder para las trufas. ¡Trufa o muerte! Por el tubérculo hacia Dios. Si los curas y monjas supiee-sen / la paliza que les van a dar / bajarían al coro cantaan-do / la trufá, la trufá, la trufá. ¡Muera la inteligencia! ¡viva la trufa!... Oh trufa, por vos muero; más que ayer pero menos que mañana; trufa seré, mas trufa enamorada. Ay, trufa, trufa, ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!...

A veces, en los hipermercados, ponen *Killing me softly, Venus, Only you, Nights in White Satin*... Entonces mi cuerpo revive la penumbra azul de los bares profundos como madrigueras, con asientos mullidos como nubes, y aquella sensación de elevarme, ingrávida y plácida, empapada de perfume y alcohol, de que podría deslizarme por el cielo y entrar por los huecos de las ventanas... y mientras lo recuerdo, no dejo de empujar el carrito ni de buscar la mejor oferta en detergentes.

El hombre que tengo ante mí, y con el que intercambio saludos, sonrisas de cortesía, apretón de manos, el hombre al que felicito por sus logros y que no me dice una sola palabra de los míos, el hombre flaco y arrugado con una sonrisa nueva —ya no ávida y seductora, sino distante, amurallada y melancólica—, ese hombre me recuerda a alguien, y esta escena también me recuerda algo.

Cuántas veces la soñé: un encuentro cara a cara, de igual a igual. Y ahora ¿por qué me parece tan distinta?... Le doy vueltas a la palabra decepción; me parece inexacta, pero no sé muy bien con qué sustituirla... Tampoco ignoro que de acuerdo con el Registro Civil, este hombre es el mismo que aquel otro. El mismo, pero tan diferente como *Venus* escuchado en un local nocturno, de madrugada, entre cojines y luces giratorias, y *Venus* oído en un pasillo con luz blanca, entre carteles que ponen *Lácteos, Celulosa, Conservas vegetales*.

Ha pasado un minuto, y ya no sabemos qué decirnos... Casi me arrepiento de haberme quedado esperando para saludar a este desconocido, como si esperase algo de él, como si este instante pudiera ser la conclusión triunfal, la apoteosis, la respuesta a las preguntas de veinte años atrás, *The End*, la foto fija.

Nos despedimos con alivio. No hay fotos fijas, y en cuanto a realizar los sueños, es una contradicción en los términos. Además, me aprietan los zapatos.



Laura Freixas nació en Barcelona en 1958. Tras cursar Derecho por equivocación, se licenció con una tesina sobre la revolucionaria y feminista rusa Alexandra Kolontai y completó sus estudios en París. También ejerció de lectora de español en remotas ciudades inglesas. Ha realizado antologías, críticas y traducciones literarias, y ha escrito los libros de relatos *El asesino en la muñeca* y *Cuentos a los cuarenta*, el ensayo *Literatura y mujeres* y las novelas *Último domingo en Londres* y *Entre amigas*. Colabora regularmente en *La Vanguardia*.